



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Programa de Estudios Latinoamericanos

PABLO NERUDA LECTOR

Contenidos, prácticas y usos de lecturas del poeta

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

Autor: Darío Emelino Oses Moya
Profesor guía: Bernardo Subercaseaux Sommerhoff

Santiago de Chile
2007

ÍNDICE

RESUMEN	3
1.- INTRODUCCIÓN.....	4
2.- MARCO TEÓRICO.....	6
2.1.- Historia de la lectura.....	6
2.2.- Estudios de la recepción.....	8
2.2.1.- Apertura y mutabilidad del texto.....	8
2.2.2.- Figuras y estrategias del autor y del lector.....	11
2.2.3.- El aspecto inacabado del texto. Lugares de indeterminación, concreción, actualización e interpretación.....	14
3.- NERUDA ¿ LECTOR ANTILIBRESCO?.....	20
4.- PABLO NERUDA, UN LECTOR DEL SIGLO XX.....	25
4.1.- Una “moderada revolución lectora”.....	25
4.2.- El niño lector.....	31
4.3.- Maestros y cómplices.....	34
4.4.- La comunidad de los bohemios.....	39
4.5.- En la época de oro del libro en Chile.....	52
4.6.- Comunidad epistolar de lectura.....	57
4.7.- Lecturas de y entre amigos.....	61
4.8.- Neruda y la lectura del mundo.....	67
5.- NERUDA BIBLIÓFILO Y LECTOR.....	70
5.1.- Las bibliotecas de Neruda.....	72
5.1.1.- Clásicos y modernos.....	74
5.1.2.- El laberinto inacabable de la naturaleza.....	76
5.1.3.- La imaginación enciclopédica.....	78
5.1.4.- Héroe y viajes.....	79
5.2.- En las librerías del mundo.....	81
5.3.- La suerte de las bibliotecas.....	82
6.- EL “INVENTARIO POÉTICO” DE PABLO NERUDA.....	86
7.- COMPORTAMIENTO DE NERUDA COMO LECTOR.....	90
8.- CONSTRUCCIÓN DE FIGURAS AUTORALES EN NERUDA.....	96
9.- CONCLUSIONES.....	110
BIBLIOGRAFÍA.....	120

RESUMEN

Esta tesis describe el universo y las prácticas de las lecturas de Neruda. Examina cómo evoluciona la figura de lector de Neruda, desde la infancia hasta su muerte, en el contexto de ciertos procesos históricos y culturales. Revisa cómo, en algunos casos, estas lecturas fueron usadas como fuentes documentales o diálogos intertextuales en la producción literaria de Neruda. En términos más generales, da cuenta de la complejidad de la relación que el poeta tuvo con los libros, contrastando su discurso antilibresco con sus aficiones de lector y pasiones de coleccionista.

El marco teórico utilizado procede de la Historia de la lectura, y de algunos aportes de la teoría de la recepción.

Para cumplir los propósitos mencionados procedimos, en primer lugar a revisar los testimonios sobre contenidos y prácticas de lectura del propio Neruda, así como las calificaciones y valoraciones sobre el libro y la lectura, que son abundantes, tanto en su poesía como en discursos, memorias y textos autobiográficos, epistolarios, crónicas y artículos diversos. Recopilamos también testimonios de biógrafos y personas que conocieron al poeta, sobre las lecturas de éste. Luego contrastamos todos estos testimonios con los temas y contenidos predominantes en las bibliotecas de Neruda. Asimismo cotejamos ciertas lecturas historiográficas del poeta, con producciones poéticas y textuales del mismo Neruda.

De esta forma, pudimos establecer las principales comunidades de lectura en las que le poeta participó, y cuáles fueron los contenidos y prácticas de lectura de estas comunidades. Determinamos también la evolución de la figura de lector de Neruda, desde el lector provinciano hasta el cosmopolita, en consonancia con la progresiva expansión de sus lecturas y de su acceso a los libros, con el dominio de idiomas, con sus viajes, el crecimiento de su prestigio literario y otros datos de su biografía.

Finalmente concluimos que hay una continuidad y consistencia que entre las lecturas textuales de Neruda, con sus viajes y su observación del mundo, que son también formas de lectura, y que el poeta utiliza para construir sentidos, visiones de mundo y para su creación poética.

1.- INTRODUCCIÓN

Esta tesis nace de varios intereses que fueron confluyendo. En primer lugar, mi interés por la vida y obra de Pablo Neruda, y por el lugar que ocupan en aquella sus intereses de lector y sus pasiones bibliófilas. Tuve ocasión de conocer con cierto detalle la biblioteca que el poeta donó a la Universidad de Chile en 1954, y luego la biblioteca de la Fundación Pablo Neruda. También está mi interés por la historia de la lectura, especialmente por las relaciones entre las figuras del autor y el lector. En Neruda coinciden ambas en un mismo personaje, cosa que no es muy singular. Hay muchos otros grandes poetas en nuestra literatura que fueron también ávidos lectores.

Lo que sí resulta singular en el caso de Neruda, es la desconfianza que manifiesta ante lo libresco, mientras al mismo tiempo valora al libro como integrador de la naturaleza con las capacidades humanas para conocer aquella naturaleza y también para crear poesía sobre ella. Conjeturé que esta tensión podría aportar algunas claves sobre sus preferencias literarias y sus formas de aproximarse a la lectura y a otros autores.

La propuesta nerudiana de una poesía anilibresca, antiintelectual y “sin pureza”, como el mismo la llamó, ayuda también en la indagación de sus relaciones con el libro y la lectura, así como el hecho de que, a pesar de estas declaraciones, una parte de su poesía— principalmente su Canto general - tiene fuentes bibliográficas.

Me pareció interesante también el examen de cómo se autorrepresenta Neruda como lector, y cómo el poeta construye la otras figuras de otros autores, lo que ofrece otra vía de entrada al tema del enfrentamiento de los mundos del lector y el del autor.

En efecto, Neruda construye en su poesía una galería de figuras autorales. Son retratos de poetas y de autores a los que conoció personalmente o sólo a través de la lectura. Lo interesante es que en buena medida representa a estos autores a través de la asignación de una serie de cualidades que él considera plausibles para un poeta o necesarias para la poesía, y que él mismo busca para su propio trabajo poético. Es decir, él se reconoce en estos otros poetas y se siente reconocido por ellos, más allá del tiempo, porque varios vivieron en otros siglos.

Como hipótesis propuse que Pablo Neruda fue un lector del mundo, en el sentido en que buscó en los libros una aproximación al mundo tangible, material, a la naturaleza y a las cosas, sin mediaciones analíticas. En este sentido fue un lector no intelectual, para el que los libros eran válidos en la medida en que iluminaban el mundo, sin sustituir el contacto directo y vital con su materia.

Por lo tanto, al hablar de la lecturas de Neruda, no nos limitamos a sus lecturas poéticas, ni tampoco sólo a las textuales. Estas prácticas comprenden la lectura de libros de historia natural, de viajes, de atlas, de enciclopedias, de historia, y la “lectura” de las ilustraciones, de los magníficos mapas y grabados que éstos contienen.

También algunos objetos, como las caracolas marinas que el poeta coleccionó, fueron parte de esta lectura del mundo natural.

Su intención de hacer un inventario poético del mundo, supone esta curiosidad enciclopédica que abarcaría lo que el mismo poeta llamó “el árbol del conocimiento”.

Esta investigación me parece pertinente, en primer lugar porque los estudios de recepción y los de historia de la lectura están abriendo una nueva perspectiva para abordar la historia de la literatura. Además, porque en este momento hay una gran preocupación por el presente y el futuro de la lectura, se insiste en su deterioro, pero no parece existir una conciencia de la complejidad de esta práctica. Creo que los estudios sobre historia de la lectura pueden ayudarnos a entender o al menos aproximarnos a esa complejidad.

2.- MARCO TEÓRICO

2.1.- Historia de la lectura

Como marco teórico se usan principalmente las ideas que expone Roger Chartier, cuando formula las bases de la historia de la lectura, partiendo de una crítica a la teoría de la recepción, en cuanto a que ésta trata al texto de manera abstracta, independiente de sus formas de transmisión, y supone a un lector universal, en el que se reproducen las destrezas y capacidades de lectura contemporáneas a la formulación de esa teoría.¹

Chartier afirma que todo lector pertenece a una comunidad de interpretación y lectura, y cada una de estas comunidades tiene sus propios y específicos códigos, normas, reglas y convenciones de lectura. Señala, asimismo, la consecuente necesidad de dar una realidad sociocultural a la figura del lector. En suma, es necesario especificar y dar corporeidad tanto al texto como al lector.²

Lo que propone la historia de la lectura es que las formas de leer – como también las de escribir – deben comprenderse tanto en su propia variabilidad, como en su relación con sus contextos y situaciones históricas.

Ahora, la historia de la lectura no siempre puede reconstruir las lecturas de cada lector del pasado, pero sí organizar modelos de lectura que correspondan a determinadas configuraciones históricas y comunidades de interpretación, en las que se sitúan aquellos lectores.

En algunas ocasiones, sin embargo, las fuentes permiten la comprensión de prácticas particulares de lectura, que pueden considerarse como ejemplares de su comunidad y de su época, o que pueden examinarse en su “radical originalidad”.³ Así por ejemplo, el historiador Carlo Ginzburg en su obra *El queso y los gusanos* realiza esta aproximación a las prácticas e interpretaciones de un lector al que considera en su singularidad.⁴

Chartier señala que la historia de la lectura intenta asociar tres tipos de indagación: el análisis de textos; el estudio de los impresos en su fabricación, formas y circulación, y la historia de las prácticas de lectura. Por lo tanto es un campo de estudio situado entre la crítica textual, la historia del libro, y la historia de las prácticas de lectura.

¹ Chartier, Roger, *Cultura escrita e historia.* , México.Fondo de Cultura Económica, 2000. pp. 38 –39.

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI.* Barcelona. Ed. Península, , 2001.

Su objeto fundamental son las relaciones de apropiación de los textos y los procedimientos de interpretación de éstos, es decir, cómo los textos convertidos en impresos, son descifrados por quienes los leen y cómo éstos se apropian de aquellos, y, en términos más generales, cómo a través de la lectura los individuos construyen representaciones del mundo.

Luego establece dos premisas. La primera es que la lectura no está previamente inscrita en el texto, sea por su autor, editor, por la tradición, la crítica, etc. La segunda, es que un texto no existe en tanto no haya un lector para conferirle algún significado. Un texto se convierte en tal sólo a través de su relación con “la exterioridad del lector” y mediante la combinación entre una literalidad, que organiza un espacio legible, y una lectura.

La lectura, como este encuentro entre dos mundos, el del texto y el del lector, tiene su propia historicidad. Sus significados dependen de las formas y circunstancias a través de las cuales los lectores las reciben. Por otra parte, éstos nunca se enfrentan a textos ideales o abstractos. Los textos siempre tienen una materialidad, soportes físicos, y formas que en alguna medida producen significados y gobiernan la lectura.

Además, la práctica de la lectura siempre está inscrita en ciertos espacios y hábitos. Es posible, por lo tanto “diferenciar las comunidades de lectores, las tradiciones de lectura y los modos de leer.”⁵

Alberto Manguel, opta por una historia de la lectura hecha a partir de intuiciones personales, supone que tal vez la historia de la lectura “sea la historia de cada una de las personas que leen”⁶. Chartier agrega que “lo que los lectores hacen intelectualmente de sus lecturas, es una cuestión decisiva, ante la cual los análisis temáticos de la producción impresa, como la difusión de las distintas categorías de obras, quedan impotentes”.⁷

Nosotros optamos por poner a prueba la suposición de Manguel, en cuanto a que la historia de la lectura es la de cada uno de los lectores y ocuparnos también de la, para Chartier, decisiva cuestión de lo que los lectores, en este caso de lo que un lector específico, hizo intelectualmente de sus lecturas.

De ahí este examen de un lector del siglo XX, Pablo Neruda. Él mismo dejó abundantes testimonios sobre sus prácticas y contenidos de lectura, tanto en sus memorias como en discursos, cartas, artículos, en su misma poesía, y además, en sus bibliotecas, que a pesar de los azares que sufrieron, se conservan con bastante integridad en el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, y en la Fundación que lleva el nombre del poeta.

⁵ Chartier, Roger, op. cit. p. 41.

⁶ Manguel, Alberto, Una historia de la lectura. Bogotá. Editorial Norma, 1999. p.40.

⁷ Chartier, Roger, El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona. Ed. Gedisa,, 1999. p.31.

Intentamos también identificar algunas de las comunidades de lectura en que participó Pablo Neruda y las prácticas lectoras de éstas, buscando complementar la opción de Manguel, que centra la historia de la lectura en el individuo, y la de Chartier, que pone mayor énfasis en las comunidades. Tratamos también de darle una realidad sociocultural a la figura de lector del poeta, asociando su historia de lector con algunos hitos de la historia de la cultura y del libro en Chile.

2.2.- Estudios de la recepción

Consideramos, asimismo, algunos aportes de los estudios de la recepción, principalmente de la teoría de la recepción, para el análisis de la relación entre texto y lector, y de las figuraciones y configuraciones de autor y lector. Esta parte del marco teórico se aplica sólo parcialmente. Aunque se tiene en cuenta de un modo general, sus proyecciones no se agotan en esta investigación y abren posibilidades que podrían ser utilizadas en un trabajo posterior de profundización en algunos aspectos específicos.

De todos modos, al estudiar la figura de un lector, Pablo Neruda, con sus propias formas de leer y de construir sentidos a través de la lectura, partimos de algunas premisas básicas que aportan los estudios de recepción. Entre ellas, la que considera al texto incompleto, con su sentido suspendido en espera de su actualización por la lectura, y a la obra literaria abierta hacia el otro, hacia el mundo exterior a ella misma. Otra premisa que nos parece ineludible es la de la mutabilidad de la obra en función de la práctica de la lectura como principio activo en la construcción del texto.

2.2.1.- Apertura y mutabilidad del texto

Como lo indica Eco, en un momento del análisis estructuralista “era dogma admitido que un texto debía estudiarse en su propia estructura objetiva, tal como ésta se manifestaba en su superficie significativa. La intervención interpretativa del destinatario quedaba soslayada, cuando no lisa y llanamente eliminada como una impureza metodológica.”⁸

En 1962, Eco publica *Obra abierta* donde se propuso resolver el problema de cómo una obra puede proponer una libre intervención interpretativa de sus destinatarios y al mismo tiempo regular el orden de esas interpretaciones. Como el mismo Eco afirma haberse enterado más tarde, este campo de estudios pertenece a la pragmática del texto que aborda “la actividad cooperativa, en virtud de la cual el destinatario extrae del texto lo que el texto no dice (sino que presupone, promete, entraña e implica lógicamente), llena espacios vacíos, conecta lo que aparece en el texto con el tejido de la intertextualidad, de donde ese texto ha surgido y donde habrá de volcarse: movimientos cooperativos que, como más tarde ha mostrado Barthes, producen no sólo el placer, sino también en casos privilegiados, el goce del texto.”⁹

⁸ Eco, Humberto, *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Traducción de Richard Pochtar. Barcelona. Editorial Lumen, 1981.p. 13

⁹ Eco, Humberto, *op. cit.*p.13.

Eco intenta conciliar el análisis estructural con la “cooperación del lector”, afirmando que ésta no contamina a aquél con elementos extratextuales: “El lector, como principio activo de la interpretación, forma parte del marco generativo del propio texto”.¹⁰

En los llamados de “estudios de la recepción” la lectura deja de ser resultado del funcionamiento lingüístico puro del texto. Así por ejemplo Wolfgang Iser, con el concepto de “lector implícito” fundamenta su convicción de que la significación de un texto literario no sólo se debe al autor, sino también a la incorporación de la figura del lector en la estructura del texto.

Subercaseaux, comentando la teoría de la recepción, indica que en la relación dialéctica entre texto y lector, “el proceso literario no se agota en las propiedades objetivas del lenguaje escrito”, y “el texto no formula por sí mismo todo su sentido”. De la interacción texto – lector, surge un metatexto, cuyas características se relacionan con los códigos culturales del receptor.¹¹

El sentido emerge de la lectura: “las propiedades objetivas del texto constituyen una instancia abierta y que como tal se complementan con las formas subjetivas de conciencia que los individuos o que los miembros de una determinada colectividad tienen en común en su respuesta a ese texto.”¹²

De esta forma una misma obra puede ser recibida en contextos diferentes, y la mutabilidad de estas percepciones se debe más a las transformaciones en el proceso de lectura como práctica que construye sentidos, que al texto, que permanece fijo.

Como lo señala Bernardo Subercaseaux en sus comentarios sobre la teoría de la recepción, existe una relación “que se configura a partir del propio texto, el que siguiendo variadas estrategias (modos verbales, tipo de narrador, formas de apelación, disposición narrativa, etc.) perfila un lector implícito.” Así, es de las particularidades fijadas en el lenguaje desde donde “se inducen los códigos que van a configurar un lector apelado e imaginario”.¹³

La figura de este lector “ implícito”, de Iser, o lector “apelado” o “imaginario”, tiene como contraparte la de un autor, también imaginario. Como veremos más adelante, Eco habla de lector ideal y autor ideal, y Ricoeur alude a estas configuraciones denominándolas “autor implicado” y “lector implicado”, y problematiza las relaciones y las simetrías entre ambas.

¹⁰ Eco, Humberto, op. cit.p.16

¹¹ Subercaseaux, Bernardo, “Notas sobre el autoritarismo y la lectura”. En: Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural. Santiago. Ed. Documentas. Cesoc. Ceneqa. 1991.pp. 154 – 155.

¹² Ibid.

¹³ Ibid.

La mutabilidad de la obra en función de la práctica de la lectura como principio activo de la interpretación y aún de la construcción del texto pueden encontrarse en ejemplos históricos. Como anota Alberto Manguel, el Viernes Santo del año 325, el emperador Constantino expresaba ante una asamblea de cristianos su deseo de encontrar testimonios de la divinidad de Cristo en textos ajenos al cristianismo y anteriores a él. Creyó hallarlos en una égloga que le hizo Virgilio a Gayo Asinio Pollio, fundador de la primera biblioteca pública de Roma. Ahí parecía estar, en clave poético profética, todo lo que después relataron las Sagradas Escrituras.

Apunta Manguel que el uso de pasajes de libros para predecir el futuro tiene una larga tradición en Occidente, y que ya antes de Constantino, las obras de Virgilio se usaban como oráculos, práctica que se conocía como *sortes virgilianae*. El mismo uso se le dio a la Biblia, con lo que se desarrolló una forma de adivinación conocida como “cleromanía evangélica”.

Ya Robert Louis Stevenson advirtió que las virtudes oraculares de la poesía de Virgilio, más que con una potencia sobrenatural se relacionan con las cualidades miméticas de la poesía, las que permiten que determinados versos afecten de modo profundo a lectores de épocas muy distantes a la de la producción de dicho texto.

Anota Manguel: “Lo que Constantino descubrió en aquel lejano Viernes Santo, y ya para siempre, es que el significado de un texto se amplía de acuerdo con la capacidad y los deseos del lector. Enfrentado con un texto, el lector puede transformar las palabras en un mensaje que aclara para él una cuestión que no tiene relación histórica alguna ni con el texto ni con su autor. Esta transmigración de significado puede enriquecer o empobrecer el texto mismo; inevitablemente le añade las circunstancias del lector. Mediante la ignorancia, la fe, la inteligencia, los trucos y la astucia, mediante la inspiración, el lector vuelve a escribir el texto con las mismas palabras del original pero con otro encabezamiento, recreándolo, por así decirlo, en el acto mismo de darle el ser.”¹⁴

En el capítulo séptimo examinamos cómo Neruda, a través de la lectura de algunos clásicos, principalmente Quevedo, Shakespeare, Whitman y Ercilla, intenta esclarecer, subrayar o evidenciar situaciones históricas que no tuvieron ninguna relación ni con estos autores ni con sus textos. Allí Neruda está realizando, claramente, la operación de agregar a textos clásicos, circunstancias contemporáneas no al momento de producción de dichos textos, sino al de su lectura. De alguna forma, al leer, rescribe esos textos, con las mismas palabras de sus autores, pero añadiendo la circunstancia del lector de su época.

Al examinar en *Tiempo y narración* las complejas interacciones entre los mundos del texto y del lector, Ricoeur sintetiza y comenta los aportes más sustanciales de las proposiciones de la estética de la recepción, de la retórica del texto, de la hermenéutica literaria y de la fenomenología de la lectura.¹⁵

¹⁴ Manguel, Alberto, *op. cit.* pp 275 – 277.

¹⁵ Ricoeur, Paul, *Tiempo y narración*. Tomo III México. Ed. Siglo XXI, 1996., p. 837.

Ya en una obra anterior, *La metáfora viva*, Ricoeur adoptaba la tesis según la cual la obra literaria se trasciende hacia un mundo exterior a ella misma. Con esto sustraía al texto literario al cierre que le impone el análisis de sus estructuras immanentes. Reconociendo los derechos del análisis estructural, Ricoeur propone la perspectiva de la alteridad, “la apertura del texto hacia su ‘exterioridad’, hacia su ‘otro’, en la medida en que el mundo del texto constituye, respecto a la estructura ‘interna’ del texto, un objetivo intencional absolutamente original.” Agrega que el estatuto ontológico del texto queda en suspenso, a la espera de la lectura y sólo en ésta “el dinamismo de configuración termina su recorrido”.¹⁶

Una primera aproximación entre texto y lector se realiza a través de los paradigmas establecidos que éste ha recibido, y que le ayudan a reconocer la regla formal, el género o el tipo de historia narrada. Estos paradigmas facilitan el encuentro entre texto y lector, al proporcionarse a éste las líneas directrices de aquél.

Luego el acto de leer participa junto con la imaginación creadora del autor en la construcción del relato y también en la innovación de sus paradigmas y esquemas. “En dicho acto, el destinatario juega con las coerciones narrativas, efectúa desviaciones, toma parte en el combate de la novela y la antinovela y en ello experimenta lo que Roland Barthes llama “el placer del texto.”¹⁷

Si como ya hemos dicho, para Ricoeur el estatuto ontológico del texto queda en suspenso a la espera de sus lecturas, para Eco “un texto, tal como aparece en su superficie o manifestación lingüística, representa una cadena de artificios expresivos que el destinatario debe actualizar”, y en la medida en que debe ser actualizado, un texto siempre está incompleto.

Para la teoría de la recepción la obra escrita es sólo un esbozo para la lectura; el texto es un conjunto de instrucciones que el lector individual o el público ejecutan en forma pasiva o creadora, y el texto sólo se hace en la interacción entre éste y su receptor.

2.2.2.- Figuras y estrategias del autor y del lector

Ricoeur se pregunta a qué disciplina concierne la teoría de la lectura. Podría ser a la Poética, en la medida en que la composición de la obra de alguna manera supone su lectura, pero no en cuanto a que entran en juego otros factores que dependen del tipo de comunicación que establece el autor con el lector a través de la obra.

El autor maneja una estrategia de persuasión dirigida hacia el lector. Ésta se inscribe en la configuración de la obra literaria y frente a ella el lector responde, sea como sujeto que lee o como público receptor.

¹⁶ Ricoeur, op. cit, tomo III, p. 866.

¹⁷ Ricoeur, op. cit, tomo I, p. 147.

Cada uno de estos momentos corresponde a disciplinas distintas aunque próximas. El primero, el de la estrategia de persuasión autoral, caería en el campo de la retórica, en la medida en que ésta se ocupa del arte por el cual el orador convence a su audiencia. Cita Ricoeur a Wayne Booth, en *The rhetoric of fiction*, obra que según reza en su propio prefacio, se ocupa de “los medios de que dispone el autor para tomar el control de la lectura”. Más que de los procesos de creación, la retórica se ocupa de los recursos autorales o técnicas por las que la obra se hace comunicable. Más allá del autor real, biográficamente identificable, aparece entonces la figura del autor implicado. Éste pertenece a la mencionada “comunicación” de la obra, ligada a una “retórica de la persuasión”.

En este punto deseo recordar a Vargas Llosa cuando apunta que ya Joanot Martorell, en *Tirante el Blanco* hace desaparecer al autor del mundo de la ficción, aunque fue Flaubert el primero en reflexionar “sobre la necesidad de abolir al autor para que la ficción parezca depender sólo de sí misma y comunique al lector la perfecta ilusión de la vida”.¹⁸

Para Ricoeur este ocultamiento del autor “es una técnica retórica como otra cualquiera; forma parte de la panoplia de disfraces y de máscaras de las que se sirve el autor real para transformarse en autor implicado”. El novelista no desaparece por empeñarse más en mostrar que en informar o enseñar. El artificio de la operación de narrar no sólo no es abolido sino que se acrecienta con el trabajo con que se trata de dar la ilusión de realidad a través de la escritura.

Ricoeur comenta que el mayor grado de este disimulo de la realidad sería una ficción que pareciera que nunca fue escrita: “Los procedimientos retóricos por los que el autor sacrifica su presencia consisten precisamente en enmascarar el artificio mediante la verosimilitud de una historia que parezca contarse por sí sola y que dejara hablar a la vida...”¹⁹

A esta pretensión de invisibilidad autoral se opone el lector, que presiente su función en la medida en que aprehende la obra como una totalidad y relaciona la voluntad de unificación implicada en esa totalidad con diversos procedimientos de composición, que finalmente delatan que el texto es obra de un autor y no un fruto de la naturaleza.

Examina luego Ricoeur las nociones del narrador digno y no digno de confianza. Como a diferencia del historiador, el novelista no dispone de pruebas, fuentes o documentos, puede que el lector le conceda que conoce completamente lo que relata o muestra, y además le reconozca la atribución de entregar apreciaciones y valoraciones sobre las acciones que relata y los personajes que construye.

Es el autor implicado quien, en virtud de su pacto tácito con el lector, recibe esta omnisciencia y estos poderes plenos para acceder al conocimiento total de lo que relata.

¹⁸ Vargas Llosa, Mario, *Carta de Batalla de Tirante el Blanco*. Barcelona. Ed. Seix Barral, 1976. p. 30

¹⁹ Ricoeur, op. cit. Tomo III. p. 870.

Pero hay otro narrador, el no digno de confianza, que se desplaza continuamente, altera sus puntos de vista o desorienta de otras maneras al lector, con lo cual le exige un esfuerzo de desciframiento y una capacidad de salir del extravío o de participar en él. Comenta Ricoeur: “La función de la literatura más corrosiva puede ser la de contribuir a crear un lector de un nuevo género, un lector a su vez sospechoso porque la lectura deja de ser un viaje confiado hecho en compañía de un narrador digno de confianza, y se convierte en una lucha con el autor implicado, una lucha que lo reconduce a sí mismo.”

Simétricamente, el lector puede comportarse como “no digno de confianza” y hacer un uso “libre, aberrante, intencionado y malicioso de los textos.”²⁰ Eco recuerda que Borges sugería leer *La Odisea* o *La imitación de Cristo* como si las hubiese escrito Céline. Agrega Eco que “los textos cerrados son más resistentes al uso que los textos abiertos” puesto que al intentar dirigir represivamente la cooperación del lector, dejan espacios que pueden usarse libremente. Propone Eco el ejercicio de leer las historias policiales de Rex Stout como novelas kafkianas, y comprueba que el texto soporta muy bien este uso. En cambio si se toma *El proceso de Kafka* y se lo intenta leer como un relato policial los resultados serán lamentables. “Más valdría usar las páginas del libro para liarnos unos cigarrillos de marihuana” – comenta Eco.

En el capítulo séptimo examinamos a Neruda como lector de novelas policiales. Este tipo de obras implican a un determinado tipo de lector y piden su cooperación. En primer lugar este lector reconoce el género y acepta el contrato que el autor le propone. El lector sabe que el autor conoce la solución del caso policial que plantea, pero acepta que difiera la información, hasta el final.

A primera vista, Neruda se comporta como un lector “no digno de confianza” cuando lee la llamada “novela negra” más allá de la trama policial que esta propone, como una crítica a la corrupción de la sociedad capitalista. Estos textos soportan muy bien aquella lectura y esto podría deberse a que ciertos autores, como Raymond Chandler y Dashiell Hammett, deslizan una fuerte crítica social encubierta – no sabemos si lo hacían en forma consciente y deliberada -, en tiempos del macartismo. Así, en la lectura que hace Neruda de la novela policial, se mantendría cierta simetría, al encontrarse un lector “no digno de confianza”, con autores que tampoco serían “dignos de confianza”.

Barthes advierte que una historia, cuanto más esté contada en forma clara, directa, “decorosa, sin dobles sentidos, sin malicia, edulcorada”, mucho más fácil será de revertir y ennegrecer.

²⁰ Eco, Humberto, op. cit. p. 86.

2.2.3.- El aspecto inacabado del texto. Lugares de indeterminación. Concreción, actualización e interpretación

Roman Ingarden formula una serie de postulados básicos sobre lo que llama "la obra literaria de arte". Ésta es, para Ingarden "una formación" de diversos estratos: el de los sonidos verbales y formaciones fonéticas; el de las unidades semánticas; el de los aspectos esquemáticos, y el de las unidades representadas. La conexión interna entre estos estratos da lugar a la unidad formal de la obra.

Además de esta estructura estratificada, la obra literaria tiene una secuencia ordenada de partes: frases, párrafos, capítulos. etc.

Algunos de los estratos de la obra literaria, en especial el de las objetividades representadas y el de los aspectos esquemáticos, contienen lo que Ingarden denomina "lugares de indeterminación".

Un lugar de indeterminación es "el aspecto o parte del objeto representado, que no está específicamente determinado por el texto (...) Todo objeto, persona, suceso, etc. representado en la obra literaria de arte, contiene gran número de lugares de indeterminación (...) Normalmente hay grandes tramos de tiempo en la vida de las personas representadas, que no están explícitamente presentes, de manera que los atributos cambiantes de tales personas permanecen indeterminados..."²¹

Estos lugares se eliminan parcialmente por las concreciones que surgen de las lecturas individuales. Éstas aportan la mayor o menor determinación, que viene a llenar los vacíos abiertos por estos espacios.

La presencia de estos lugares de indeterminación no siempre es accidental ni tampoco constituyen un defecto en la composición de la obra. Es algo a veces deliberado y siempre necesario: "Es imposible establecer con claridad exhaustiva la multiplicidad infinita de determinaciones de los objetos individuales representados en la obra, con un número finito de palabras o frases. Siempre tendrá que faltar alguna determinación".²²

Por lo tanto en el mismo acto de la creación artística es necesario discernir cuales son los atributos o estados de las personas o cosas representadas, que resultan relevantes para la obra y cuáles quedan intencionalmente indeterminados o sólo esbozados para que no actúen como distractores.

Ingarden establece que la presencia de lugares de indeterminación en el estrato objetivo de la obra permite dos modos posibles de lectura. O el lector acepta estos lugares como tales y los deja indeterminados para aprehender la estructura de la obra

²¹ Ingarden, Roman, "Concreción y reconstrucción". En: Warning, Rainer. editor, Estética de la recepción. Madrid. Ed. Visor, 1989. p. 37

²² Ibid. p.37

que le propone el autor, o - a veces involuntariamente - se dedica a llenar estos lugares con determinaciones propias, no justificadas por el texto.

Los objetos representados en una obra literaria son propuestos con un estatuto ontológico de "reales". Por lo tanto parece normal que el lector proceda a determinarlos "como objetos genuinos, reales e individuales".

A este proceso por el cual el lector completa las objetividades representadas y no determinadas en el texto mismo, Ingarden lo denomina "concreción" de los objetos representados. Es en la concreción" donde tiene lugar la actividad "co creativa" del lector.

Desde luego existen diferencias significativas entre las diversas concreciones de una misma obra entre distintos lectores, y hasta en diferentes lecturas en un mismo lector. Sin embargo, esta libertad para realizar concreciones y ejercer la actividad co creativa tiene o debiera tener ciertos límites.

Ingarden plantea el problema de lo que llama la "correcta comprensión" y "una aprehensión fiel" de la obra literaria. Esto supone que la mencionada actividad co creativa del lector no siempre tiene una independencia completa, o que si la tiene, puede incurrir en lecturas "incorrectas", que serían aquellas distintas a la propuesta por el autor o a las intenciones artísticas de éste, las que estarían de alguna manera inscritas en el estrato semántico de la obra.

Advierte Ingarden precisamente, que un lugar de indeterminación puede ser llenado de maneras diferentes, siempre y cuando estas concreciones se hagan conservando la "harmonía" del estrato de las objetividades representadas con el de las unidades semánticas.

Como ejemplo, señala que Shakespeare no indica la estatura de Hamlet, ni el sonido de su voz ni sus actitudes corporales. Es poco probable que las concreciones que haga el lector (o el actor) en este plano, entren en conflicto con el sentido de la obra. Todas ellas son admisibles, en la medida en que se hagan dentro de ciertos límites. Aunque, claro, un lector malicioso podría "concretar" a un Hamlet cojo o jorobado. En cambio otros lugares de indeterminación, como el carácter del personaje, su intensidad emocional o la complejidad de sus pensamientos, son relevantes y pueden darle a la obra superficialidad o profundidad.

Los distintos modos de concreción en el estrato de las representaciones objetivas, necesariamente llevan a concreciones diferentes de la obra en su conjunto. El modo de concreción determina también si la lectura se ajusta o se desvía de las intenciones artísticas del autor.

Aparece aquí otra cuestión: la de si los modos de concreción dependen, y en qué medida de la atmósfera cultural propia del momento en que se realiza la lectura, y de qué manera esa atmósfera cultural puede desviar la concreción de las intenciones del autor. Esto a su vez nos lleva al problema de la mantención de la identidad de la

obra literaria, a lo largo de su vida, es decir, en qué medida las lecturas que se hacen de la obra en distintas épocas pueden alterar o desvirtuar su identidad.

Junto con la concreción en el plano de los objetos representados está la actualización que se hace en el estrato de los aspectos esquemáticos.

En la obra hay ciertos esquemas que permanecen como estructuras constantes. Cuando el lector los actualiza, se concretan desde sí mismos. Se completan con datos y detalles que aporta el lector desde su propia sensibilidad, sus hábitos, sus preferencias. Así, cada lector singular "se imagina el mundo representado bajo el aspecto de la imagen de un mundo que él se ha construido en el curso de su vida".²³

Gracias a esta actualización personal, que cambia de un lector a otro, las cosas representadas se hacen más vivas, más familiares y concretas para el lector, que de este modo puede relacionarse en forma directa con ellas.

Para Ingarden la función del lector es plegarse a las sugerencias que están disponibles en la obra, actualizando no cualquier aspecto arbitrario, sino aquellos que la obra sugiere. No hay, desde luego, una obligatoriedad de concreción de aquellos aspectos disponibles en la obra, pero si el lector se desentiende y se libera completamente de ellos, se desviará de la "aprehensión estética adecuada". Es posible que con una lectura arbitraria la obra gane estéticamente, aunque sea sólo por azar. Pero de todas formas, "la obra no será captada correctamente, pudiéndose llegar incluso a una maliciosa falsificación".²⁴

Neruda fue un gran lector de obras de ficción y sin duda recurrió a su bagaje cultural y a su propia experiencia de vida para imaginar el mundo representado en los textos bajo el aspecto de la imagen del mundo que él había venido construyendo. Sin embargo, no existen muchos testimonios para determinar cómo ejecutaba Neruda este proceso de concreción.

En su prólogo al libro *De repente*, de Diego Muñoz, el poeta dice: " Estas páginas son la cronología de semanas, de barrios de la ciudad, de grupos humanos que ya no existen". Más adelante agrega: "Pero yo conocí esa época, aquellos callejones y la luz que reverberando desde las manos de Diego ilumina estas vidas como una lámpara submarina. Yo toqué estas vidas y no les di importancia. Sólo la infinita poesía con que el escritor me las revelara me hizo comprender que no todos pueden ver el tesoro pasivo. Hay que desentrañarlo y darle su verdadero color de ceniza. De esta manera Diego Muñoz produjo esta espléndida flor crecida en los arrabales de mi tiempo".²⁵

Este párrafo es interesante, porque Neruda parece llenar los lugares de indeterminación de su propia memoria con el relato de Diego Muñoz. Luego sus

²³ Ibid. p.42

²⁴ Ibid. p. 41

²⁵ Neruda, Pablo, *Prólogos*. Santiago. Editorial Sudamericana., 2000. p. 74.

recuerdos, inevitablemente, contribuyen a concretar la realidad representada en el texto.

Hay un artículo de la serie “Reflexiones desde Isla Negra”, titulado “Sonata con recuerdos” en el que Neruda intenta identificar a qué pieza musical concreta corresponde la Sonata de Vinteuil, que Marcel Proust coloca en el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*. El poeta señala que para Jorge Edwards, Vinteuil sería Debussy. Neruda cree que es César Frank, aunque hace una advertencia en la que parece enunciar en otros términos los postulados sobre lugares de indeterminación, concreción, actualización e interpretación del texto: “Naturalmente nadie es enteramente nadie y todos son algunos en la creación imaginativa y creativa. Un solo personaje contiene muchos otros. Aunque nada novelístico, yo pienso que debe ser así a través de mi propia experiencia poética. Las sensaciones se entrecruzan, los crepúsculos del alba y de la noche se intercambian y los nombres, como sacos vacíos, cambian de carga en el hilo del tiempo.”²⁶

Relata luego Neruda que en la época en que leyó con mayor placer y abundancia, cuando vivía en un suburbio de Colombo, volvió a Marcel Proust:

“Un amor de Swann me hizo revivir los tormentos y las tormentas, los amores y los celos de mi adolescencia. Y comprendí que en aquella frase de la sonata de Vinteuil, frase musical que Proust llamó ‘aérea y olorosa’, no sólo se paladea la descripción más exquisita del apasionante sonido, sino también una desesperada medida de la pasión”²⁷

Lamentando su falta de oído y su “indigna educación musical”, Neruda emprende, sobre la base de la descripción literaria que aporta Proust, la búsqueda de la sonata de Vinteuil y cree encontrarla en la sonata para piano y violín de César Frank. Busca una especie de concreción sensorial: quiere escuchar la pieza musical que Proust describe, dando cuenta, además, de las sensaciones que ésta infunde a sus personajes.

Neruda agrega: “Proust, el más grande realista poético, en su crónica crítica de una sociedad agonizante que amó y odió, se detuvo con apasionada complacencia en muchas obras de arte, cuadros y catedrales, actrices y libros. Pero aunque su clarividencia iluminó cuanto tocaba, reiteró el encanto de esta sonata y su frase renaciente con una intensidad que no dio tal vez a otras descripciones. Sus palabras me condujeron a revivir mi propia vida, mis lejanos sentimientos perdidos en mí mismo, en mi propia ausencia. Quise ver en la frase musical el relato mágico literario de Proust y adopté o fui adoptado por las alas de la música.”²⁸

Proust describe la frase musical de esta sonata, pero eso no le basta a Neruda que busca una concreción mayor. No es que tenga un interés documental en

²⁶ Neruda, Pablo, “Sonata con recuerdos”. Obras completas de Pablo Neruda, Tomo V, Nerudiana dispersa II p. Edición de Hernán Loyola, Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg Círculo de Lectores, 2002. p. 162.

²⁷ Ibid. p. 163.

²⁸ Ibid.

determinar en qué obra musical pensaba Proust al aludir a la sonata de Veinteuil. Lo que le interesa es encontrar qué obra de las que han creado los compositores de este mundo, podría corresponder a la sonata que Neruda “escucha” en su propia lectura de *Un amor de Swann*. Además, el texto proustiano y la música que aparece en éste, remiten al poeta a su propia existencia, a sus amores, a sus “tormentos y tormentas”; algunas regiones candentes de su propia subjetividad determinan la actualización de su lectura de Proust, y lo conducen a releer su propia vida.

La relectura que hace el poeta del soneto “Amor constante más allá de la muerte”, de Quevedo, donde desplaza el cuerpo enamorado y muerto al cuerpo herido de la España Republicana, y su lectura del *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, como un alegato por la paz, en el Chile de 1973, nos remiten a la afirmación de Ingarden en cuanto a que una obra también puede concretarse de manera que todas sus cualidades estéticas puedan ser actualizadas. Es decir, la concreción puede aplicarse no sólo a ciertos lugares de indeterminación, sino a la eficacia estética total de la obra, puesto que en cuanto una obra se lee en nuevos contextos, donde ha habido cambios de lenguaje, de la norma literaria, de la estructura social, de los sistemas de valores, etc., pueden activarse una cantidad de cualidades y significados que antes no habían sido percibidos. Una de las cosas que hace Neruda como lector es buscar estas actualizaciones de significados de textos clásicos. Para realizar esta operación lee el mundo y sus circunstancias, desde las obras de algunos autores clásicos.

Hemos examinado también el concepto de “punto de vista viajero”, de la teoría de la recepción. Éste señala que la totalidad del texto nunca puede ser percibida de una sola vez, por lo tanto, el lector debe situarse en ciertos puntos de la obra, y viajar con ella, en la medida en que avanza en su lectura, o vuelve atrás en busca de alguna aclaración o de la relectura de un capítulo o pasaje.

“Todo texto posee una estructura temporal, pues es imposible hacerse con un texto, por pequeño que sea, en un instante - escribe Iser -. Por eso la lectura discurre como una perspectiva móvil que liga entre sí las fases del texto.”²⁹

Este viaje por el texto permite posibilidades que no están formuladas en el mismo, como los nuevos descubrimientos a los que puede dar lugar la relectura: “la relectura de un mismo texto es capaz de producir innovaciones. Una condición importante para ello es que no se repita en la segunda lectura el mismo modo de recorrido mediante el cual se realizó anteriormente una determinada configuración de sentido.” En esto participa también la subjetividad y la circunstancia del lector, que pueden cambiar entre una lectura y otra del mismo texto. Pero también cambia el modo de procesar la lectura, puesto que el recuerdo de la o de las lecturas anteriores no desaparece por completo, y necesariamente interviene en la lectura posterior. “Por ello, la manera de producirse un curso de lectura es algo no repetible en su individualidad, si bien el saber que produce se extiende a las lecturas repetidas.”³⁰

²⁹ Iser, Wolfgang, *El proceso de lectura*. En: Warning, Rainer (ed.), *Estética de la recepción*. p. 154.

³⁰ *Ibid.*

Estas consideraciones pueden aplicarse a las prácticas de lectura de Neruda, que fue un persistente relector. Hay lectores que dejan ciertas marcas en el texto: subrayados, anotaciones al margen, como puntos de orientación para posibles relecturas. No es el caso de Neruda, que sólo excepcionalmente hacía este tipo de marcas, entre otras cosas porque muchas veces leía en ediciones antiguas o valiosas. Sin embargo, por sus testimonios sabemos que siempre estaba volviendo a algunos autores. Más adelante describimos el canon nerudiano. Incluso usa la metáfora del viaje en una de sus lecturas de Quevedo, que ya hemos comentado: "Viaje al corazón de Quevedo", texto que incluirá en un libro junto a relatos de viajes por diversos territorios.

En efecto, en su libro Viajes, al incluir un viaje literario junto con otros, espaciales, el poeta establece cierta equivalencia tácita entre ambos. Es que los dos son parte de su apertura hacia el mundo, y como también leía el mundo, sus periplos por distintos países y continentes, fueron parte de esta lectura.

En sus memorias el poeta anotó: "Yo soy un amateur del mar. Desde hace años colecciono conocimientos que no me sirven de mucho porque navego sobre la tierra." Este "navegar sobre la tierra", sin duda es leer, que es la forma que Neruda tiene de coleccionar conocimientos sobre el mar. En Canto general también expone, esta vez poéticamente, la misma idea: "Yo recorrí los afamados mares, / el estambre nupcial de cada isla, / soy el más marinero del papel..."

En 1954 Neruda afirmó que el poeta tiene dos obligaciones: partir y regresar. En el poema "Regreso", de La barcarola, convergen los temas de la navegación y el retorno. El poeta le dice a su amada, Matilde Urrutia: "Amor mío, en el mar navegamos de vuelta a la raza, / a la herencia, al volcán y al recinto, al idioma dormido/ que se nos salía por la cabellera en las tierras lejanas..."

Neruda siempre volvió a Chile y también a sus libros. Este último regreso fue a veces físico, como lo relata el mismo en su artículo "El olor del regreso", donde cuenta el reencuentro con su biblioteca después de los años del exilio. Pero también fue un regreso a la lectura, es decir a la relectura de algunos libros, o un acto de visitar a los autores del repertorio que empieza a formar desde sus lecturas juveniles.

3.- NERUDA ¿ LECTOR ANTILIBRESCO?

La relación de Neruda con los libros fue contradictoria y compleja. No es un lector radicalmente distinto a los de su tiempo, como el Menocchio que estudia Carlo Ginzburg. Por el contrario, en algunos aspectos es un lector muy característico del grupo de estudiantes bohemios y provincianos que vivían en Santiago en los años 20. No por eso deja de presentar rasgos singulares. El más interesante es el de su doble condición de lector y poeta, y su deliberado y casi obsesivo intento de construir una figura autoral propia que se refleje en o que contraste con las figuras de otros autores. Paralelamente construye también su autorrepresentación como lector.

Por otra parte, Neruda muestra diversos comportamientos lectoriales: lee el mundo y las imágenes y descubre nuevas posibilidades de lectura, tanto en los clásicos, como en la literatura de entretenimiento, principalmente la policial.

Las autorrepresentaciones de Neruda como poeta y como lector están dominadas por una tensión entre el libro y la vida.

Neruda no sólo fue desde joven un gran lector, sino además un fino bibliófilo, conocedor de obras valiosas y ediciones raras. Reunió las dos magníficas bibliotecas a las que ya aludimos. Sin embargo, en forma persistente en sus escritos, colocó al libro en conflicto con la vida, y se declaró partidario de esta última. En 1954 decía: “ Mi generación fue antilibresca y antiliteraria por reacción contra la exquisitez decadente del momento”. Y agregaba: “Éramos enemigos jurados del vampirismo, de la nocturnidad, del alcaloide espiritual. Fuimos hijos naturales de la vida.”³¹

En su poesía también colocó al libro en oposición con la vida. Así, en su Oda al libro proclama: “Libro, cuando te cierro/ abro la vida...” o “Libro, déjame libre”. Y en Oda a la alegría, dice: “Hoy, alegría,/ encontrada en la calle, / lejos de todo libro acompáñame...” En un poema juvenil, “Individuo enamorado”, de 1924, dice “Saludo a mi novia, tonta como un libro...”

Hay otros pasajes, en cambio, donde el poeta exalta al libro al que considera esencial tanto para la lenta y persistente sedimentación del conocimiento, como para la continuidad de la creación literaria. Así por ejemplo, en su Oda a la tipografía, de 1956, alude a esta virtud del libro de desplegar el conocimiento formado a lo largo del tiempo, cuando habla de las letras “extendiendo / el tesoro acumulado, / esparciendo de pronto / la lentitud de la sabiduría / sobre la mesa / como una baraja, / todo el humus / secreto /de los siglos...”

En Memorial de Isla Negra, escribe: “ Los libros tejieron, cavarón,/deslizaron su serpentina /y poco a poco, detrás /de las cosas, de los trabajos,/surgió como un olor amargo/ con la claridad de la sal/ el árbol del conocimiento”

³¹ Neruda, Pablo, “El rector ha tenido palabras magníficas...” Discurso pronunciado en la donación de su biblioteca personal a la Universidad de Chile, 20 de junio de 1954. Obras completas de Pablo Neruda, Tomo IV, Nerudiana dispersa I. Edición de Hernán Loyola. Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg Círculo de Lectores, 2001. pp. 948 – 949.

Y en Confieso que he vivido, anota: “ Me place el libro, la densa materia del trabajo poético, el bosque de la literatura...”

Así, sobre “el humus secreto de los siglos”, crecen “el árbol del conocimiento”, por una parte, y “el bosque de la literatura” por otra. Estos procesos y productos de la inteligencia humana aparecen aquí, metafóricamente, como parte de la naturaleza, y, en otro texto como una continuación humana del trabajo de la naturaleza: “...la unidad del conocimiento continúa la naturaleza, la inteligencia revela las relaciones más remotas o más simples entre las cosas, y entonces unidad y relación, naturaleza y hombre se traducen en libros.”³²

Como se ha dicho, esta tensión entre el libro en oposición a la vida, por una parte, y el libro como integrador de la naturaleza y la capacidad de la inteligencia humana para conocer esa naturaleza o poetizarla, aporta algunas claves para determinar las preferencias de lectura de Neruda. Resulta provechoso contrastar las valoraciones que el poeta otorga al libro, con sus bibliotecas, que se conservan en la Universidad de Chile y en la Fundación Neruda. En ellas se despliegan estas dos potencialidades del libro. El laborioso proceso de formación del conocimiento está en los antiguos libros de historia natural, de exploraciones y viajes, en tanto sus colecciones de clásicos de la literatura universal dan cuenta de la construcción de “la densa materia” artística, literaria, poética, como podrá apreciarse en el capítulo destinado a la descripción de ambas bibliotecas.

La fascinación de Neruda por el libro como “árbol del conocimiento”, es decir como el instrumento ordenador y sistematizador de las ramas del saber, lo llevó a una de sus últimas grandes adquisiciones bibliófilas: la Enciclopedia de Diderot y D’Alembert. La compró en Francia, antes de regresar definitivamente a Chile, y le hizo hacer una fina encuadernación de época. La obra llegó al país después de la muerte del poeta, y ahora se encuentra en la biblioteca de La Chascona.

A pesar de las reiteradas declaraciones de Neruda a favor de una poesía antilibresca, parte de su poesía tiene fuentes bibliográficas. Enrico Mario Santí ha rastreado estas fuentes para Canto general. Además, Neruda no sólo dedicó algunos de sus poemas a escritores y a personajes históricos a los que conoció a través de los libros, sino que entabló explícitamente diálogos intertextuales principalmente con Whitman, Shakesperare y Herman Melville.

Por otra parte, su aprecio por el arte del libro queda de manifiesto en diversos textos, como la ya mencionada Oda a la tipografía, en la que rinde homenaje a los impresores clásicos, y a sus tipos de imprenta: los Aldos, Bodoni y Elzevires. En el artículo que dedica al gran editor italiano Alberto Tallone escribe: “ Yo me sentí honrado y dignificado porque alguno de mis libros fue impreso por el que considero

³² Ibid. p. 949

maestro moderno de la tipografía... La severidad se impuso en la immaculada belleza de sus ediciones.”³³

Más aún, el poeta usó su conocimiento del arte del libro, para realizar algunas magníficas ediciones numeradas de su propia obra, como la magnífica primera edición de *Residencia en la tierra*, Nascimento, 1933; la no menos magnífica primera edición mexicana de *Canto general*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1950; *Cien sonetos de amor*, por la Editorial Universitaria, 1959, y las ediciones de *Arte de pájaros* y *Fin de mundo* hechas por la Sociedad de Amigos del Arte Contemporáneo, en 1966 y 1969, respectivamente, entre otras.

Sin embargo, Neruda propuso con persistente insistencia, una poesía antilibresca, y dedicó varias diatribas contra los poetas y narradores atados a los corsés literarios.

El 24 de abril de 1929 le escribía desde Ceilán una carta a Héctor Eandi, en la que decía: “Borges, que usted me menciona, me parece más preocupado de problemas de la cultura y de la sociedad, que no me seducen, que no son humanos. A mí me gustan los grandes vinos, el amor, los sufrimientos y los libros como consuelo a la inevitable soledad. Tengo hasta cierto desprecio por la cultura, como interpretación de las cosas, me parece mejor un conocimiento sin antecedentes, una absorción física del mundo, a pesar y en contra de nosotros...”³⁴

En 1962 escribe: “Hemos llegado dentro de un intelectualismo militante a escoger hacia atrás, escoger aquellos que previeron los cambios y establecieron las nuevas dimensiones. Esto es falsificarse a sí mismo falsificando los antepasados. De leer muchas revistas literarias de ahora, se nota que algunas escogieron como tíos o abuelos a Rilke o Kafka, es decir, a los que tienen ya su secreto bien limpio y con buenos títulos y forman parte de lo que ya es plenamente visible.”³⁵

Este “escoger hacia atrás” sería rehacer lecturas ya hechas, visitar autores cuyo secreto ha quedado “bien limpio” y “plenamente visible” por la exégesis que ha hecho la disección de sus textos.

En materia de lecturas, el poeta expresó algunas preferencias generales, así por ejemplo, en *Confieso que he vivido* escribe: “Me place el libro (...) pero no las etiquetas de las escuelas. Quiero libros sin escuelas y sin clasificar, como la vida.”

Y en esas mismas Memorias, anota:

³³ Neruda, Pablo, “Adiós a Tallone”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.V, Nerudiana dispersa II, p. 175.

³⁴ Carta de Neruda a Héctor Eandi, 24 de abril de 1929. Obras completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T. V, Nerudiana dispersa II, p. 942 – 943.

³⁵ Neruda, Pablo, “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.V, Nerudiana dispersa I, p. 1096.

“Nunca he tenido interés en las definiciones, en las etiquetas. Me aburren a muerte la discusiones estéticas. No disminuyo a quienes las sustentan, sino que me siento ajeno tanto a la partida de nacimiento como al post mortem de la creación literaria. ‘ Que nada exterior llegue a mandar en mí’ dijo Walt Whitman. Y la parafernalia de la literatura, con todos su méritos, no debe sustituir a la desnuda creación”.³⁶

Por otra parte el libro aparece como parte de la patria y de los arraigos a ella. Así, en el poema “A Howard Fast”, de 1958, escribe:“... yo soy de Chile/ allá lejos/ están mis camaradas, están mis libros/ está mi casa/ frente a las olas gigantes del Pacífico frío...”

Para Neruda habría, entonces, al menos dos tipos de textos y dos tipos de lecturas: aquellas directas, sencillas, transparentes, legibles, naturales y cercanas a la vida, y las otras, las oscuras, las que requieren de la mediación de aparatos analíticos, lecturas dirigidas por escuelas, libros encasillados por las clasificaciones.

Queda claro que en muchas ocasiones cuando Neruda habla de lo libresco hay que entenderlo como lo intelectual. Por lo tanto, al aludir a lo antilibresco está refiriéndose a lo antiintelectual. De aquí podrían derivarse dos figuras de lectores: una, la del lector “natural”, por decirlo de alguna manera, el que se acerca al texto en estado adánico. El otro sería el lector que aborda el texto premunido de profusos aparatos conceptuales y críticos.

No es la intención de esta tesis estudiar la “poética nerudiana”, sino sólo algunas de sus propuestas sobre la poesía que pueden ayudar a examinar cómo sus posiciones antiintelectualistas determinan sus prácticas de lectura.

La poesía, capaz de reproducir “el fuego y la fertilidad” de la naturaleza, merece una lectura afín con esa potencia reproductora: “en la casa de la poesía no permanece nada sino lo que fue escrito con sangre para ser escuchado por la sangre”, apuntó Neruda en uno de los prólogos de *Caballo Verde para la Poesía*.³⁷

También escribió: “Libros sagrados y sobados, libros/ devorados, devoradores, / secretos,/ en las faltriqueras: / Nietzsche, con olor a membrillos, / y subrepticio y subterráneo, / Gorki caminaba conmigo.”

En estos primeros versos del poema “Los libros”, de Memorial de Isla Negra aparece esta serie de dobles condiciones del libro: sagrado y profano; devorado y devorador; secreto, pero en las faltriqueras, donde no se llevan las cosas secretas sino las de uso corriente; el oscuro Nietzsche devuelto a la corriente cotidiana por su proximidad con el membrillo, y finalmente Gorki, por un lado “subrepticio y subterráneo”, pero caminando al lado del poeta.

³⁶ Neruda, Pablo, *Confieso que he vivido*. Barcelona. RBA Editores, 1999.p. 457.

³⁷ Neruda, Pablo, “Conducta y poesía”. En *Caballo Verde para la Poesía*, N° 3, Madrid, diciembre de 1935. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. Tomo IV, Nerudiana dispersa I pp. 384

Neruda, Pablo, *Obras completas*, Tomo IV, Nerudiana dispersa I pp. 948 – 949.

Su testimonio poético más fino y enigmático sobre la lectura, se encuentra en el poema “El sobrino de Occidente”, del libro *Cantos ceremoniales* (1961). Éste sugiere un diálogo con los libros, en el que de pronto sobreviene un inquietante silencio y el vacío. Entonces el poeta lector queda solo y todas sus lecturas no son sino el reflejo especular de sí mismo:

“Pregunto libro a libro, son las puertas, hay alguien/ que se asoma y responde y luego no hay/ respuesta, se fueron las hojas,/ se golpea a la entrada del capítulo, / se fue Pascal, huyó con los Tres Mosqueteros, / La Fontaine cayó de su tela de araña, / Quevedo, el preso prófugo, el aprendiz de muerto/ galopa en su esqueleto de caballo/ y, en suma, no responden en los libros: / se fueron todos, la casa está vacía. / Y cuando abres la puerta hay un espejo/ en que te ves entero y te da frío.”

Se advierten, así, tensiones interesantes entre las posiciones antilibrescas, es decir, antiintelectuales que Neruda enuncia, declara y ejerce, con su también declarada admiración por diversos autores de la literatura universal, y por su afición por los libros como objetos materiales.

4.- PABLO NERUDA, UN LECTOR DEL SIGLO XX

Como se ha dicho, aun cuando como todo lector Neruda tiene sus propias singularidades, no presenta una radical originalidad respecto de las prácticas y contenidos de lectura de su época. A partir de 1933, sus viajes y contactos con figuras importantes de la intelectualidad americana y europea, amplían el universo de sus lecturas. Sin embargo sigue releendo a algunos de los autores de su juventud, como Walt Whitman, Víctor Hugo y Arthur Rimbaud.

En este capítulo, junto con describir la formación del universo de lecturas del poeta, revisaremos ciertos procesos culturales que pueden haber incidido en sus prácticas y contenidos de lectura, y examinaremos cómo el lector Neruda se inserta en dichos procesos y participa o se aparta de ellos.

4.1.- Una “moderada revolución lectora”

Philippe Aries considera que una de las principales evoluciones de la sociedad moderna fue el ingreso de las sociedades occidentales en la cultura de lo escrito. Esto condujo a una serie de procesos como el avance en la alfabetización, el aumento en la circulación de los textos y la difusión de la lectura solitaria y en silencio. Aunque hasta ahora no existe una sistemática Historia de la Lectura en Chile, sí hay una cantidad de estudios sobre la historia de la cultura, del libro y trabajos monográficos sobre lectores y lectura que pueden dar cuenta de desarrollo de estos procesos en nuestro país. Entre éstos destacan los de Bernardo Subercaseaux sobre la historia del libro, de las ideas y de la cultura en Chile; el de Juan Poblete, sobre públicos lectores y figuras autoriales en el siglo XIX, y el de Gonzalo Catalán, sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920.³⁸

En las primeras décadas del siglo XIX predominaba aún la lectura intensiva, es decir la lectura reiterada de los mismos textos, que eran catecismos y libros de oraciones. Lentamente a partir de 1840 y con mayor celeridad en la década siguiente, lo mismo que en la Europa del siglo XVIII, empieza a producirse un cambio en el número de libros y textos disponibles y en los hábitos de lectura, que tienden hacia la lectura extensiva. Ésta desde luego es más rápida y más “profana”, en cuanto se hace ya sin la devoción, la detención y la ceremonia que se le dedicaba a los textos religiosos. La lectura extensiva abarca la considerable diversidad de textos que

³⁸ Catalán, Gonzalo, “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920”, en: Brunner, José Joaquín y Catalán, Gonzalo, Cinco estudios sobre cultura y sociedad. Santiago Flacso, 1985; Poblete, Juan, Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales. Santiago. Ed. Cuarto Propio, y Subercaseaux, Bernardo, Historia del Libro en Chile (Alma y cuerpo). Santiago. LOM Ediciones, 2000; Fin de siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile. Santiago. Ed. Aconcagua, Cenecca. s/f.; Historia de las ideas y la cultura en Chile. T I. Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX. J.V. Lastarria Santiago. Ed. Universitaria, 1997; e Historia de las ideas y la cultura en Chile. T III. El Centenario y las vanguardias. Santiago. Ed. Universitaria, 2004.

empezaban a circular en un mercado editorial en pleno desarrollo. Entre éstos, los que alcanzaron mayor difusión fueron los folletines, que se publicaban en periódicos y en algunas ocasiones pasaban después a convertirse en libros. La incidencia del folletín hace que la novela llegue a ser el género de lectura más amplia en la segunda mitad del siglo XIX.

La lectura extensiva de una creciente diversidad de textos, así como el incremento en la producción discursiva, y el desarrollo de un mercado editorial al que se incorporan nuevos públicos lectores, es parte importante de la modernización de la sociedad chilena, y del cambio de una hegemónica cosmovisión tradicionalista católica, a otras de cuño laico y dominadas por la racionalidad burguesa.

Este movimiento de secularización se extenderá desde mediados del siglo XIX hacia todo el XX, traspasando diversas ideologías como la ilustración, el positivismo, y finalmente el pensamiento progresista de izquierda, en el que se incluyen las corrientes socialdemócrata y marxista. Subyace en todas estas corrientes una confianza en que la historia tiene una dirección que se orienta en el sentido del progreso.

El caso de Pablo Neruda es un ejemplo de un lector chileno del siglo XX, heredero, testigo y actor del proceso descrito.

El poeta fue inicialmente un lector extensivo y más tarde a la vez extensivo e intensivo. Crea su propio canon: un conjunto de autores y de géneros a los que siempre vuelve, aunque sin excluir lecturas nuevas.

Los orígenes del proceso de modernización cultural al que hemos hecho referencia, se encuentran en el período 1840 – 1880, en el que, según Subercaseaux, se crearon, entre otras cosas, las bases de la industria impresora, que comprende el ciclo completo de impresión, circulación, comercio y lectura, y que alcanzará su mejor momento a mediados del siglo XX.

A comienzos de la década del 40 del siglo XIX se inicia esta etapa que Subercaseaux describe como un “nuevo momento fundacional”, y que llevará a la institucionalización de un conjunto de ideas y aspiraciones que en los decenios siguientes irán penetrando en toda la sociedad. En materia cultural y educacional, Subercaseaux discierne las siguientes aspiraciones: “en la historiografía, el relato de una nación que se inscribe en la ley del progreso y que se constituye como negación del pasado colonial”, “en las letras, el afán de una literatura que exprese a la sociedad de la época y que emancipe a los espíritus de los valores del pasado”.³⁹

También a principios de esa misma década la circulación y la presencia del libro eran todavía precarias. Existía, sin embargo un circuito de circulación de libros e ideas que, aun cuando se restringía a una élite, la de la juventud liberal, era bastante activo. Esta élite recibía desde Europa, una cantidad de literatura, la mayor parte de la cual era romántica: Víctor Hugo, René Chateaubriand, Alphonse de Lamartine y Alfred de

³⁹ Subercaseaux, Bernardo, Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo). Santiago. LOM Ediciones, 1993. p.45.

Musset, entre los franceses; Lord Byron y Walter Scott, entre los ingleses, y Mariano José de Larra, José de Espronceda y Jossé Zorrilla, entre los españoles.⁴⁰

Poco a poco se fue incrementando la apertura de librerías. Este proceso se inicia en Valparaíso, luego en Santiago y después se propaga hacia las principales ciudades del país. Antes de esto, los libros importados, que eran muy escasos y caros, se vendían en los almacenes. La proliferación de las librerías es un índice del reconocimiento de la singularidad del libro, que no es una mercadería más. Una de las transiciones culturales importantes de mediados del siglo XIX en Chile fue ésta, en la que el libro adquiere una valoración distinta a la de otras mercaderías. Una valoración que va más allá del precio, y que implica el reconocimiento de lo que Subercaseaux llama “alma”, la que aparece, por ejemplo en la visión que privilegia “la dimensión educativa del libro (de cuño ilustrado) en desmedro de su dimensión económica y material...”⁴¹

Un fenómeno interesante es la circulación de las novelas- folletines que fue en aumento, gracias a que algunos diarios liberales las publicaban a los pocos años que aparecían en Europa.

Gazmuri comenta que entre 1848 y 1851 llegaba al país una verdadera “marea” de folletín romántico, especialmente de Dumas padre y Eugenio Sué. De Los misterios de París, de este último autor, se habían hecho hasta 1849, treinta ediciones, según Sarmiento. La mayor parte de los diarios publicaba folletines por entregas. “Incluso El amigo del pueblo, periódico revolucionario perteneciente a la Sociedad de la Igualdad, publicó, durante su breve existencia El collar de la reina, de Dumas.”⁴²

Hay otras acciones de los periódicos que contribuyen a la producción y difusión del libro. Así por ejemplo, en 1863, El Mercurio de Valparaíso crea la Biblioteca de Amena Lectura, formada por libros breves que se regalaban a los suscriptores o se vendían a precios muy económicos.

Este incremento de importaciones no era sólo de novelas y folletines, sino también de literatura política y de ideas. A mediados del siglo XIX circulaban libros de Johan Gottfried Herder, Víctor Cousin, Felicité de Lamennais, y de los socialistas utópicos Joseph Fourier, Robert Owen y Louis Blanc. En su Historia del movimiento obrero en Chile, Hernán Ramírez Necochea reproduce el catálogo de una librería donde se ofrecen obras de Blanc, Pierre Joseph Proudhon y Lamennais.⁴³

Las cifras que muestran la expansión del sector del libro en este período, son importantes tanto desde un punto de vista cuantitativo como cualitativo, puesto que en todos sus aspectos: imprentas, librerías, bibliotecas y lectores, se fue creando una tradición que perduró en el tiempo.

⁴⁰ Gazmuri, Cristián, El “48” Chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos. Santiago. Ed. Universitaria, 1999. p. 31.

⁴¹ Subercaseaux, Bernardo, op.cit. p. 54.

⁴² Gazmuri, Cristián, op. cit. p. 31.

⁴³ Gazmuri, Cristián, op. cit. p. 32.

Para Subercaseaux, el aspecto más interesante y nuevo de esta producción de impresos diversos, es lo que llama "la expresividad editorial". Entre 1880 y 1900, la diversificación social y cultural se proyecta y manifiesta en la edición: "El libro fue un medio de expresión y de constitución de identidad de los distintos sectores socio culturales de la época" tanto en el circuito de la alta cultura, de las capas medias como en el mundo popular.⁴⁴

Juan Poblete, en su trabajo sobre públicos lectores y figuras autoriales en Chile en el siglo XIX⁴⁵, aborda el mismo período que Subercaseaux caracteriza como de expansión y diversificación de circuitos culturales, y de ampliación de la producción editorial y crecimiento del público lector.

Poblete intenta describir a través del examen de diversos objetos textuales, lo que el mismo denomina "la experiencia de lo nacional" que la producción, circulación y consumo de la literatura hacen posible en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX. Este proceso, podría equipararse al fenómeno de la "expresividad editorial", de que habla Subercaseaux. El mismo sería parte, para Poblete, de una "moderada revolución lectora", que entonces se desarrolló en los principales centros urbanos del país, particularmente en Santiago y Valparaíso.

Desde las aulas y el púlpito, los espacios culturales se ensanchan hacia el teatro, la ópera, los clubes, la calle, las modas y las bibliotecas populares. Los actores también se diversifican desde la elite masculina, a las mujeres y el mundo popular; y los objetos desde el exclusivo libro francés importado a una gran variedad de impresos: pliegos de poesía popular, novelas nacionales e importadas, folletines, periódicos, álbumes, almanaques, etc.

En torno a estos nuevos objetos textuales se crean también nuevas prácticas de lectura, nuevas codificaciones, decodificaciones, resemantizaciones y usos.

Todo este panorama de ampliación y diversificación de los espacios, actores y objetos culturales, viene a configurar la "revolución lectora", a la que se ha hecho referencia. Ésta, aunque relativa y moderada, tuvo consecuencias importantes para la cultura nacional. Como había ocurrido anteriormente, en las revoluciones de la lectura en Europa, en Chile el aumento considerable de lecturas y lectores, así como de la cantidad y tipo de publicaciones y ciertos cambios de época como el proceso urbanización, la protomasificación y otras transformaciones culturales y sociales, "se imbricaron y retroalimentaron de maneras complejas y difícilmente separables".⁴⁶ Los lectores fueron al mismo tiempo "productores y productos de esta "moderada revolución lectora".

⁴⁴ Subercaseaux, Bernardo, op. cit. p. 99.

⁴⁵ Poblete, Juan, Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales. Santiago Ed. Cuarto Propio, 2003. p. 12

⁴⁶ Ibid. p. 13.

Uno de los factores claves del nuevo escenario social y cultural del siglo XX es la gravitación creciente de los sectores medios en la escena nacional. A partir de 1880 y gracias a los excedentes presupuestarios que aportan las exportaciones del salitre, el Estado aumenta su participación en la vida nacional. Entre otras cosas, se incrementa considerablemente la dotación de empleados fiscales. Crecen también la población urbana y la matrícula estudiantil.

Neruda se inicia como lector en un mundo urbano bastante excepcional: la ciudad de Temuco, a la que él mismo describe como pionera, “de esas ciudades sin pasado, pero con ferreterías (...) Temuco era la avanzada de la vida chilena en los territorios del sur de Chile, esto significaba una larga historia de sangre”.⁴⁷

Hasta hacía poco, en efecto, el lugar en que se fundó Temuco había sido territorio mapuche, y quedaba indeleble la línea fronteriza entre dos mundos: el urbano moderno y el mapuche que durante siglos se había empeñado en defender sus formas de vida tradicionales y rurales.

Neruda procedía, además, de una familia de pequeños agricultores de la zona de Parral: “Mi abuelo, don José Ángel Reyes, tenía poca tierra y muchos hijos”. De modo que el padre del poeta “salió muy joven de las tierras paternas y trabajó de obrero en los diques de Talcahuano, terminando como ferroviario en Temuco.” Fue de los trabajadores de las grandes obras públicas que se hicieron con las rentas del salitre. La familia de Neruda, en la generación anterior a la del poeta, es parte del proceso de formación de esa clase media urbana que emerge a fines del siglo XIX y que va ganando posiciones en la escena cultural y social en las primeras décadas del XX.

El hecho es que en las distintas regiones del país, crecieron los sectores medios urbanos, formados por empleados, profesionales, comerciantes y artesanos calificados. Se trataba de sectores letrados, los que hacia fines de siglo fueron conformando un nuevo público para el teatro y el libro, tanto para el utilitario, técnico y educativo, como para el libro de entretenimiento, principalmente la novela y el folletín. Como lo advierte Subercaseaux, se produce la transferencia de la matriz ilustrada liberal a la clase media, y la transfiguración de dicha matriz.

En las tres décadas que van desde 1890 a 1920 desciende el analfabetismo, hay una tendencia a la concentración demográfica en las ciudades y aumenta la escolaridad en todos los niveles. Estos indicadores inciden en una ampliación del mercado literario que se advierte en el aumento de las patentes comerciales a librerías y en el número de lectores que concurre a la Biblioteca Nacional.

Al mismo tiempo se observa una evolución en la calidad del público lector, que adquiere “un nivel más maduro en cuando a las preferencias y más actualizado en cuanto a información. En círculos cada vez más vastos no se leía sólo a los escritores de folletín o a los autores españoles de la primera mitad del siglo XIX, sino también a

⁴⁷ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido, p. 16.

los franceses de los últimos lustros, a los rusos - que constituían toda una novedad - y de manera paulatina a los autores nacionales."⁴⁸

Cuando Neruda inicia su vida como lector ya está consolidada una visión secularizada del mundo, que el joven Neftalí recibe a través de la educación pública, en el Liceo de Hombres de Temuco y más tarde en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, como en las conversaciones de amigos de su familia.

También se encuentra consagrada la forma de lectura individual, privada, visual y silenciosa. Ésta se había hecho común en Europa, entre fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna - desplazando a la lectura oralizada y colectiva - , y tuvo consecuencias decisivas en la formación de una conciencia crítica frente a la autoridad del texto escrito. En algunos casos, la escasez de libros y la necesidad de maximizar su uso o el puro gusto por compartir el placer de un texto, llevó en los siglos XIX y principios del XX a recurrir nuevamente a la lectura oral y colectiva, pero ya en consonancia con la individualización y privatización de la lectura. Así por ejemplo en el óleo *La lectura*, de Cosme San Martín, de 1874, aparece un lector, aparentemente un padre de familia, leyendo en voz alta para un público de oyentes concentrados y atentos. El mismo Neruda, en su Memorial de Isla Negra recordaba:

“Las Pacheco leían/ en la noche Fantomas/ en voz alta/ escuchando/ alrededor del fuego, en la cocina,/ y yo dormía oyendo/ las hazañas,/ las letras del puñal, las agonías,/ mientras por vez primera/ el trueno del Pacífico/ iba desarrollando sus barriles,/ sobre mi sueño.

“Entonces/ mar y voz se perdían/ sobre las amapolas/ y mi pequeño corazón entraba/ en la total embarcación del sueño.”⁴⁹

Esto ocurre en el verano de 1920, en Bajo Imperial, hoy Puerto Saavedra.

La autoconciencia del país había ido ampliándose y haciéndose más compleja, en tanto ciertos sectores culturales, entre otros el movimiento estudiantil, la bohemia, los obreros y artesanos y las mujeres, “dejan de ser sectores para convertirse en actores culturales, con lo cual se va generando, en comparación con el siglo XIX, “una creciente y diversificada participación intelectual, política y artística en la vida nacional”⁵⁰.

⁴⁸ Catalán, Gonzalo, op.cit. p. 105

⁴⁹ Neruda, Pablo, Memorial de Isla Negra, Donde nace la lluvia, “Las Pacheco”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. Tomo II. Barcelona. E. Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores. p. 1.159

⁵⁰ Subercaseuax, Bernardo, Historia de las ideas y de la cultura en Chile, Tomo III, El Centenario y las vanguardias. Santiago. Editorial Universitaria, 2004. p.63

4.2.- El niño lector

En esta época es cuando aparecen nuevas figuras de lectores, como la mujer, el obrero y el niño lectores. Emergen, además, a partir de comienzos del siglo XX, nuevos tipos socioculturales: “estudiantes, anarquistas, bohemios; el rebelde intelectual literario, cuyo paradigma fue Vicente Huidobro, o la mujer contestataria como Amanda Labarca, Inés Echeverría- Iris – o Teresa Wilms ...”⁵¹

El mercado editorial crea productos para estos nuevos sectores. Como se verá más adelante, aparecerán revistas destinadas a la mujer y otras al niño, y también colecciones destinadas a los distintos públicos lectores.

Neruda es un buen ejemplo de la figura del niño lector. Su tío, Orlando . Masson recordaba que el poeta “antes de saber leer, ya tomaba el libro del revés y repetía lo que había oído.”⁵²

Según Rodríguez Monegal el más poderoso estímulo para los afanes de lector de Neruda fueron sus primeros libros: “Búfalo Bill (del que después renegaría por motivos políticos), Emilio Salgari y las inagotables aventuras en un oriente de pacotilla; Jules Verne, que dejara sus fábulas tatuadas en la entraña del poeta y recibiría visible homenaje en algunas ilustraciones de Estravagario...”⁵³

En sus Memorias Neruda habla de sus lecturas iniciales, del tiempo en que era alumno del liceo de Temuco: "Fui creciendo. Me comenzaron a interesar los libros. En las hazañas de Buffalo Bill, en los viajes de Salgari, se fue extendiendo mi espíritu por las regiones del sueño."

En el colofón a la edición de dos poemas de Thiago de Mello, que Neruda traduce y publica en 1963, se encuentra un testimonio sobre la adquisición de uno de sus libros de esta primera época: “Mi (abuelo) materno, don Ventura de Basoalto (...) me compró el libro de Las mil y una noches, aquel primero, de Galland, en que cada cuento salía de una redoma, nos entraba por el alma y luego se iba por la ventana, a buscar a otros niños. Se iba? Hasta ahora mi abuelo don Ventura se me quedó en una de esas fábulas, hecho un viejo Simbad que aún no vuelve de sus ausencias”⁵⁴

Dentro de las prácticas de lectura del siglo XX aparecen los espacios que se eligen para ésta. Uno de ellos es el ámbito más privado de la casa, el dormitorio, e incluso el sitio más íntimo, la cama. Manguel comenta que la cama proporciona una peculiar sensación de intimidad: “Leer en la cama es un acto egocéntrico, inmóvil, libre de la ordinarias convenciones sociales, invisible para el mundo y que, por producirse entre las sábanas, en el reino de la lascivia y de la pereza pecaminosa, participa de la

⁵¹ Ibid. p. 12

⁵² Rodríguez Monegal, Emir, Pablo Neruda, el viajero inmóvil. Caracas. Ed. Monteávila, 1977. p. 34 - 35

⁵³ Ibid.

⁵⁴ Neruda, Pablo, “Colofón (Sobre los abuelos del autor y del traductor). Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, Tomo V. Nerudiana dispersa II. p. 1272.

emoción de las cosas prohibidas.”⁵⁵ Soffia, por su parte, apunta que la calma y la intimidad, inducen a que el lector “en cama” “se mimetice con el tempo del texto” y se entregue “al ensimismamiento o a la pérdida de toda noción temporal”.⁵⁶

El joven Neruda no habla de lecturas en cama, pero la lectura aparece en sus recuerdos como una especie de refugio de la intimidad, que abre un pasaje hacia “las regiones del sueño”, es decir a un territorio aún más íntimo. El niño lee a solas, busca los espacios y tiempos más privados - el dormitorio y la noche - para leer y escribir. La lluvia torrencial parece contribuir a su aislamiento: “Mi padre no ha llegado. Llegará a las tres o a las cuatro de la mañana. Me voy arriba, a mi pieza. Leo a Salgari. Se descarga la lluvia como una catarata. En un minuto la noche y la lluvia cubren el mundo. Allí estoy solo y en mi cuaderno de aritmética escribo versos.”⁵⁷

Más adelante el poeta anota: “Qué soledad la de un pequeño niño poeta, vestido de negro, en la frontera espaciosa y terrible. La vida y los libros poco a poco me van dejando entrever misterios abrumadores.”

“No puedo olvidarme de lo que leí anoche: la fruta del pan salvó a Sandokán y a sus compañeros en una lejana Malasia.”

“No me gusta Buffalo Bill porque mata a los indios. ¡Pero qué buen corredor de caballo! ¡Qué hermosas las praderas y las tiendas cónicas de los pieles rojas!”⁵⁸

La lectura silenciosa, solitaria, concentrada, aislaba por una parte de la sociedad y del entorno, aunque a la vez estaba fuertemente motivada por una necesidad de comunicación con el mundo, de contacto con la vida, pero a través de la mediación de la página impresa. También esta lectura en la que se hacía necesario interiorizar toda emoción, podía agudizar el escape hacia los dominios de la fantasía.

Es difícil determinar una línea limítrofe entre las lecturas infantiles de Neruda y las de su adolescencia. Rodríguez Monegal advierte que junto con las obras de Salgari y Verne, el niño lee también “libros para grandes”, “entreadivinando”: “libros cuasi pornográficos de Vargas Vila, tan popular entonces..., de Jorge Isaac (cuya María es todo un manual del amor adolescente), de Gorki y de Felipe Trigo, de Diderot y de Bernardin Saint Pierre; las aventuras de Fantomas y de Rocambole, las obras de Víctor Hugo... Lee de todo y desordenadamente a lo largo de los largos días de la infancia y la adolescencia.”⁵⁹

Volodia Teitelboim coincide en esta práctica de lectura sin otro orden ni sistema que el que dictaba su propia avidez. Aun cuando a diferencia de Rodríguez Monegal,

⁵⁵ Manguel, Alberto, op.cit. p. 206 – 207.

⁵⁶ Soffia Serrano, Álvaro, Lea el mudo cada semana. Prácticas de lectura en Chile, 1930 – 1945. Valparaíso. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Chile, Gobierno de Chile, Consejo Nacional del libro y la Lectura., 2003. p.274.

⁵⁷ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido, p. 31.

⁵⁸ Ibid. p. 32.

⁵⁹ Rodríguez Monegal, Emir, op. cit., p. 34 - 35

señala que Neruda, en lugar de leer simultáneamente libros infantiles y para adultos, “salta desordenadamente de los libros de aventuras a Vargas Vila”. “Para extremar el caos – agrega Teitelboim -, sus ojos van de Strindberg a Felipe Trigo, del atormentado escandinavo al entonces llamado sicalíptico español; del muy enciclopedista Diderot al muy trashumante caminador de Rusia y de las estepas y de los subhombres y de los revolucionarios, Máximo Gorki. Se estremece con las desventuras de Jean Valjean, con las tristezas de Cosette y los amores de Marius en Los miserables. Romántico de trece años, suspira con las páginas de Bernardino de Sain Pierre”.⁶⁰

La lectura se convierte en una avidez casi del tamaño de la proliferación de los libros que invade el mundo: "Mientras tanto avanzaba en el mundo del conocimiento, en el desordenado río de los libros como una navegante solitario. Mi avidez de lectura no descansaba de día ni de noche" - anota en sus Memorias, y en un texto de 1954 escribe: “El saco de la sabiduría humana se había roto y se desgranaba en la noche de Temuco. No dormía ni comía leyendo (...) Para mí los libros fueron como la misma selva en que me perdía, en que continuaba perdiéndome”.

En 1962 recordaba sus lecturas de infancia y adolescencia. Al hablar de “libros desacreditados ahora”, y al describir los contenidos de éstos, parece sugerir que sus lecturas no tenían ningún plan ni otro propósito que el placer:

“En cuanto a mí, recibí el impacto de libros desacreditados ahora, como los de Felipe Trigo, carnales y enlutados con esa lujuria sombría que siempre pareció habitar el pasado de España, poblándolo de hechicerías y blasfemias. Los floretes de Paul Feval, aquellos espadachines que hacían brillar sus armas bajo la luna feudal, o el ínclito mundo de Emilio Salgari, la melancolía fugitiva de Albert Samain, el delirante amor de Pablo y de Virginia, los cascabeles tripentálicos que alzó Pedro Antonio González dando a nuestra poesía un acompañamiento oriental que transformó, por un minuto a nuestra pobre patria cordillerana en un gran salón alfombrado y dorado..”⁶¹

Años después, en una larga entrevista que le hizo Rita Guibert en enero de 1970 recordaba: “A los catorce o quince años yo fui un lector hambriento y sediento”.

En la historia de la lectura se ha tipificado la lectura “sentimental”, que se presta para la modalidad de lectura en la naturaleza, que subraya el aislamiento del lector y su ostentoso distanciamiento de la sociedad: “Esa huída patente de la sociedad, de las exigencias de la corte, de la ciudad y de los deberes cotidianos, esa búsqueda de refugio en la soledad sentimental con un vademécum literario, agudizaba la experiencia de la lectura entremezclando lo idílico del entorno con los destinos imaginados.”⁶²

⁶⁰ Teitelboim, Volodia, Neruda. Tercera Edición. Santiago. Ed. Sudamericana. p.37.

⁶¹ Neruda, Pablo, "Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra". Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.IV, Nerudiana dispersa I, p. 1096.

⁶² Wittman, Reinhard, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”. En: Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger, Historia de la lectura en el mundo occidental, Introducción. , Madrid. Ed. Taurus, 1998.p.439.

Neruda practicó esta modalidad de lectura “a campo abierto”. Las siguientes citas, corresponden a un período posterior al que estamos tratando, son recuerdos del Neruda ya casi veinteañero, pero ilustran bien esta práctica de lectura así como la continuidad entre las lecturas y la creación del poeta: “En un esbelto y largo bote abandonado, de no se qué barco náufrago, leí entero Juan Cristóbal y escribí la “Canción desesperada”. Encima de mi cabeza el cielo tenía un azul tan violento como jamás he visto otro. Yo escribía en el bote, escondido en la tierra. Creo que no he vuelto a ser tan alto y tan profundo como en aquellos días. Arriba el cielo azul impenetrable. En mis manos Juan Cristóbal o los versos naciendo de mi poema. Cerca de mí todo lo que existió y siguió existiendo para siempre en mi poesía: el ruido lejano del mar, el grito de los pájaros salvajes, y el amor ardiendo sin consumirse como una zarza inmortal”.⁶³

Hay otro ejemplo de esta práctica de lectura en medio de la naturaleza: “Recuerdo, como si aún lo tuviera en mis manos, el libro de Daniel de la Vega, de cubierta blanca y títulos en ocre, que alguien trajo a la quinta de mi tía Telésfora en un verano hace muchos años, en los campos de Quepe.

“Llevé aquel libro bajo la olorosa enramada. Allí devoré Las montañas ardientes, así se llamaba el libro. Un estero ancho golpeaba las grandes piedras redondas en las que me senté para leer. Subían enmarañados los laureles poderosos y los coigües ensortijados. Todo era aroma verde y agua secreta. En aquel sitio, en plena profundidad de la naturaleza, aquella poesía cristalina corría centelleando con las aguas”.⁶⁴

La lectura que en la primera cita se alterna con la creación poética, parece potenciada por una especie de éxtasis panteísta de comunión con el mundo natural. La lectura sentimental, por otra parte, es una forma de exaltación que cambia la concepción del tiempo de la vida cotidiana, al abrir pasajes hacia otros mundos profundos y secretos.

4.3.- Maestros y cómplices

Este joven lector que se aísla en su dormitorio o en medio de la naturaleza para leer, tiene también interlocutores, con los que el poeta forma sus primeras comunidades de lectura. En esta etapa son figuras de poetas mayores o de profesores que ejercen una especie de mediación orientadora o complicidad con los afanes lectores del niño: “En la costa, en el pequeño Puerto Saavedra, encontré una biblioteca municipal y un viejo poeta, don Augusto Winter, que se admiraba de mi voracidad literaria. ‘¿Ya los leyó?’ ‘, me decía, pasándome un nuevo Vargas Vila, un Ibsen, un Rocambole. Como un avestruz, yo tragaba sin discriminar.”⁶⁵

⁶³ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido. p. 75.

⁶⁴ Neruda, Pablo, “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T.IV, Nerudiana dispersa I. P. 1096.

⁶⁵ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido, p. 33.

Junto con este viejo poeta, Neruda encuentra otro espacio para sus lecturas. La biblioteca aquella "era chiquita, pero atiborrada de Jules Verne y de Salgari. Tenía una estufa de aserrín al centro, y yo me establecía allí como si me hubiesen condenado a leerme en tres meses de verano todos los libros que se escribieron en los largos inviernos del mundo".⁶⁶

En ese tiempo llega a Temuco Gabriela Mistral: "La vi muy pocas veces - recuerda Neruda -. Lo bastante para que cada vez saliera con algunos libros que me regalaba. Eran siempre novelas rusas que ella consideraba como lo más extraordinario de la literatura mundial. Puedo decir que Gabriela me embarcó en esa seria y terrible visión de los novelistas rusos y que Tolstoi, Dostoievski, Chejov entraron en mi más profunda predilección".⁶⁷

Al ingresar en la gran novela rusa, el joven Neruda debió participar del cambio de sensibilidad que empieza a producirse en los lectores chilenos finiseculares, y que registró Domingo Melfi: "Al terminar los capítulos de Zola, de Gorki o Dostoyewski, los lectores que levantaban la cabeza del libro descubrían la mentira del mundo que les rodeaba. En todos los rincones encontraban la confirmación de aquellos humillados y ofendidos que pululaban como desechos por el mundo novelesco de Europa y que antes ni siquiera se sospechaba que existían entre nosotros ... Indudablemente aquellos libros hacían contraste con las novelas que habían formado el gusto refinado de la época, con las narraciones estetizantes de los decadentes, en las cuales hombres y mujeres bien instalados en la vida, lloraban las penurias artificiales de amor o languidecían de tisis entre almohadones de plumas y muebles mullidos y acogedores. Esta literatura como de confitería, había hecho estragos en las sociedades americanas y un secreto cansancio, un hastío invisible se insinuaba concreto en la generación joven. Se echaba de menos algo más poderoso, algo más fuerte y real..."⁶⁸

Con Gabriela Mistral aparece, por primera vez una guía, una orientación. Augusto Winter fue sólo un cómplice que le pasa más y más libros que el joven lector "traga sin discriminar". Otra orientación se la entregará Emilio Torrealba, su profesor de francés del Liceo de Temuco.

Recuerda Tomás Lago: " Lo más corto para una antesala biográfica de esta índole se reduce al atisbo poético iniciado en Temuco donde fue alumno del profesor juvenil Ernesto Torrealba, recibiendo de su parte una fuerte influencia sobre el modernismo de la poesía francesa: Rimbaud, el simbolismo de Moreas después de Baudelaire. Pero la experiencia directa estaba en Torrealba, el mismo chute Torrealba, como la llamaban los liceanos".⁶⁹

⁶⁶ Neruda, Pablo, "65", de Reflexiones desde Isla Negra. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. V, Nerudiana dispersa II, p. 232 – 233.

⁶⁷ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido. p. 33.

⁶⁸ Melfi, Domingo, Estudios de literatura chilena, citado por Catalán, Gonzalo En: Catalán, Gonzalo op. cit.p. 107

⁶⁹ Lago, Tomás, Ojos y oídos cerca de Neruda. Edición a cargo de Hernán Soto. Santiago. LOM Ediciones, 1999.p.24

David Schidlowsky coincide en que el profesor Eduardo Torrealba fue quien estimuló a Neftalí Reyes a la lectura, iniciándolo en los grandes autores franceses: Rimbaud, Baudelaire, Verlaine. Agrega que otro de los maestros por los que sintió admiración fue Tomás Guevara, autor de libros sobre la Araucanía y el Chile prehispánico.⁷⁰

Hernán Loyola reafirma la tutoría lectora que sobre Neruda ejerce Torrealba: “En el liceo, el profesor Ernesto Torrealba pone a su alcance un volumen que será fundamental para su formación de poeta: La poesía francesa moderna. Antología ordenada y anotada de Enrique Díez Canedo y Fernando Fortín (Madrid, Renacimiento, 1913) Casi 400 páginas que incluyen y distinguen: (a) poemas de los precursores Bertrand, Nerval, Baudelaire, Gautier y Banville; (b) poemas de los parnasianos Leconte de Lisle, Heredia, Sully Prudhomme, Copée, Catulle Mendès, Maurice Rollinat, Jean Richepin; (c) poemas de los maestros del simbolismo Trsitán Corbiere, Jules Laforgue, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé; (d) poemas de los primeros simbolistas Samain, Berrearen, Maeterlinck, Henri de Régenier, Pierre Louis, Paul Fort, y de los sucesivos Guérin, Francis Jammes, Paul Claudel, Henri Bataille; y (e) poemas de los poetas nuevos André Spire, Georges Duhamel y Jules Romains entre otros.”⁷¹

Para Loyola otra “fuente cierta” tanto de modelos poéticos como de información literaria fue la antología Selva lírica. Estudios sobre los poetas chilenos, de Julio Molina Núñez y Juan Agustín Jara, publicada en 1917. Loyola indica que en sus cuadernos, el joven Neftalí copia poemas de varios de los autores antologados como Jorge Hübner Bezanilla, Max Jara, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Daniel de la Vega, Ángel Cruchaga Santa María, Roberto Meza Fuentes, entre otros. Asimismo: “Allí entra en contacto con las escrituras de Zoilo Escobar, Pablo de Rokha y Vicente Huidobro, y con temas y títulos como “Mis manos” (Ernesto A. Guzmán), “Elegías sencillas” (J. González Bastías), “La perfecta alegría” (J. Vicuña Cifuentes), “El presentimiento sereno” (Lautaro García), y otros cuyos ecos y resonancias son rastreables en los títulos de los poemas incluidos en los cuadernos de Neftalí Reyes...”⁷²

Neruda cuenta en sus memorias, el episodio en que se perdió en los montes que rodean en parte el lago Budi. Iba a caballo a una trilla de yeguas, a la que lo habían invitado. La noche lo sorprendió perdido en el camino. Un huaso del lugar le aconsejó que pidiera albergue en una casa grande que estaba a dos leguas. El joven poeta llega entonces a la casa de las tres viudas, que le abren un salón elegante, de otro siglo “indefinible e inquietante como un sueño”. “Me pareció haber caído al fondo de un lago – anota Neruda – y en sus honduras sobrevivir soñando, muy cansado”. Parece haber aquí una referencia a la leyenda de la dama del lago.

⁷⁰ Schidlowsky, David, Las furias y las penas. Pablo Neruda y su tiempo, T I. Berlín. Ediciones wvb, 2003. p. 36.

⁷¹ Loyola, Hernán, Neruda, la biografía literaria. I La formación de un poeta (1904 – 1932). Santiago de Chile. Ed. Seix Barral, 2006, p. 96

⁷² Ibid.

El profesor Hernán Loyola advierte que el relato de este episodio parece estructurado como la narración “del novel caballero Calogrenante que, en viaje solitario y tras una jornada atravesando bosques, al anochecer viene acogido por el señor de un apartado castillo y por su hija”.⁷³ Alude Loyola a la novela Yvain, de Chrétien de Troyes e indica que lo que le interesa evidenciar, es “cómo un arcaico modelo narrativo francés parece haber gobernado, inconscientemente, la configuración evocadora de esta experiencia iniciática de Neftalí...”⁷⁴

En todo caso no podemos determinar si la posible lectura de novelas de caballería son de este período juvenil o de una alguna época posterior, que en todo caso debería ser anterior o contemporánea a aquella en la que el poeta escribió esta parte de sus memorias.

Pero en el episodio de las tres viudas hay otro dato importante para la historia no sólo de las lecturas del poeta, sino del país. Recuerda Neruda que en la conversación con las damas nombró de pronto a Baudelaire, diciéndoles que había comenzado a traducir sus versos: “Fue como una chispa eléctrica. Las tres damas apagadas se encendieron. Sus transidos ojos y sus rígidos rostros se transmutaron, como si se les hubieran desprendido tres máscaras antiguas de sus antiguos rasgos.

“- Baudelaire! – exclamaron -. Es quizá la primera vez, desde que el mundo existe, que se pronuncia ese nombre en estas soledades. Aquí tenemos sus Fleurs du mal. Solamente nosotras podemos leer sus maravillosas páginas en 500 kilómetros a la redonda. Nadie sabe francés en estas montañas”⁷⁵

Lo de los 500 kilómetros desde luego es una exageración. La ciudad de Temuco estaba mucho más cerca y allí, como se ha visto, al menos el profesor Torrealba sabía leer en francés. Pero esta imagen de un libro perdido en una especie de oasis en medio de un inmenso territorio desierto de lectura no puede dejar de recordarnos la del coronel Baigorria que en 1850 leía, en su rancho aislado en medio de la pampa salvaje, un ejemplar del Facundo de Sarmiento que le habían llevado los indios ranqueles, después de un malón, o los recuerdos que hacía W.H. Hudson de su juventud, también en la pampa argentina: “No teníamos novelas. Cuando llegaba una a la casa era leída y prestada a nuestro más próximo vecino, a una o dos leguas... y él, a su turno, se la prestaba a otro, siete leguas más lejos, y así sucesivamente hasta que desaparecía en el espacio.”⁷⁶

En los primeros poemas de Neruda, recopilados en Los cuadernos de Neftalí Reyes, han quedado también testimonios de autores, libros y lecturas juveniles:

“Encima de mi mesa unos libros abiertos,/ y cuadernos azules y crisantemos muertos...”

⁷³ Ibid. p. 93.

⁷⁴ Ibid.

⁷⁵ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido. p. 37-38.

⁷⁶ Citado por Ricardo Piglia en: El último lector. Barcelona. Ed. Anagrama, 2005, p.33.

Otoño de 1918⁷⁷

“Mefisto casi bueno cantando a Margarita!”...

25 de octubre de 1919⁷⁸

“En la brava leyenda de aquellos mosqueteros/ nosotros tradujimos un poema gentil, / oro y sangre, la sangre de los sueños primeros/ un poco doloroso y otro poco infantil”.

20 de diciembre de 1919⁷⁹

“Y haber volcado en tu alba las rosas del deseo/ desde el enorme empuje donde corre mi senda,/ haberte amado como Gonzalo de Berceo/ pudo amar a la virgen santa de la leyenda...”

1920⁸⁰

“Pobre, pobre mi vida envenenada y mala!/ Cuando tuve trece años leía a Juan Lorrain/ y después he estrujado la emoción de mis alas/ untando mis dolores con versos de Verlaine.

“En mi senda bien triste fueron libros amigos/ los que me dieron agua, los que me dieron pan./ (Amé las rubias vírgenes que amó Felipe Trigo/ y amé el decadentismo feudal de Valle Inclán.)

“Y luego Schopenhauer se llevó mi alegría./ La carne se me antoja más triste cada día/ y más triste mi vida se llena de porqués.

“ Y pienso lentamente, casi sin amargura, / que en libros y mujeres se fueron mis dulzuras/ como en aquel doliente verso de Mallarmé!”

1920⁸¹

Hernán Loyola indica que durante el verano de 1920, el apetito de lector de Neruda se nutre en la biblioteca dirigida por Winter con Vargas Vila, Víctor Hugo, Jorge Isaacs, Felipe Trigo, D´Halmar, Blasco Ibáñez, Pereda, Galdós, Strindberg e Ibsen. Por otra parte, sus contactos con los anarquistas de la Fech lo llevan a Bakunin, Grave,

⁷⁷ Neruda, Pablo, “De mis horas”, soneto. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. IV. Nerudiana dispersa I. p.56.

⁷⁸ Neruda, Pablo, “Primavera en la noche”. Obras completa de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. Tomo IV, p.104.

⁷⁹ Neruda, Pablo, “Los tres mosqueteros”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola., Tomo IV, p.138.

⁸⁰ Neruda, Pablo, “La llaga mística”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola., Tomo IV, p.152.

⁸¹ Neruda, Pablo, “La chair est triste, hélas!”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola., Tomo IV, p.165.

Kropotkin, Schopenhauer y Nietzsche.⁸² Loyola cita también un testimonio de González Vera que en 1920 llega prófugo a Temuco donde toma contacto con el joven Neruda que “bajo su brazo oprimía La sociedad moribunda y la anarquía, de Jean Grave”⁸³ Estas serán lecturas sólo de juventud. En los años posteriores los libros de filosofía, de doctrina y teoría política, así como los de crítica literaria quedarán casi totalmente excluidos del universo de lecturas del poeta.

Además de la biblioteca de Puerto Saavedra, y de los que le prestaban personas como Gabriela Mistral y el profesor Ernesto Torrealba, el joven Neruda se abastecía de libros en la casa de su tío Orlando Masson y en la biblioteca del Liceo de Temuco.

Lo mismo que para la burguesía emergente del siglo XVIII, para aquella naciente clase media chilena, la lectura tendrá una función emancipatoria y de autoconocimiento, de descubrimiento y liberación de la subjetividad. Sin embargo persisten algunos prejuicios decimonónicos contra la literatura de entretenimiento, como vicio e incluso como desatadora de pasiones. La lectura debía ser racionalizada para que no se convirtiera en un vicio o en una pérdida de tiempo. Neruda sufrió las consecuencias de esta normatividad, internalizada por la autoridad paterna y desplazada, más allá de la lectura, hacia la creación poética. Bernardo Reyes describe la escena ocurrida en 1920, en Temuco, cuando don José del Carmen Reyes irrumpió en la pieza de su hijo Nefthalí y de un puntapié feroz quebró las repisas donde éste guardaba sus libros y escritos: "por la ventana empezaron a salir disparados todos aquellos cuadernos que tuvieran la sospecha de tener algo que ver con la poesía. Luego, ante la mirada atónita de todos, el montón de papeles y algunos libros fueron encendidos en una hoguera que dejó temblando al aprendiz de poeta".⁸⁴

4.4.- La comunidad lectora de los bohemios

En 1921 Neruda viaja a Santiago. Para los poetas provincianos el viaje a la capital tenía entonces algo de experiencia iniciática y rito de pasaje, de menor envergadura pero de la misma naturaleza que tendría posteriormente el viaje a París, para los artistas e intelectuales ya consagrados en la capital.

En el Santiago de los años 20, el joven Neruda participa en comunidades de lectura con otros estudiantes provincianos, bohemios y anarquistas o al menos animados por un espíritu anti burgués.

En la capital el poeta encuentra algunas condiciones sociales y culturales que describiremos a continuación, puesto que determinan, en gran medida su vida y sus lecturas.

⁸² Loyola, Hernán, Neruda, la biografía literaria. p. 97.

⁸³ Ibid. p. 76.

⁸⁴ Reyes, Bernardo, Pablo Neruda: Retrato de familia 1904 - 1920. Santiago. Ril Editores, 2006, p. 106.

Gonzalo Catalán postula que el proceso de desmoronamiento y recomposición de las hegemonías políticas y culturales que se produce a fines del siglo XIX, tiene un efecto notable en el campo literario. Éste trasmuta su estructura emergiendo "como un territorio autónomo y moderno dentro del espacio cultural chileno".⁸⁵

Esta autonomía se da en dos dimensiones. Por un lado la literatura rompe su dependencia directa con el dominio de lo político y por otra adquiere un carácter más especializado frente a otras manifestaciones simbólicas.

En el siglo XIX la doble síntesis entre el ejercicio de la política y la producción literaria, por una parte, y entre los diversos géneros literarios que un mismo intelectual cultivaba, por otra, era producto de una alta concentración del capital cultural. Es esa concentración la que empieza a fracturarse con el surgimiento de un sector de intelectuales mesocráticos que asumen la producción cultural profesionalizándola y desvinculándola de la función política. Se produce, asimismo, una especialización de la tarea intelectual. El hombre de letras es educador, periodista, crítico literario o de arte, narrador o poeta.

El mismo Neruda se convertirá en un paradigma de esta profesionalización, ya que si bien fue diplomático y senador⁸⁶, durante buena parte de su vida vivió por, para y de la poesía. Como se sabe, Neruda ingresó a la carrera de Pedagogía en francés, aunque más para leer y traducir a los poetas de esa lengua que para el ejercicio de la docencia. Pero gracias a este proceso de autonomización del campo literario, que describe Catalán, el poeta pudo al menos sobrevivir, cuando era un estudiante pobre, que vivía en paupérrimas pensiones en Santiago, y su padre le había cortado hasta la magra mesada que le enviaba desde Temuco. El joven Neruda subsistió haciendo traducciones, publicando artículos y poemas en los periódicos y hasta escribiendo una novela por encargo de su editor, Nascimento, El habitante y su esperanza, a la que nos referiremos luego.

Más tarde, para ganarse la vida, optó por la diplomacia.

La autonomización del campo literario a la que alude Catalán, va aparejada con un proceso paralelo de delegación, por el cual los grupos hegemónicos, junto con traspasar la producción cultural a los nuevos sectores mesocráticos, montan los mecanismos que les permiten mantener el control sobre dicha producción.

Uno de los fenómenos que mejor ilustra las transformaciones que ocurren en este campo desde fines del siglo XIX es el desplazamiento del sentido del término "literario", que irá cobrando un significado cada vez más cercano a la producción de la

⁸⁵ Catalán, Gonzalo, op.cit.p.91

⁸⁶ Curiosamente, en Neruda parecería recomponerse la imbricación decimonónica entre literatura y política. Pero no es así. Al ser proclamado como candidato a la Presidencia de la República por el Partido Comunista, en octubre de 1969, dijo: "Nunca he concebido mi vida como dividida entre la poesía y la política". En Neruda, los deberes del poeta se confunden con una ética ciudadana, su acción va mucho más allá de la política partidista, y esto lo lleva a comprometerse con grandes causas, como la de la paz en el mundo.

imaginación que a aquella de tipo ideológico conceptual..⁸⁷ Con esto, el novelista y el poeta se acercarán al artista distanciándose del ideólogo.

El hecho es que en la última década del siglo XIX comienza a producirse la emergencia de una cantidad creciente de escritores pertenecientes a grupos sociales distintos y casi siempre distantes de las clases dirigentes de las que procedía la mayor parte de los intelectuales decimonónicos. Muchos de éstos jóvenes venían de la clase media de provincia y en Santiago encuentran una nueva situación que favorece sus aspiraciones a convertirse en profesionales de la literatura. Estos jóvenes encuentran, además, en la capital, condiciones de libertad que no tenían en la provincia, donde estaban sometidos a un control familiar y social mucho más estricto.

La autonomía del campo literario se expresa también en la proliferación de periódicos con algún carácter literario, o el redescubrimiento por los diarios y revistas de la literatura como un componente al que no pueden dejar de referirse. Así por ejemplo, la revista Zigzag, que se funda en 1905, comenzó a pagar las colaboraciones literarias, con lo cual aumentó las exigencias de calidad y enfatizó el carácter profesional que iba asumiendo el trabajo literario.

Este ensanchamiento del espacio literario en la prensa escrita tuvo al menos dos efectos importantes. El primero fue la promoción de algunos escritores y la formación de un público lector bien dispuesto hacia la producción literaria nacional. El segundo fue el constituir el núcleo en torno al cual se agrupan y cohesionan: "En las salas de redacción, reporteros y colaboradores (...) se reúnen, discuten de cualquier cosa, pero en especial de literatura (...) a diferencia de los diaristas del siglo pasado que fundaban un periódico para lidiar en la arena política, ahora los escritores-periodistas se allegan a diarios y revistas para lidiar en la arena literaria."⁸⁸

Las incursiones de Neruda en el periodismo fueron bastante precoces. El poeta adolescente publicó sus primeros poemas y crónicas en el diario La Mañana, de Temuco, fundado por su "tío" Orlando Mason. Luego colabora en otros periódicos como Selva Austral, también de Temuco; Claridad, de la Fech, y más tarde, en Corre – Vuela y en Zigzag.

Desde el siglo XIX el periodismo y la diplomacia eran las ocupaciones más compatibles con el trabajo literario. Paulatinamente fueron abriéndose otras: la burocracia universitaria o educacional y la docencia.⁸⁹

La libertad que ganaban en la capital los estudiantes que venían de provincias, se manifiesta con bastante frecuencia en su adhesión al anarquismo y en la vida bohemia. Subercaseaux indica que muchos universitarios, "particularmente los estudiantes de provincia que vivían en pensiones en la zona Noroeste de Santiago", empezaron a unirse a las reuniones de intelectuales, zapateros, cigarreros y panaderos que "conversaban de Bakunin, Oscar Wilde, Nietzsche, Faure, Mallarmé y Rimbaud".

⁸⁷ Catalán, Gonzalo, op.cit p. 93

⁸⁸ Ibid. p. 124

⁸⁹ Ibid. P. 136

Agrega que especialmente entre 1915 y 1920 “se desarrolló una activa vida bohemia en estos círculos estudiantiles, en que convivían cofradías, farándulas, juergas, o sesiones político – literarias y artísticas.” Esta bohemia era principalmente nocturna, lo mismo que la educación popular: “La noche fue un espacio libertario de la naciente politicidad obrera, estudiantil y popular”.⁹⁰

Como se ha dicho, Neruda viaja a Santiago, a estudiar Pedagogía en francés, en el Instituto Pedagógico, según Schidlowsky, no sólo para obtener el título de profesor: “el estudio del francés le daba oportunidad de leer en su original a Verlaine, Samain, Baudelaire, Rollinat, Rimbaud, los belgas Maeterlinck y Berrearen, los franco uruguayos Laforge y Lautréamont y muchos otros cuya influencia será evidente en su futura poesía.”⁹¹

Desde luego, no sólo le interesaban los autores franceses. Tomás Lago - compañero de la bohemia nerudiana de esos años - indica que el poeta “llegó a tener una hilera de libros de Pío Baroja en su dormitorio estudiantil, entre muchos Pushkin, Marcel Schwob, Paul Eluard, una novela de Leonidas Andreiev, una de Kuprin, de Selma Lagerlöf”. Y agrega: “nunca he olvidado, sobre la muralla, la reproducción del cuerpo de Chatterton, poeta adolescente de Inglaterra, cuando se suicidó, tendido en el lecho de su bohardilla. Para mí eso era el acento de una atmósfera interior de la poesía que nace.”⁹²

Lago describe al Neruda de esos años como “un lector impenitente medio abstraído del lenguaje directo, pero ensimismado y todo, sabía lo que pasaba en los focos estudiantiles donde había grupos literarios.”⁹³

Diego Muñoz recuerda cómo funcionaban esas comunidades juveniles de lectura de los años 20: “Había días en que, como si todos nos hubiésemos puesto de acuerdo, las reuniones eran notoriamente literarias. Pablo traía un ejemplar de Rimbaud, en francés, y lo leía primero en ese idioma y luego hacía una traducción improvisada allí mismo. Luego interveníamos todos en el comentario. La entonación especial que daba Pablo a la lectura nos revelaba la profunda devoción que sentía por aquel poeta (...) Alberto Rojas Jiménez se encargaba de fantasear con sus viajes de aventurero, con su fuga de las garras del viejo Verlaine y el opio y el haschís que fumaba a menudo.

“Y de repente, el mismo Rojas Jiménez saltaba en una verdadera acrobacia literaria a otros franceses. Barbusse y sus libros que denunciaban la espantosa brutalidad de la guerra. O bien se refería a Romain Rolland y su Juan Cristóbal.

⁹⁰ Subercaseaux, Bernardo, Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo III. El centenario y las vanguardias. Santiago. Editorial Universitaria, 2004.p. 60-61.

⁹¹ Schidlowsky, David, Las furias y las penas. Pablo Neruda y su tiempo. T I. p. 67.

⁹² Lago, Tomás, Ojos y oídos cerca de Neruda. Santiago, LOM Ediciones, 1999.p. 24.

⁹³ Ibid.

“Más de una vez me permití señalar a todos nuestros amigos la atracción apasionante que tenía el libro de John Reed, Los diez días que estremecieron al mundo. Insistí muchas veces en que era una verdadera novela (...)

“Por lo que toca a la primera guerra mundial, de la cual éramos contemporáneos y quién sabe si hasta una consecuencia, podíamos leer las obras de ambos lados. Remarque, por ejemplo, que seguía el mismo camino de Barbusse: la crítica y la denuncia antibélica....”⁹⁴

Hernán Loyola se refiere a esta nueva experiencia de vida y amistad del joven Neruda, "en torno a la Federación de Estudiantes de Chile con sus dos espléndidas revistas, Claridad y Juventud": "Basta hojear los años 1921 - 1922 de estas publicaciones para advertir cuán sensibles fueron los universitarios chilenos al nuevo clima internacional que la primera guerra mundial y la Revolución rusa de 1917, conjuntamente, determinaron en el ámbito político y cultural".⁹⁵

Tomás Lago destaca que en aquella época llegaba a Chile la literatura universal traducida en España: "Rudyard Kipling, Conrad, pero sobre todo Walt Whitman."

"La generación de Neruda leía mucho a Marx, a Engels, a Schopenhauer, pero especialmente a Nietzsche, que era más seductor por su lenguaje lírico y estaba cerca de la filosofía del individualismo, limítrofe con el anarquismo, que tanto atraía a la juventud chilena. Ahora bien, dentro de esa literatura, había un libro especialmente extremista y desatado de Max Stirner, llamado El único y su propiedad, que casi todos leímos - me imagino que Neruda también - atraídos por el uso de un explosivo peligroso por sus ideas (...) el anarquismo estaba en boga, y si bien políticamente no contaba demasiado, intelectualmente constituía una actitud espiritual sobresaliente, y Neruda no podía quedar fuera de esto."⁹⁶

Rodríguez Monegal apunta que los jóvenes de esos años leían mucha literatura rusa, principalmente Sacha Yegulev, de Andreiev, y El desafío, de Kuprin, y también escandinavos: Pan de Knut Hamsun y Leyenda de Gosta Berling de Selma Lagerloff. “Según Lago es el frío lo que establece la vinculación subterránea entre el poeta de Temuco y los narradores del norte europeo”.⁹⁷

Neruda encuentra entonces interlocutores entre sus pares. Comparte sus lecturas con los compañeros de bohemia. “Las amistades se multiplicaron, reclutados entre compañeros de Universidad, escritores y artistas”, escribe Volodia Teitelboim:

“Pronto los sitios de reunión fueron determinadas tabernas, como el Hércules, el Jote, el Venecia, y sitios de un nivel material más alto, como los clubes alemanes de

⁹⁴ Muñoz, Diego, Memorias. Recuerdos de la bohemia nerudiana. Santiago. Mosquito Editores & El Juglar Press, 1999, p. 84.

⁹⁵ Loyola, Hernán, “Prólogo”, en Obras Completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T IV, Nerudiana dispersa I, p. 11.

⁹⁶ Lago, Tomás, “Neruda en los 25 años de su poesía”. En: *Pro Arte*, 9 de diciembre de 1948.

⁹⁷ Rodríguez Monegal, Emir, op. cit., p. 51.

las calles Esmeralda y San Pablo, amén de la Posada del Corregidor. Se convirtieron en asiduos del cabaret de la Nata Inés, y después, del Zeppelin. Se juntaban en esa época los poetas Alberto Rojas Jiménez, Ángel Cruchaga, Rosamel del Valle, Gerardo Seguel, Homero Arce, Rubén Azócar; los pintores Armando Lira, Julio Ortiz de Zárate, Isaías Cabezón, Israel Roa, Paschin, el caricaturista Víctor Bianchi (...) Alguien sacaba un libro y decía algo sobre el autor. En esas reuniones se dijeron por primera vez en Chile los nombres de Marcel Proust y James Joyce.”⁹⁸

Se constituye una comunidad de lectura con ciertas prácticas como ésta, de hablar de libros en las tabernas, en situaciones festivas, entre cantos y tragos, o en las miserables piezas de las pensiones y en las estrechas habitaciones de los conventillos: “En la pieza aparecían sus amigos. Tenía por todo un catre de fierro, una manta indígena, un velador con palmatoria, donde la vela se encendía para la poesía, se apagaba para la conversación.”⁹⁹

La pobreza era tanta, que a veces obligaba a sacrificar los libros. Homero Arce recordaba los tiempos en que Neruda enviaba a sus amigos de entonces, Tomás Lago y Orlando Oyarzún “a vender a librerías de la calle San Diego los libros que había leído, mientras él esperaba en la esquina”.¹⁰⁰

Otro interlocutor interesante de esos años fue el escritor Pedro Prado. En 1962 Neruda dijo: “Otra cosa diferente y mucho más profunda significó Pedro Prado para mí. Prado fue el primer chileno en que vi el trabajo del conocimiento sin el pudor provinciano a que yo estaba acostumbrado (...)”

“Yo llegaba de la lluvia sureña y de la monosilábica relación con las tierras frías. En este tácito aprendizaje a que se había conformado mi adolescencia, la conversación de Prado, la gozosa madurez de su infinita comprensión de la naturaleza, su perenne divagación filosófica, me hizo comprender las posibilidades de asociación o sociedad, la comunicación expresiva de la inteligencia”.¹⁰¹

Otra menuda comunidad de lectura es la que establece Neruda con sus novias. Con ellas comparte libros, y se construye así otra de sus figuras de lector: la del lector enamorado. A Laura Arrué le hace una lista de autores que le recomienda leer, en una nota manuscrita. El profesor Robert Pring Mill nos proporcionó gentilmente una copia de esta lista que incluye a Selma Lagerlöf, Knut Hamsun, Dostoievsky, Andreief, (sic) Turguenef (sic), Averchenko, Kuprin, Chejov (sic), Romain Rolland, Juan Girardoux, Pedro Prado, Eduardo Barrios, Pío Baroja, Azorín, Juan R. Jiménez (con acento en la í).

⁹⁸ Teitelboim, Volodia, op. cit., p. 64 – 65.

⁹⁹ Ibid. p. 56 – 57.

¹⁰⁰ Arce, Homero, Los libros y los viajes. Recuerdos de Pablo Neruda. Santiago. Nascimento, 1980, p. 46 – 47.

¹⁰¹ Neruda, Pablo, "Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra". Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.IV, Nerudiana dispersa I, p. 1083.

En sus cartas a Albertina Rosa, hay varias alusiones a lecturas: “Me he acordado de repente de ti, leyendo un libro de Giraudoux en que sale un hospital como en el que estuviste, una enfermera y su amigo”, le dice en una carta, fechada en Valparaíso, el 12 de marzo, sin año.¹⁰² En otra, fechada en Hijueta Miramar, el 2 de marzo, también sin año le dice “He leído las páginas de Malapert que en la plaza Manuel Rodríguez leí contigo, y como antes me he distraído por tu causa”.¹⁰³ En otra, fechada en septiembre 6 ó 7 en Temuco, nuevamente sin año, le pregunta “¿Te llevaron Juan Cristóbal? Si tienes tiempo para leer dime qué te parece y háblame de todo con tu boca querida”.¹⁰⁴ Finalmente el joven poeta le reprochaba a su amada su flojera para leer, diciéndole que nunca leyó el Sacha Yegulev, que le prestó, y que es “la historia de un bandido muy parecido a mí”.

Al parecer Neruda buscaba compartir con Albertina sus lecturas, involucrarla en ese mundo de referencias y alusiones literarias donde él mismo parece identificarse o al menos reconocerse en personajes de ficción. No siempre tuvo buenos resultados en este intento.

A Terusa, Teresa Vásquez, le copia en el álbum que ahora es conocido como Álbum de Terusa, de 1923, los poemas 1 y 4 del libro La Cosecha, de Tagore. Le escribe también un breve texto en el que dice que ha escrito en la arena los nombres de ellos dos: Paolo y Teresa, aludiendo, desde luego a Paolo y Francesca de La Divina Comedia.

Hernán Loyola advierte que “La canción desesperada” de Veinte poemas... “tiene un antecedente ilustre nada menos que en el Quijote (parte I, capítulos 13 y 14). Es el título de la canción escrita por Grisósotmo, el joven pastor – estudiante enamorado de Marcela, antes de poner fin a sus días por amor no correspondido.”¹⁰⁵

En las crónicas que el joven poeta escribe para el diario La Mañana, de Temuco, entre 1920 y 1921, y para la revista Claridad, de la Federación de Estudiantes, entre 1921 y 1926, pueden seguirse algunas de sus lecturas de esos años.

“Enterrados en la quietud de un pueblo muy pequeño, hemos leído a Azorín – escribe el 12 de abril de 1920 – y esto tiene un encanto doble: una página de Azorín es un día de vida de pueblo, vida sencilla, buena, casi buena”.¹⁰⁶

En septiembre de 1921, critica duramente a Joaquín Edwards Bello, por pedir elegancia y originalidad “a un individuo aplastado por una estúpida acción gubernativa”

¹⁰² Neruda, Pablo, Para Albertina Rosa. Introducción, notas y epílogo de Francisco Cruchaga Azócar, Santiago, 1992. p. 221.

¹⁰³ Ibid. p. 150.

¹⁰⁴ Ibid. p. 285.

¹⁰⁵ Loyola, Hernán, Neruda, la biografía literaria. P. 161.

¹⁰⁶ Neruda, Pablo, “Leyendo a Azorín en un pueblo chico”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola T IV, Nerudiana dispersa I. P. 247.

(se refiere a Carlos Vicuña Fuentes). De paso Neruda opina: El inútil prodújome hace tiempo una violenta reacción que me hizo despreciar el libro condenando al autor.”¹⁰⁷

En diciembre de 1922 publica una nota elogiosa sobre Los gemidos de Pablo de Rokha, que con el tiempo se convertiría en su más enconado enemigo literario: “... su libro entero es un solo canto, canto de vendaval en marcha que hace caminar con él a las flores y a los excrementos, a la belleza, al tiempo, al dolor, a todas las cosas del mundo, en una desigual caminata hacia un desconocido Nadir.”¹⁰⁸

Su primera alusión a Whitman, que fue la más importante de sus influencias literarias, la hace Neruda en una breve nota en Claridad, el 5 de mayo de 1923, en la que comenta una traducción hecha por Torres Rioseco: “bellas palabras del varón de Camdem, vertidas por primera vez en un castellano digno del que escribiera en inglés.”¹⁰⁹

Habla también de Sacha Yegulev, de Leonidas Andreiev, recordando que hacía mucho tiempo que leyó este libro. “Nos hizo llorar en cualquier hora lejana la leyenda del niño Yegulev que se hizo bandolero en las tierras de Rusia.”¹¹⁰

Gran entusiasmo le produjo el libro Poemas del hombre: libros del corazón, de la voluntad, del tiempo y del mar, de Carlos Sabat Ercasty. “En verdad es gran cosa este uruguayo – anota Neruda -. Nada de estos poetas blandicios de Chile. Él se ha lanzado y quemándose los dedos moldea figuras en metales ardiendo. Él es la trompeta de la victoria, el canto que divide las tinieblas, y el flechazo que horada el olvidado corazón de la Esfinge.”¹¹¹

Como se sabe, el joven Neruda mantuvo correspondencia con Sabat Ercasty. Cuando éste le confirmó que advertía su influencia en El hondero entusiasta, el poeta chileno postergó este proyecto para dedicarse por entero a sus Veinte poemas de amor y una canción desesperada.¹¹²

Entre otros libros Neruda comenta también Desolación, de Gabriela Mistral, La puerta, de Rubén Azócar, y Barco ebrio, de Salvador Reyes.

Asimismo dedica artículos a algunos autores como Marcel Schwob: “Leo tus historias, selladas por tu mano alucinada, y te sigo a través de tu pensamiento que

¹⁰⁷ Neruda, Pablo, “De la vida intelectual de Chile”.Obras completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T IV, Nerudiana dispersa I p. 259.

¹⁰⁸ Ibid. p. 267

¹⁰⁹ Ibid. p. 310.

¹¹⁰ Ibid. p. 310.

¹¹¹ Ibid. p. 311.

¹¹² A propósito de esta “renuncia” al proyecto del Hondero, el propio Neruda diría en 1964: “ Terminó allí mi ambición de una ancha poesía, cerré la puerta de una elocuencia desde ese momento para mí imposible de seguir, y reduje estilísticamente, de una manera deliberada mi expresión. El resultado fue mi libro Veinte poemas de amor y una canción desesperada.” En: “Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos. En Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. Tomo IV. Nerudiana dispersa I. p. 1203.

cruza las edades y recolecta tus hechos singulares.”¹¹³ También a Anatole France: “Fue solamente un gran escritor”¹¹⁴; a Vicente Huidobro: “su poesía fue extrañamente transparente, ingenuamente ingenua”¹¹⁵, y a Tomás Lago: “desigual, delicado, va bordando con ojos difíciles cuanta malla singular le designa el camino”¹¹⁶.

En un artículo titulado “Figuras de la noche silenciosa. La infancia de los poetas”, publicado en *Zig Zag*, el 20 de octubre de 1923, Neruda habla de Papini, de Baudelaire, de Octavio Mirbeau, del peruano Valdelomar, y de su contemporáneo y coterráneo Romeo Murga. Examina brevemente las soledades y tristezas infantiles de todos ellos: “A través de los campos; junto a las ventanas donde cantan y sollozan las lluvias australes; abandonados en la seca campiña florentina, olvidados en la Bretaña acre, en el Perú soñoliento, en Chile. En todas partes el niño entristecido que no habla...”¹¹⁷

Estas visiones transversales de un tema a través de distintos autores, dan cuenta, una vez más, de la amplia gama de lecturas de Neruda.

Es posible también seguir las huellas de las lecturas de Neruda a través de ciertas señas intertextuales que va dejando en sus poemas. Hernán Loyola señala que en los numerosos poemas que Neruda escribe entre 1921 y 1922, y que no recoge en su primer libro, *Crepusculario*, se advierten “nuevas y variables orientaciones determinadas por lecturas tan disímiles como Verlaine y Hamsun, Maeterlinck y Andreiev, Whitman y Schwob, Baroja y Frederic Mistral”.¹¹⁸ Advierte también Loyola ecos del Baroja de *Juventud y egolatría*, en la escritura y publicación de textos de “rebelión privada” de Neruda, como *Sexo*, en 1921.¹¹⁹

José Carlos Rovira hace notar que en 1920, “algunos materiales de *Crepusculario* son esbozados con el título de “Las ínsulas extrañas”, cuya referencia al verso de “Cántico espiritual” de San Juan de la Cruz es un dato a tener en cuenta para futuros encuentros”.¹²⁰

Las traducciones son otra forma de seguir las lecturas del poeta. En 1923 traduce *La ciudad durmiente* y *El incendio terrestre*, de Schwob; en 1926 un fragmento

¹¹³ Neruda, Pablo, “Las extrañas historias de Marcel Schwob”. *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola T. IV, *Nerudiana dispersa I*. p. 315.

¹¹⁴ Neruda, Pablo, “Anatole France”. *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola T. IV, *Nerudiana dispersa I* p. 320.

¹¹⁵ Neruda, Pablo, “Defensa de Vicente Huidobro”. *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola T. IV, *Nerudiana dispersa I* p. 322

¹¹⁶ Neruda, Pablo, “Tomás Lago”. *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola T. IV, *Nerudiana dispersa I* p. 323.

¹¹⁷ Neruda, Pablo, “Figuras en la noche silenciosa”. *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola T. IV, *Nerudiana dispersa I* p. 318 - 319.

¹¹⁸ Loyola Hernán, “Prólogo”. *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola T. IV, *Nerudiana dispersa I*. p. 11.

¹¹⁹ *Ibid.* p. 12.

¹²⁰ Rovira, José Carlos, Introducción. En: Neruda, Pablo, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Madrid. Ed. Espasa Calpe. Colección Austral, 1999.p. 16.

de Los cuadernos de Malte Laurids Brigge, de Rilke; entre los años 1926 y 27 junto con Álvaro Hinojosa, trabaja en la traducción de *The Nigger of the Narcissus*, de Conrad, y en 1933, dos textos breves de James Joyce, tomados de *Música de Cámara*, y que fueron escritos en 1907.¹²¹

El manejo del inglés y del francés amplía considerablemente el campo de lecturas del joven Neruda, y configura la transición entre el lector provinciano que fue inicialmente, al lector cosmopolita que terminará siendo. La posibilidad de leer en estos idiomas no sólo le da acceso a los autores que escriben en ellos, sino a traducciones al francés y al inglés de escritores principalmente rusos y alemanes, y también de otras lenguas

Como lo señala Gonzalo Catalán, las generaciones que se suceden entre 1910 y 1950 desarrollaron un grado importante de “ideologismo literario”. Cada una de ellas mantuvo una querrela permanente con las otras, por ocupar o defender posiciones hegemónicas. Un ejemplo de esta situación es el criollismo, que ejerció por varias décadas el control del campo literario chileno, y para defender esta posición movilizó no sólo a escritores sino también a críticos, editores, pedagogos, autores de textos de lectura, antologadores, jurados, etc. Nos preguntamos cuál fue la posición de Neruda frente a esta hegemonía.

Hernán Loyola hace notar las reticencias que Neruda formula frente a la novela, como género, precisamente en el prólogo de su propia y única novela, *El habitante y su esperanza* (1926). En ese texto comienza por declarar: “he escrito este relato a petición de mi editor. No me interesa relatar cosa alguna (...) Yo tengo siempre predilecciones por las grandes ideas, y aunque la literatura se me ofrece con grandes vacilaciones y dudas, prefiero no hacer nada a escribir bailables o diversiones”.

Loyola advierte lo “decididamente adversa a la narrativa” que suena esta declaración, y lo extraño que resulta que ella venga de quien siempre fue un gran lector de novelas. Agrega que poco después de la aparición de *El habitante y su esperanza*, el 10 de octubre de 1926, se publica en el diario *El Mercurio*, una entrevista a Neruda de Raúl Silva Castro. En ésta el poeta declara que acaba de terminar con mucho agrado *El gran torbellino del mundo*, el último libro de un novelista al que lee siempre: Pío Baroja.¹²² Loyola añade que todavía más significativo resulta “el importante grado de narratividad que atraviesa la obra misma de Pablo Neruda.” Explica luego esta contradicción señalando que la alusión del prólogo de *El habitante y su esperanza*, que parece referirse a la narrativa en general, podría dirigirse sólo contra “las novelas criollistas y mundonovistas y a otras modalidades nacionales del posrealismo y del posnaturalismo de impronta europea”. Cita Loyola en apoyo de su afirmación, un breve prólogo de Neruda a una *nouvelle* de Pérez Doménech (1927), donde es más preciso que en el de *El habitante y su esperanza*:

¹²¹ Neruda traducirá, además, a lo largo de su vida entre otros autores a: William Blake, Walt Whitman, Nazim Hikmet, Stephan Hermlin, Walter Lowmfels, Semión Kirsánov, Adam Mickiewicz, Thiago de Mello, György Somlyo, Charles Baudelaire, Evgueni Evtuchenko, William Shakespeare, y a varios poetas rumanos. Neruda, además de en español, leía en inglés, francés, portugués e italiano.

¹²² Loyola, Hernán, *Neruda, la biografía literaria*. p. 220

“La novela es la clásica emboscada del escritor. Éste se pega fraudulentamente al miserable ser de la realidad y su expresión se convierte en desnudos residuos, en congregaciones estériles de acciones y en premeditado fluir se arrastra a cansados tumbos. La mala ley del sensacionalismo, del naturalismo, del localismo inaugura casi siempre la pluma del joven autor y lo convierte en vástago de innumerables generaciones decaídas...”¹²³

Para Loyola “la concepción misma de El habitante y su esperanza es un desafío al mundonovismo aún vigente (...) para su relato Neruda elige también una orientación rural, extraurbana, pero con muy diverso tratamiento narrativo (...) En Habitante, la representación del sur de Chile tiende al inventario poético y no al descriptivismo con pretensiones de objetividad cognoscitiva o de simbolismo telúricos...”¹²⁴

Considerando acertadas las observaciones de Loyola, nos parece que es necesario contrastarlas con algunos otros hechos y dichos del poeta. En 1926, el mismo año de la publicación de El habitante y su esperanza, aparece una de las novelas paradigmáticas del mundonovismo, Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes, que Neruda lee en Rangoon dos años más tarde, y por la cual manifestará a su corresponsal Héctor Eandi su más entusiasta admiración, como se verá más adelante.

Por otra parte, en 1962, al incorporarse a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Neruda dijo: “Nunca tuve relación con Mariano Latorre y es a fuerza de razonamiento y de entendimiento que aprecié sus condiciones de gran escritor, ligado a la descripción y la construcción de nuestra patria.”

Y en otra parte de ese mismo discurso señaló: “La claridad de Mariano Latorre fue un gran intento de volvernos a la antigua esencia de nuestra tierra. Situado en otro punto de la perspectiva social y en otra orientación de la palabra y del alma, muy lejos yo mismo del método y de la expresión de Mariano Latorre, no puedo menos que reverenciar su obra que no tiene misterios, pero que seguirá siendo sombra cristalina de nuestro natalicio, mimbres patricios de la cuna nacional.”¹²⁵

Sin embargo, en una conferencia que dio en 1967, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, expresa una valoración positiva de la narrativa mundonovista, a la que llama “novela andina” aun cuando lamenta el provincianismo de ella: “Esta tendencia a hacer una literatura que tuviera algo que ver profundamente con nuestra vida, se reflejó después con sin igual grandeza en lo que llamaríamos la novela andina, la novela de los países del Pacífico, que desde la gran novela mexicana, con Mariano Azuela, la novela de Rómulo Gallegos, de Ciro Alegría, de

¹²³ Neruda, Pablo, Prefacio a J. Pérez- Doménech, La moscovita de los trasatlánticos, citado por Hernán Loyola en Neruda, la biografía literaria, p. 221.

¹²⁴ Loyola, Hernán, Neruda, la biografía literaria. p.221 - 222.

¹²⁵ Neruda, Pablo, “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T. IV, Nerudiana dispersa I, 1915 – 1964, p. 1084.

Jorge Icaza, en el Ecuador y de algunos chilenos, absorbió los problemas de las muchedumbres indígenas y penetró fuertemente en las capas escondidas de la población de nuestra América, revelando de nuevo un inmenso continente de sufrimiento, de supersticiones, de grandes dolores y de grandes necesidades humanas.

“Pero si examinamos una corriente de este tipo que yo admiro, dialécticamente, tenemos que comprender lo peligrosa que es una posición unilateral, de muchos de estos grandes escritores de la novela andina que quedaron atrás en el camino de la expresión más universal, que quedaron arrinconados, muchos de ellos, en un provincianismo de expresión que no nos dio mayores victorias que las conseguidas hasta ese momento, y vemos, por otra parte, como novelas más vivas, más imaginativas y menos obsesionadas con estos problemas han nacido en estos últimos años... novelas que han desplazado casi toda la atención que se prestaba a estos clásicos del indigenismo, novelas representadas por Carlos Fuentes, de México, por Cortázar, de Argentina, y por otros y otros y otros.”¹²⁶

En 1926 el criollismo ejercía el control no sólo del campo sino también de la institucionalidad literaria chilena. El joven Neruda, anarquista entonces, ha de haber reaccionado contra la cultura triunfante de su tiempo. De ahí sus declaraciones contra la narrativa criollista y mundonovista. Más tarde, en su discurso de 1962, cuando el criollismo ha perdido ya su hegemonía, Neruda – que ya no es el anarquista de sus años juveniles – constata reflexivamente su propia distancia respecto de Latorre, pero no puede dejar de valorar su obra y destacar su claridad, su condición de “cristalina” y “sin misterios” que el poeta valora como virtudes literarias cardinales. Finalmente, en 1967, critica nuevamente la novela mundonovista, pero lo hace a la luz del surgimiento de la nueva narrativa latinoamericana que en ese momento lo deslumbró.

El habitante y su esperanza es importante también para explicar el abismo que existe entre dos poemas de Residencia en la tierra, “Serenata” y “Galope muerto”. Loyola indica que “el puente que los une” es esta novela y las cuatro últimas prosas de Anillos, así como ciertas lecturas: “con certeza Los cuadernos de Malte Laurids Brigge (en versión francesa), de Rilke y la novela Mon frère Ives de Pierre Loti¹²⁷”, y con probabilidad algo de Shopenhauer y de Proust. Agrega Loyola: “Por ahora sólo podemos verificar que la prosa de Rilke ha ayudado a Neruda a modificar su relación con el lenguaje y con los objetos (...) modificación que pasa a Residencia... a través de El habitante y su esperanza, y que la lectura de Mon frère Ives le ha sugerido

¹²⁶ Neruda, Pablo, Conferencia de Pablo Neruda en la Facultad de Medicina. Invitado por el cirujano Dr. Manuel Casanueva del Canto. Hospital José Joaquín Aguirre, 1967. Editora, Amanda Fuller. Santiago. Facultad de Medicina, Universidad de Chile 2006. p. 18.

¹²⁷ Se confirma la importancia de la lectura de Loti en 1927, cuando viaja a Oriente, donde Neruda cree encontrar algunas de las escenas que aparecen en las obras de ese autor. En una de las crónicas que escribe para el diario La Nación, sobre Port Said, el poeta anota: “ De cuando en cuando cruzan por las calles las árabes embozadas, de ojos llamativos. Son una resurrección más bien triste de las lecturas de Pierre Loti...”

materiales para renovar la imagen del obsesivo conflicto entre la poesía como sueño y la poesía como acción.”¹²⁸

Para Loyola El habitante y su esperanza toma como guía a Mon frère Ives (1883): “En la novela de Loti, el capitán de la Sybille (que es el personaje – narrador) aconseja y ayuda al joven marinero Ives Kermadec en la resolución de sus conflictos. A petición de la madre del muchacho, el capitán actúa como hermano mayor y lo protege de sus propios demonios (irreprochable marinero sobre la nave, Yves se emborracha en tierra y suele terminar mal).

“Una relación entre hermanos electivos es también el eje temático de El habitante y su esperanza, pero con inversión de roles: el narrador es aquí el ‘hermano menor’(inseguro, inexperto, vulnerable y sentimental) mientras Florencio Rivas encarna al ‘hermano mayor’(sabio, determinado y dueño de sí) Esta diferencia de perspectiva sitúa al relato de Neruda en la modernidad del siglo XX, frente al Neruda ancorado en las convenciones decimonónicas”.¹²⁹

En la escritura de “Colección nocturna” Loyola advierte lecturas de las novelas del mar que entonces se leían en Chile, principalmente Loti y Conrad. Reaparece aquí, también, “el singular motivo el soñar de los otros”, que interesa a Neruda al menos desde que tradujo Le cité dormante y L’Incendie terrestre de Marcel Schwob para la revista Zig Zag en mayo de 1923, que reencuentra en Mon frère Ives y que “se proyecta al fragmento XV de El habitante y su esperanza” y más tarde en el poema “Número y nombre”.¹³⁰

Loyola detecta, asimismo, varias resonancias de la prosa de Rilke en El habitante y su esperanza. La principal de ellas sería “la eficaz acumulación de nombres de objetos y elementos heterogéneos, y de imprevistas conexiones entre ellos como vía para la configuración expresionista de un ambiente o situación”.¹³¹

Los efectos de las lecturas de Neruda fueron, en algunos casos de larga duración. El incendio terrestre, que como hemos visto traduce en 1923, es una de las fuentes literarias no declaradas, del libro La espada encendida, que el poeta escribe entre 1969 y 1970. Las fuentes declaradas de este libro son el Génesis bíblico, y el capítulo “ La ciudad de los Césares”, de Mitos y supersticiones de Chile, de Julio Vicuña Cifuentes.

Otras lecturas tempranas también tuvieron efectos lejanos. Manrique, al que debió leer en el Liceo, se asoma en el Soneto XXXIII, “al muro o a las piedras del mar van nuestras vidas...” (Cien sonetos de amor (1957 – 1959). Poe, al que necesariamente ha de haber conocido en su juventud, junto a los autores franceses que lo “descubrieron” se filtra en “Primeros viajes”: “aquella cita había terminado: /

¹²⁸ Loyola, Hernán , Introducción, en Neruda, Pablo, Residencia en la tierra. Edición de Hernán Loyola. Madrid. Ed. Cátedra. Letras Hispánicas, 1987. p. 18.

¹²⁹ Loyola, Hernán, Neruda. La biografía literaria. P. 226 – 227.

¹³⁰ Loyola, Hernán , Introducción, en Neruda, Pablo, Residencia en la tierra. p. 23.

¹³¹ Loyola, Hernán, Neruda. La biografía literaria.p.227.

nunca más, nunca más, decía el cuervo”. (Memorial de Isla Negra, II La luna en el laberinto (1962 – 1964).

Así, en el Santiago de los años 20 se expande el universo de lecturas de del joven Neruda. Aunque él no lo menciona, suponemos que el acceso a más y mejores librerías y sobre todo a bibliotecas, como la Nacional y la del Instituto Pedagógico, le facilita el acceso a libros y autores que tal vez no llegaban a Temuco. Asimismo se diversifican sus prácticas lectoras. La lectura pasa a ser parte de los aspectos más importantes de su vida: es materia principal de sus conversaciones en el grupo de estudiantes bohemios, de sus estudios, y se hace presente también en sus amores juveniles y en su creación poética.

4.5.- En la época de oro del libro en Chile

Otro proceso importante que se afianza en los años en que el joven Neruda vive en Santiago y luego cuando viaja a Oriente y después a Buenos Aires, España, Francia y México, es el desarrollo de la industria editora nacional.

El crecimiento de la educación en todos sus niveles, el aumento de profesionales y del público lector, son parte de este panorama de rápida urbanización del país y de surgimiento de los sectores medios: “Es dentro de este cuadro que surgen dos empresas editoriales de gran relevancia: Zig – Zag en 1905 y Ercilla, en 1928.”¹³²

A fines de los años veinte, Zig – Zag pone en circulación la Biblioteca Zig – Zag, editando a bajo costo un título de diversos autores de la literatura universal, cada quincena. Por su parte, Editorial Ercilla crea distintas series entre ellas la Biblioteca Excelsior que ponía a disposición del lector a precios muy reducidos, los libros de los escritores europeos más leídos en la época.

Los catálogos de libros indican que entre 1930 y 1950, “la actividad editorial ya se ha constituido en un sentido moderno, que las antiguas imprentas Barcelona y Cervantes – que más bien eran prestadoras de servicios – han cedido paso a Editoriales como Zig – Zag y Ercilla.”¹³³. En este período también se observa una notoria expansión, motivada por la crisis mundial de 1929 que limita las importaciones e incentiva de esta forma la producción nacional.

En su libro de memorias Visto y vivido en Chile, el escritor peruano Luis Alberto Sánchez recuerda que comenzó a trabajar en Ercilla el 17 de diciembre de 1934, y que estuvo en esa editorial, donde laboraban muchos otros compatriotas suyos, exiliados apristas, hasta enero de 1945. Sánchez señala que el público chileno prefería no a los autores nacionales sino las obras universales: “De ahí el ahínco de Ercilla por traducir y

¹³² Subercaseaux, Bernardo, Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo). Santiago. LOM Ediciones, 2000. p. 110.

¹³³ Ibid. p. 112.

ocupar la plaza que dejaban desierta las editoriales españolas durante el forzado receso ocasionado por la Guerra Civil”.¹³⁴

Zig – Zag y Ercilla diversifican sus colecciones de libros. Empresas pequeñas y medianas también aumentan su producción. Así por ejemplo, Nascimento llega a publicar 70 títulos por año. Se crean otras editoriales importantes como Universitaria, Del Pacífico, sellos especializados en literatura juvenil, como Rapa Nui, mientras algunas librerías, como Pax, Zamorano y Caperán, y Cultura, comienzan editar con sus propios sellos.¹³⁵ Las librerías también se multiplican, y junto con la expansión en el mercado interno, algunas editoriales chilenas se abren hacia el mundo hispanohablante.

Hernán del Solar, al hacer un balance del año editorial 1941, señala: “Cultura, Ercilla, Nascimento y Zig - Zag. Estos cuatro nombres definen nuestra actividad productora de libros ... y Orbe, en los últimos meses – son los que imprimen su sello en cuanto volumen de algún valor anda con un hecho en Chile, por las ciudades americanas. Para que se advierta el esfuerzo de estas casas editoras, basta coger el catálogo de cualquiera de ellas. Obras de todos los géneros, de todas las tendencias, de todos los tiempos, y cada vez más cuidadosamente presentadas ... Ercilla da una visible preferencia a los autores americanos, del pasado y del presente; Zig – Zag impulsa la literatura infantil; Nascimento acoge de preferencia a los escritores nacionales, en especial a los poetas...”¹³⁶

Subercaseaux identifica algunos factores de orden estructural, cuya confluencia posibilita el panorama de expansión editorial descrito. El primero es “la crisis del Estado oligárquico hacia 1920 y la creciente participación social de los sectores medios”. Estos sectores se suman al proyecto reformista de Arturo Alessandri Palma y buscan ampliar los espacios de la democracia política y social. Entre las reformas que impulsan está la ampliación de la escolaridad. Posteriormente, en 1938, las capas medias llegan al poder donde impulsan la conversión del Estado en un factor de primera importancia en la economía y en la vida cultural.

Los sectores medios “se autoperciben como miembros educados de la sociedad, portadores de un saber y de una cultura relativamente homogénea y superior.”¹³⁷ Dentro de esta autopercepción, el libro aparece “como un símbolo de status y de identidad social”.

Otro de los factores que establece Subercaseaux es “la constitución de una organización de la cultura que asume y refuerza la matriz cultural liberal iluminista, y que permea la valoración social del libro”.

¹³⁴ Sánchez, Luis Alberto, Visto y vivido en Chile. Santiago. Tajamar Editores, 2004, p. 62.

¹³⁵ Subercaseaux, Bernardo, Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo). p. 112.

¹³⁶ Citado por Bernardo Subercaseaux en Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo).p. 114.

¹³⁷ Ibi. p. 117.

Principalmente a partir de 1938 se afianza una organización de la cultura que se vincula con un Estado que refuerza su legitimidad en la ampliación de su base social, incorporando a sectores antes excluidos a la cultura nacional.

En este período se desarrolla la extensión universitaria, se crean teatros experimentales, así como la Orquesta Sinfónica de Chile y el Ballet Nacional Chileno. Se organizan las Escuelas Internacionales de Temporada, que a partir de 1935, convocan a profesores y estudiantes de toda América Latina. En una de estas escuelas de verano, en enero de 1954, Neruda dio una serie de conferencias sobre su propia vida y obra. Esta fue una de las primeras de sus reflexiones autobiográficas, que después se articularían en una serie de artículos que publicó la revista *O´Cruzeiro Internacional*, los que posteriormente se refundirán en distintos capítulos de las memorias del poeta.

Especialmente los sectores profesionales de la emergente clase media, construyen su identidad en torno a la matriz de inspiración iluminista liberal, que aun cuando procede de la tradición y del período oligárquico, se diferencia y enriquece, por ejemplo, con la incorporación de la cultura popular. Así por ejemplo, en este período, y al celebrarse el centenario de la Universidad de Chile, en 1942, se inaugura el Museo de Arte Popular Americano, que dirigirá Tomás Lago. Asimismo, Diego Muñoz organiza en Santiago el Primer Congreso Nacional de Poetas y Cantores Populares de Chile.¹³⁸

De esta forma se intensifica la valoración del libro como el principal vehículo de la cultura humanista y también de movilidad y ascenso social, aunque esta valoración todavía implica la reproducción de la desconfianza decimonónica hacia la lectura de entretenimiento.¹³⁹

El tercero de estos factores estructurales es “la fuerte mediación que cumple la sociedad política con respecto a la sociedad civil, durante lo que se ha llamado Estado de Compromiso”. En efecto, el Estado Benefactor gravita en varios aspectos de la industria editorial, que es permeable a las corrientes ideológicas y a las tendencias políticas que compiten en la escena nacional. Subercaseaux señala que los catálogos “desde la pequeña empresa quijotesca hasta la industria de orientación comercial, están atravesados por las diversas variantes de la cultura política que se dan en la época”.¹⁴⁰

Por otra parte, las corrientes políticas organizan editoriales asociadas más o menos orgánicamente a partidos: Editorial Difusión al partido Conservador; Del Pacífico, primero a la Falange y luego a la Democracia Cristiana; y Austral, al Partido Comunista. A esto hay que agregar las editoriales vinculadas a la Iglesia: San Francisco y Splendor.¹⁴¹

¹³⁸ “Primer Congreso Nacional de Poetas y Cantores Populares de Chile”. En: *Anales de la Universidad de Chile*, Año CXIII, N° 93, Primer trimestre de 1954 pp. 5 a 79.

¹³⁹ Subercaseaux, Bernardo, *Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo)*. p. 119.

¹⁴⁰ *Ibid.* p. 122.

¹⁴¹ *Ibid.* p 122- 123.

El último de los factores que discierne Subercaseaux es el proceso de expansión educacional promovido por el Estado, y que alcanza también a la producción de textos de enseñanza y a los libros declarados como lecturas auxiliares y complementarias en los programas de estudio.

La expansión de la enseñanza incide también en la demanda de libros científicos y técnicos, que en un primer momento deben importarse, pero que hacia fines de los años 40 comienza a ser provista por empresas locales, como la Editorial Jurídica y Editorial Universitaria.

Subercaseaux concluye que entre 1930 y 1950 se vivió “lo que podría calificarse como la época de oro del libro en Chile: un panorama editorial alentador que alcanzó proyección internacional, un mercado interno activo y con diversidad de intereses, una oferta abundante de títulos chilenos y extranjeros, libros relativamente baratos, que llegaban a los lectores a través de distintos puntos de venta.”¹⁴²

Álvaro Soffia Serrano examina las prácticas de lectura en Chile en los tres lustros que van desde 1930 a 1945¹⁴³. Para Soffia el hecho más relevante es que se trata de una época en que la lectura alcanza un particular arraigo en las formas de convivencia nacionales.

Soffia aporta algunos ejemplos de cómo la lectura de revistas tiende a potenciar a la de libros. Una de las formas era la de la reseña de obras literarias. Entre 1932 y 1933 existió una revista titulada Lecturas, que tenía una sección de crítica y orientación literaria que inicialmente se llamó “Leyendo para el lector” y más tarde “Los libros”. Lo mismo que Zig Zag, Lecturas publicaba libros y en sus espacios de crítica privilegiaba a las obras de autores nacionales publicadas por la misma editora de la revista, llamada Empresa Letras.¹⁴⁴

Soffia hace notar el progresivo aumento de la publicidad para libros en Zig Zag, en las décadas del 30 y el 40. Reproduce y describe un aviso de 1932 que es “una clara alusión a lo que estaba sucediendo con la reproducción local de libros extranjeros”. Se trata de un anuncio de la Biblioteca Zig Zag, que proclamaba su propósito de poner la cultura al alcance de todo lector. Muestra una especie de corriente continua de libros que descienden desde un luminoso pórtico ideal de la cultura universal, hasta el territorio chileno delineado en el globo terráqueo. Junto con anunciar dos novedades editoriales: Un hombre del zoo, de David Garnett, y Vuelo de noche, de Saint Exupéry, los directores de la biblioteca declaran estar atentos a “los grandes acontecimientos editoriales del mundo”, para darlos a conocer a los lectores chilenos.

¹⁴² Ibid. p. 126.

¹⁴³ Soffia Serrano, Álvaro, Lea el mundo cada semana. Prácticas de lectura en Chile, 1930 – 1945. Valparaíso. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Gobierno de Chile, Consejo Nacional del Libro y la Lectura., 2003

¹⁴⁴ Ibid. p. 160.

Los avisos de las novedades de esta biblioteca se suceden, anunciando los nuevos títulos que van apareciendo. En 1944 se publicita la Nueva Biblioteca Zig Zag que continuaba publicando autores y obras de fama universal, pero ahora con notables mejoras en la presentación física de los volúmenes que incluían sobrecubierta y tipografía más clara, y además garantizaban la integridad de los textos.

Chile adquiere entonces cierta fama de país culto. Circulan anécdotas nunca documentadas, como aquella según la cual en una ocasión Thomas Mann se acercó afablemente a un escritor chileno, y le dijo que tenía interés en su país porque era el único donde La montaña mágica fue un *best seller*.

Hay otros testimonios veraces, como el del escritor peruano Ciro Alegría, que estuvo en Chile a mediados de los años 30: “ Tropecé con un ascensorista que estaba leyendo a Goethe y vi mil casos parecidos más. Pude verificar que todo eso se debía, en gran parte a la sólida orientación humanista que dejó al país, como su mejor legado, el maestro Andrés Bello”.¹⁴⁵

Pablo Neruda pasa buena parte del momento cultural que hemos descrito, y que va desde fines de los años 20 hasta 1950, fuera de Chile. Sin embargo fue parte de este proceso de expansión editorial y cultural. Desde luego Nascimento fue uno de los editores de sus primeros libros. También publicó con Ercilla, que editó su España en el corazón, con un éxito notable. La primera edición apareció en noviembre de 1937, se agotó rápidamente y fue necesario hacer otra sólo dos meses después. Nos parece que el mismo ascenso de Neruda, desde la condición de un oscuro poeta provinciano, a la de poeta nacional y luego americano y universal, es parte de este proceso que expansión cultural dentro del país. Neruda contribuye al prestigio de Chile como un país cuyo desarrollo cultural iba mucho más adelante que el económico, y a la vez recibe los beneficios del mismo. En un país donde se valora la cultura, el poeta alcanza una figuración pública importante. El acto en que regala su biblioteca a la Universidad de Chile, en 1954, es una especie de rito, en el que el poeta – que se autorrepresenta como un hombre trabajador, diferenciándose de las “familias con orgullo de casta” – restituye a la patria los libros que reunió por el mundo:

“En fin, es poco lo que doy, lo que devuelvo, lo que pongo en las manos del Rector y a través de él en el patrimonio de la patria. Son, en último término, fragmentos íntimos y universales del conocimiento atrapados en el viaje del mundo. Aquí están. No pertenezco a esas familias que predicaron el orgullo de casta por los cuatro costados y luego venden su pasado en un remate.

“El esplendor de estos libros, la flora oceánica de estas caracolas, cuanto conseguí a lo largo de la vida, a pesar de la pobreza y en el ejercicio constante del trabajo, lo entrego a la universidad, es decir, lo doy a todos.”¹⁴⁶

¹⁴⁵ Alegría, Ciro, Mucha suerte con harto palo. Memorias. Buenos Aires. Ed. Losada, 1976. p. 162.

¹⁴⁶ Neruda, Pablo, “El Rector ha tenido palabras magníficas...” Discurso de Neruda en la donación de su biblioteca personal a la Universidad de Chile el 20 de junio de 1954. Obras completas de Pablo Neruda .Edición de Hernán Loyola. T. IV, Nerudiana dispersa I.p. 948.

4.6.- Comunidad epistolar de lectura

En su artículo “Sonata con recuerdos”, escrito en mayo de 1968, Neruda recordaba que nunca leyó con tanto placer y tanta abundancia como “en aquel suburbio de Colombo en que viví solo por mucho tiempo”. La verdad es que no sólo leyó mucho en Colombo, sino en todos los destinos de su estada en oriente, entre 1927 y 1932. La lectura en este período, cuando las posibilidades de diálogo directo con sus pares se han reducido mucho, es en gran medida, el medio de contacto de Neruda con el mundo cultural.

En Colombo tenía un amigo, el pianista Lionel Wendt, que fue otra de las figuras de cómplices y proveedores de lectura, que siempre aparecían cerca de Neruda: “Como yo llegaba a Ceilán tan ávido de conocer los libros ingleses, él se encargó de prestármelos en continua sucesión. Y así llegaban semanalmente a mi bungalow en Wellawatta, en la solitaria ruta hacia Mount Lavinia. Los traía en un saco de papas todos los sábados un ciclista. En esos sacos se amontonaban Compton Mackenzie con D.H. Lawrence, Michael Arlen (The Green Hat) con el Point Counter Point de Aldous Huxley, o los versos de T.S. Eliot recién salidos en Londres, o el Farewell to Arms del joven Hemingway.”¹⁴⁷

Como se sabe, en 1927 Neruda parte como cónsul a oriente donde permanecerá hasta 1932. En ese tiempo establece una singular comunidad de lectura, por vía epistolar, con el escritor argentino Héctor Eandi. La situación de Neruda es de aislamiento. Tiene pocos interlocutores y, fuera de Álvaro Hinojosa que sólo está un tiempo junto a él, nadie que hable español. Escribe cartas desesperadas a Alberti, pidiéndole un diccionario para no olvidarse del idioma. Dispone, sí, de mucho tiempo para leer. En estas cartas a Eandi hay valiosos testimonios y comentarios de sus lecturas. En una de ellas, del 24 de octubre de 1929, el poeta le dice: “...ya ve usted qué pobreza existe en la poesía castellana (...) El Lugones, tan denigrado, me parece en verdad rico de dotes, su poesía me parece casi siempre poética, es decir, legítima, aunque anacrónica y barroca. Los jóvenes poetas de España son pobres como mendigos, pobres y sin ninguna grandeza.”¹⁴⁸

“Antes que me olvide: las cosas que escribe Manuel Gálvez sobre Oriente me parecen vacías y falsas, llenas del más absurdo y pretencioso filisteísmo”.¹⁴⁹

En otra, anterior, fechada en Rangoon, en septiembre de 1928 Neruda agradece a Eandi el envío de Don Segundo Sombra, de Guiraldes: “ ...con qué pagarle el Segundo Sombra que me mandó? Lo leí con sed y como si hubiera podido tenderme

¹⁴⁷ Neruda, Pablo, “Sonata con recuerdos”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. V. Nerudiana dispersa II.p. 162.

¹⁴⁸ Margarita Aguirre, la editora de estas cartas, advierte: “Neruda conocía poco, entonces, la poesía española contemporánea. En su breve paso por Madrid, en 1927, sólo estuvo con Guillermo de Torre...”

¹⁴⁹ Aguirre, Margarita, Correspondencia durante “Residencia en la tierra”. Buenos Aires. Ed. Sudamericana. 1980, p. 73.

otra vez en los campos de trébol de mi país, escuchando a mi abuelo y a mis tíos. Verdad que es algo grandioso y natural, algo conmovedor? Olor a extensión, a caballos, a vidas humanas, repetidos de una manera tan directa, comunicados tan completamente”.¹⁵⁰

Nuevamente Neruda se reconoce en ciertos personajes literarios. El 24 de abril de 1929 le escribe a Eandi: “ Se acuerda de esas novelas de José Conrad en que salen extraños seres de destierro, exterminados, sin compensación posible? A veces me siento como ellos...”

En otra carta que fecha en Ceilán, en octubre de 1929, comenta que le parecen interesantes “los nuevos escritores ingleses”. Se refiere a Joyce, Lawrence y Aldous Huxley. Califica Contrapunto como una “formidable masa de ingenio.” También cuenta que ha leído por cuarta vez a Proust y que le gusta más que antes.¹⁵¹

Neruda lee también los textos de Eandi que con seguridad este mismo le enviaba. A propósito de uno de éstos, sobre el poeta Luis Franco, Neruda expone sus propias ideas sobre la poesía, entablando así un verdadero diálogo no sólo con su corresponsal, sino también con el poeta del que éste ha escrito: “Su estudio sobre el poeta Franco me parece singularmente penetrante, a mí tampoco su poesía feliz y natural me parece moderna, pero hay en él mucha ‘persuasión’ como usted dice, una acometida violenta a las viejas inspiraciones arrebatándoles en verdad su secreto como un buen poeta de otro tiempo. Me gusta ese poema ‘El buey’ sobre todo cuando dice: ‘Oh, esposo de la tierra’. Creo que ha errado su camino en esos nuevos poemas en que adopta algunos de los inflexivos lugares comunes de la ‘nueva poesía’, porque verdaderamente nunca hubo cosa más estéril que un deseo de encaramar metáforas en cada verso como en una percha: ésa es labor de sportman o de humorista. El poeta no debe ejercitarse, hay un mandato para él y es penetrar en la vida y hacerla profética: el poeta debe ser una superstición, un ser mítico.”¹⁵²

El 27 de febrero de 1930, desde Ceylán le escribe nuevamente a Eandi sobre “los nuevos ingleses”:

“Me lo paso el día leyendo sin cesar, y encuentro cada vez más que el único placer que me va quedando es leer. Leo casi solamente en inglés toda clase de cosas, especialmente los nuevos ingleses (se refiere a Huxley, Lawrence y Joyce) , que tienen esto de curioso, no se preocupan de ser ingleses ‘ nuevos’ a excepción de Joyce, sino de relatar directamente, con cierta virilidad y descuido exteriores que es bastante inesperado para hombres como yo cuya sola noción literaria ha sido modificar la forma, problema cutáneo que me parece sin sentido. Demasiado tarde para mí, tengo en los huesos esta clase de destino superficial de la condición poética, y naturalmente, como mal camino conduce a la esterilidad y a la gran fatiga.”¹⁵³

¹⁵⁰ Ibid. p. 35.

¹⁵¹ Ibid. p.59.

¹⁵² Ibid. p.59. Aquí Neruda se refiere al artículo “Nuevo mundo de Luis Franco”, *Babel*, N° 29, 1929, según la nota de Margarita Aguirre.

¹⁵³ Ibid. p. 78.

El 23 de abril del mismo año le comenta: “La poesía debe ser radiante, dramática, alcohólica, poética. Los libros de los jóvenes uruguayos me parecen absolutamente vanos, excepto un novelista Dotti¹⁵⁴, creo que escribe cuentos gauchos muy seguros”.

El 5 de septiembre de 1931, Neruda le habla a Eandi de su felicidad conyugal y del placer y de algunas prácticas de lectura: “Mi mujer es holandesa, vivimos sumamente juntos, sumamente felices en una casa más chica que un dedal. Leo, ella cose (...) La casa es un refugio pero los piratas nos rodean. Rompemos el sitio y huimos en automóvil con termos y cognac y libros hacia las montañas y la costa.” En esa misma carta le pregunta ¿qué hay de la revista de la Sra. Ocampo?, diciendo que a él, esta dama le parece antipática: “Le consulta a Ortega y Gasset hasta para arreglarse los refajos”.

En esa época Neruda comienza a leer la poesía de Shakespeare. En 1964 el poeta declaraba: “Yo soy un viejo lector de la poesía de Shakespeare, de sus poemas que no dicen nombres, ni batallas, ni desacatos, como sus tragedias (...) Mi ejemplar de los Sonetos tiene mi nombre escrito y el día y el mes en que compré aquel libro en la isla de Java, en 1930 (...) Allí en la lejana isla, me dio la norma de una purísima fuente, junto a las selvas y a la fabulosa multitud de los mitos desconocidos, fue para mí la ley cristalina (...) En una palabra, en aquellos años abandonados de mi vida, la poesía shakespeareana mantuvo para mí abierta la comunicación con la cultura occidental.”¹⁵⁵

Los Sonetos que Neruda compró en Colombo, en 1930, era una valiosa edición aldina hecha en Londres, en 1897. Lo perdió en 1968, cuando desconocidos entraron a robar a la cabaña rústica que había construido en Cantalao. Se llevaron, además, otros dos libros, uno de poesía inglesa y otro de cuentos y poemas de Melville,¹⁵⁶

Aun cuando dice que lee casi sólo en inglés, no se olvida completamente de la literatura nacional. Desde Batavia, en Java envía a la revista Atenea de Concepción, una “Introducción a la poética de Ángel Cruchaga Santa María”, y escribe un prólogo para el libro Afán del corazón, de este mismo autor.

Como se sabe, en oriente el poeta escribe parte de su Residencia en la tierra. Al examinar el poema “Significa sombras” de este libro, Amado Alonso señala tener “vehementes sospechas” de que Pablo Neruda ha leído a Schopenhauer. Ya señalamos que la lectura de Schopenhauer que hace Neruda, data de 1921. Lo interesante es que Alonso rastrea la influencia del filósofo alemán en el Neruda de la primera Residencia: “Sobre todo parece haber influido en Neruda la visión

¹⁵⁴ Margarita Aguirre indica que se trata de Víctor Dotti, “cuentista realista uruguayo nacido a principios de siglo”.

¹⁵⁵ Neruda, Pablo, “Inaugurando el año de Shakespeare”. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola T IV, Nerudiana dispersa I p. 1198.

¹⁵⁶ Neruda, Pablo, “Destrucciones en Cantalao”, de la serie Reflexiones desde Isla Negra. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T. V, Nerudiana dispersa II. P. 274.

schopenhaueriana del vivir como un constante morir, porque su vida pasada, si hacemos abstracción de sus consecuencias para la presente y del testimonio que representa la voluntad que en ella se imprime, está definitivamente terminada y muerta, ya no existe (El mundo como Voluntad y como representación, Libro IV, Consideración segunda). 'Por lo cual, su existencia, si la consideramos sólo desde el punto de vista formal, es un constante caer del presente en el pasado muerto, un constante morir'(Id.). A quien está familiarizado con el pensamiento de Schopenhauer – y también con su ardor espiritual -, le parece de notorio sabor schopenhaueriano un pasaje como el siguiente de Significa sombras:

Ay, que lo que soy siga existiendo y cesando de existir,
y que mi obediencia se ordene con tales condiciones de hierro
que el temblor de las muertes y de los nacimientos no conmueva
el profundo sitio que quiero reservar para mí enteramente.

“Lo de menos es, y es mucho, comparar esta ansia con la insistente afirmación de Schopenhauer de que ‘a la voluntad de vivir, de la que el individuo no es más que un ejemplar o espécimen, le afecta tan poco la muerte de un individuo como a la Naturaleza entera’ ; lo más significativo es que el pasaje se deja interpretar con la filosofía de Schopenhauer hasta en sus más aparentes enigmas: ‘existiendo y dejando de existir’ es decir perdiendo la individuación para vivir eternamente en el principio general de la vida.

“La influencia de Schopenhauer en el pensamiento de Neruda parece directa y no sólo a través del también schopenhaueriano Sabat Ercastry (en quien sí puede ser indirecta por lo vaga); primero, porque el pensamiento de Schopenhauer tiene en Residencia un eco más claro que en el poeta uruguayo, y, segundo, porque Sabat Ercastry influyó en Neruda en sus versos juveniles (...) mientras que lo schopenhaueriano de Neruda corresponde, al revés, a la época madura de Residencia en la tierra, y no a El hondero entusiasta. Esta influencia, casi segura, confluye aquí con la segura de Quevedo.”¹⁵⁷

Para Alonso, Quevedo es “quizás el poeta clásico más querido de Neruda”; en él la idea del “tiempo roedor de todas las cosas es insistente y nítido, aunque sin llegar a la obsesión como en Neruda”.¹⁵⁸

Como el mismo lo indica, durante su estada en oriente, Neruda lee principalmente en inglés¹⁵⁹. Su intención era viajar a Europa pero fue a dar al mundo colonial europeo, que en cierto modo es una orilla lejana del Viejo Mundo. Aún así, ahí tiene acceso a los libros de los que él llama “los nuevos ingleses”: Lawrence, Huxley y Joyce, y a magníficas ediciones de los clásicos, como Shakespeare. Por otra parte, no pierde del todo el contacto con el mundo literario hispanoamericano. Eandi le manda diarios y libros, y Neruda le pide revistas, como Martín Fierro. A través de este continuo

¹⁵⁷ Alonso, Amado, Poesía y estilo de Pablo Neruda. Madrid. Ed. Gredos, 1997 p. 340-341.

¹⁵⁸ Ibid. p. 331.

¹⁵⁹ En carta a Eandi, de 21 de noviembre de 1929, le dice: “... ahora me lo paso leyendo en inglés, y es bastante inagotable lo que hay que ver en este idioma”.

contacto epistolar el poeta chileno recibe informaciones sobre lo que ocurre en las letras en su idioma, puede opinar acerca de escritores y obras, y hasta emitir algunas diatribas como las que le dedica a Victoria Ocampo, a la que acusa de servilismo a Ortega y Gasset, al que a su vez califica como “vampiro escolástico”.

Durante su estada en oriente Neruda continúa ampliando su universo de lecturas y avanzando en el proceso de convertirse en un lector cosmopolita.

Las lecturas de los períodos anteriores emergen, haciéndose presentes en la poesía que escribe, y también en su identificación con personajes como los de Conrad. El poeta chileno habita ahora precisamente en algunos de los escenarios y paisajes que había visitado imaginariamente, a través de la novelas de Conrad, y no puede dejar de reconocerse en cierto género de vagabundos de esa narrativa.

4.7.- Lecturas de y entre amigos

Con los cargos consulares que Neruda obtiene en Buenos Aires y luego en Barcelona y en Madrid, se amplían sus horizontes de lectura y también sus amistades literarias. En la capital argentina conoce a uno de sus amigos más entrañables, Federico García Lorca, con quien pronuncia aquel célebre discurso al alimón, sobre Rubén Darío. También conoce a otros poetas que se convertirán en grandes amigos, como Oliverio Girondo, Nora Lange y Raúl González Tuñón. Se inicia entonces una forma de lectura nueva para el poeta: la de las obras de escritores con los que ha establecido una relación fraterna.

Neruda practicó esta amistad literaria que era una mezcla de compañerismo, compromiso y afinidad intelectual y coincidencia de sensibilidades, en la que se compartían el empeño en la lucha por la justicia en el mundo, las persecuciones que generaba esa batalla, y también los viajes, las lecturas y los placeres de la vida. Es el tipo de amistad que Neruda tuvo también con Miguel Hernández, Rafael Alberti, Miguel Ángel Asturias, Paul Eluard, Miguel Otero Silva, Luis Aragón, Ilya Ehrenburg, Nazim Hikmet, Jorge Amado y Thiago de Mello.

En España Neruda es acogido fraternalmente por los poetas de la generación del 27. “España, cuando pisé su suelo, me dio todas las manos de sus poetas, y con ellos compartí el pan y el vino, en la amistad categórica del centro de mi vida”, escribía Neruda en 1940, en un artículo sobre sus amistades y enemistades literarias. En éste, junto a Miguel Hernández, Rafael Alberti, Vicente Salas Viú y Arturo Serrano Plaja, Neruda evoca a Vicente Aleixandre: “Su profunda y maravillosa poesía es la revelación de un mundo dominado por fuerzas misteriosas – anota. Luego califica a Aleixandre como “el poeta más secreto de España”, comentando que “el esplendor sumergido de sus versos” lo imparentaba con nuestro Rosamel del Valle.

Recordaba Neruda que Aleixandre, a causa de una enfermedad ya de varios años, no salía nunca de su casa. Por eso se apasionaba con el relato que le hacía el

poeta chileno de sus largas caminatas por la ciudad: “Yo le llevo la vida de Madrid, los viejos poetas que descubro en las interminables librerías de Atocha...”¹⁶⁰

Describe, finalmente, Neruda una modalidad de lectura en dúo – otra pequeña comunidad de lectura: “leemos largamente a Pedro de Espinosa, Soto de Rojas, Villamediana. Buscábamos en ellos los elementos mágicos y materiales que hacen de la poesía española en una época cortesana, una corriente persistente y vital de claridad y de misterio”.

En esta época Neruda lee con deleite a algunos poetas españoles del siglo XVII, además de Villamediana, Luis Martín, Sor Juana Inés de la Cruz, el conde Bernardino de Rebolledo y Cristobalina Fernández de Alarcón. Prepara una breve antología de estos poetas para un número de la revista Cruz y Raya que a causa de la guerra no alcanzó a aparecer. La selección se publicó finalmente en 1939, en el número VI de la revista Taller, junto con el poema “Discurso de las lirás”, como introducción. Todo este material le fue pedido a Neruda por Octavio Paz, quien lo incluyó en la revista citada. Para Paz este poema “pertenece al período madrileño de Neruda, que es el de su consagración y el del descubrimiento de la poesía española del siglo XVII”.¹⁶¹

Los poetas de la generación del 27 proclaman que hay que volver a leer a Góngora, y con él a San Juan de la Cruz, a Garcilaso, a Lope de Vega y Calderón. “Estos sí que son nuestros, sí que viven junto a nosotros, muchísimo más que otros, cronológicamente más próximos” – escribe Jorge Guillén. Uno de los rasgos de esta generación es que convierten la tradición en vanguardia y la vanguardia en tradición. En esa época se amplía el conocimiento de Neruda de la literatura española de los siglos XVI y XVII y se renueva su entusiasmo por ella.

Sin embargo, como apunta Pedro Gutiérrez Revuelta, en cuanto llega a España, Neruda choca con “los tres santones que regían el mundo literario español”, estos eran el elitismo de Ortega, el catolicismo español, y el purismo de Juan Ramón Jiménez.

Como contraste a esos “santones”, hay otros autores que experimentan y juegan, entre ellos Ramón Gómez de la Serna quien anuncia el advenimiento de una nueva literatura y propone una mirada libre de cualquier forma mental o ideológica, capaz de captar lo instantáneo. Considera que un mundo incoherente, como es el nuestro, no puede tener otra expresión que la fragmentación y la incoherencia. Y crea el instrumento expresivo para una visión libre, instantánea, fragmentada, que el mismo llama la “greguería”, y que fue un aporte importante a la literatura contemporánea.

Neruda fue admirador de Gómez de la Serna, tanto que le dedicó una Oda, y en 1962, escribió: “Ramón Gómez de la Serna, el Picasso de nuestra prosa maternal, lo

¹⁶⁰ Neruda, Pablo, “Amistades y enemistades literarias”. Obras completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T. IV, Nerudiana dispersa I, p. 443.

¹⁶¹ “Un poema poco conocido de Neruda”, sin autor. En Cuadernos, Fundación Pablo Neruda, N° 39, Santiago, 1999.p. 34.

revuelve todo en la península y asume una especie de amazónica corriente en que ciudades enteras pasan rumbo al mar, con despojos, velorios, preámbulos, anticuados corsés, barbas de próceres, posturas instantáneas que el mago capta en su fulminante minuto”¹⁶²

En la extensa entrevista que le hace al poeta Rita Guibert, en Isla Negra en 1970, al responder a la pregunta por sus predilecciones literarias, Neruda menciona en primer lugar a Gómez de la Serna, al que califica como "un gran fenómeno literario" y "un creador fundamental en nuestro idioma."

No se han examinado suficientemente los parentescos y afinidades que hay entre las Greguerías de Gómez de la Serna y obras como Estravagario o El libro de las preguntas.

En diciembre de 1943, al regresar de México, Neruda responde a una entrevista que le hace Volodia Teitelboim para el diario El Siglo. Entre sus respuestas hay una en la que hace una apreciación de la literatura que conoció en ese país: "Los escritores jóvenes de mayor porvenir en la poesía mexicana me parecen ser Alberto Quintero Álvarez, Enrique Guerrero, Efraín Huerta, Guzmán Araujo y Marco Millán. En la prosa se perfila un nuevo sentido de la novela, en que se juntan un idioma de clasicismo fresco y viviente con las tendencias nacionales que forman la levadura de México. Estos nuevos grandes escritores que deberían ser ampliamente conocidos en Chile, son Juan de la Cabada, Ermilo Abreu Gómez, José Revueltas y Andrés Henestrosa.

"También, siempre en el puesto de combate, están el excelente novelista José Mancisidor y el ilustre gran poeta y escritor Enrique González Martínez, figura señora de la vida intelectual y cívica de México.”¹⁶³

El mismo Neruda relata su "encuentro" con uno de los grandes poetas nacionales de México, Ramón López Velarde, muerto en los mismos días de 1921 en el que poeta chileno llegaba a Santiago. Cuenta Neruda que alquiló "la vieja villa de los López Velarde, en Coyoacán", que estaba en un estado ruinoso: "Logré poner al día dos o tres habitaciones y allí me puse a vivir a plena atmósfera de López Velarde, cuya poesía comenzó a traspasarme.”¹⁶⁴

En 1954, en el acto en que hizo donación de su biblioteca a la Universidad de Chile, Neruda pronunció un discurso que es bastante revelador de sus preferencias de lectura. En él habla de Alejandro Pushkin, de Víctor Hugo, de Rimbaud, y de dos poetas amigos que le dedicaron sus obras: García Lorca y Paul Eluard. Cuenta la emoción con que compró magníficas ediciones de Garcilaso y de Góngora. Cita a dos de sus poetas favoritos del Siglo de Oro español: Pedro Soto de Rojas y Francisco de

¹⁶² Neruda, Pablo, "Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra". Obras completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T. IV, Nerudiana dispersa I, p. 1085 – 1086.

¹⁶³ "Pablo Neruda habla". Obras completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T. V, Nerudiana dispersa II, p. 1079 – 1080.

¹⁶⁴ Neruda, Pablo; Ortiz, Gustavo, y Arias, Guillermo, Presencia de Ramón López Velarde en Chile, Santiago, 1963.

la Torre. Termina diciendo, sobre sus libros: “Aquí está reunida la belleza que me deslumbró y el trabajo subterráneo de la conciencia que me condujo a la razón, pero también he amado estos libros como objetos preciosos, espuma sagrada del tiempo en su camino, frutos esenciales del hombre.”¹⁶⁵

Entre las amistades literarias de Neruda no puede omitirse a Miguel Ángel Asturias. En 1965 ambos protagonizaron una aventura libresca gastronómica que dejó como resultado el libro *Comiendo en Hungría*, publicado por la editorial Corvina de Budapest. El gobierno húngaro, empeñado en promover el turismo exaltando la cocina nacional, invitó a los dos autores – unidos por una vieja amistad – a recorrer el país degustando los platos y los vinos tradicionales de cada región.

En un brindis que ambos hicieron en la taberna “El Puente” - que recuerda el célebre discurso al alimón con Federico García Lorca en Buenos Aires en 1934 – Neruda y Asturias evocaron a un tercer escritor, el húngaro Gyula Krudy, que frecuentaba ese local. Neruda dijo entonces unas palabras que revelan su sentido terrenal de la literatura:

“Hizo bien Gyula Krudy en dejar no sólo libros en las estanterías, sino este plato que sale cada hora de la parrilla (...) y esta fuente monumental que reúne la sabiduría de Krudy, son parte de sus mejores páginas. Nos hemos comido estas páginas con deleite y bebemos una copa de vino a la memoria del compañero inmortal.”

Otra de las grandes amistades de Neruda fue el novelista brasileño Jorge Amado. Ambos se encuentran en París, en 1949, cuando el poeta chileno llega sorpresivamente a la última sesión del Congreso Mundial de la Paz. Allí estaban Amado con su esposa, Zélia Gattai. Neruda admiraba ya la obra del novelista brasileño, cuyos libros, según José Miguel Varas, se leían mucho en Chile desde fines de los años 40.

Neruda y Amado eran comunistas y exiliados. Además sus obras de esa época estaban llenas de “optimismo histórico”, de fe en el porvenir, a pesar de la oscuridad del presente.

Es lo que destaca Neruda, en septiembre de 1949, cuando habla en el Congreso Latinoamericano de Partidarios de la Paz, en Ciudad de México. Entonces, el poeta señalaba que en el último tiempo se había producido un fenómeno de extraordinaria importancia para la cultura latinoamericana. La pintura, en especial la de los muralistas mexicanos, daba cuenta de la historia y el destino de los pueblos. La novela, en cambio, no pasaba más allá de un realismo pesimista, de “una aguda exhibición de nuestras miserias”. Sólo en muy pocos casos, como el de Jorge Amado, la narrativa había conseguido atravesar aquellas tinieblas y encontrar una salida hacia la luz.

¹⁶⁵ Neruda, Pablo, “El Rector ha tenido palabras magníficas...” Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T. IV. Nerudiana dispersa I, p. 945 – 949.

En 1957 Neruda y Amado hicieron un viaje juntos por el río Yang – tse. Hacía sólo un año, en 1956, en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, Nikita Krushchev había hecho públicos los crímenes de Stalin. Neruda reflexiona que con Jorge Amado compartió años de destierro, identificándose ambos con una convicción y una esperanza comunes. Frente a las revelaciones sobre la época estalinista Neruda revisó su posición y renació con la verdad, pero Amado “había sido siempre rígido”. Su maestro, Luis Carlos Prestes, pasó quince años en la cárcel y esas son cosas “que endurecen el alma”. “Yo justificaba ante mí mismo, sin compartirlo, el sectarismo de Jorge” – anota Neruda.

Sin embargo, Amado pareció haber comenzado allí, “entre los desfiladeros fabulosos del río Yang – tse”, una etapa nueva de su vida: “ Desde entonces se quedó más tranquilo, fue más sobrio en sus actitudes y en sus declaraciones – recuerda Neruda -. No creo que perdiera su fe revolucionaria, pero se reconcentró en su obra y le quitó a ésta el carácter político directo... Como si se destapara el epicúreo que hay en él, se lanzó a escribir sus mejores libros, empezando por Gabriela, clavo y canela, obra maestra desbordante de sensualidad y alegría.”¹⁶⁶

Neruda no desdeñó la literatura de entretenimiento. Ya hemos hecho alusión a su afición por las novelas policíacas. Era éste el tipo de libros que Neruda leía durante sus viajes. En el poema “Terremoto en Chile”, de La barcarola dice:

“El barco camina en la noche sin pies resbalando/
en el agua sin fondo ni forma,
en la bóveda negra del mundo, / en las pobres cabinas el hombre resuelve sus
mínimas normas, / la ropa, el reloj, la sortija, los libros sangrientos que lee...”¹⁶⁷

Estos versos y otros testimonios nos confirman, además, que Neruda era un lector viajero, es decir aprovechaba el tiempo de sus viajes, que eran muy frecuentes, para leer.

En esa misma entrevista, Neruda se refirió a la alusión que hace en Canto general, a Norman Mailer – autor entonces muy poco conocido aún en su propio país - . El poeta recordó haber encontrado Los desnudos y los muertos en una librería de México. Ni siquiera el librero sabía de qué se trataba. Lo compró porque quería leer alguna nueva novela americana, también durante un viaje. “Creía yo que había muerto ya la novela después de los grandes colosos, empezando por Dreiser y terminando al parecer con Hemingway, Steinbeck y Faulkner. Pero me encontré con un hombre hecho y derecho, de una capacidad y de una violencia verbal extraordinarias” – dijo entonces el poeta. Luego comparó ventajosamente a Mailer con Pasternak.

Homero Arce, en una crónica titulada "Un día de trabajo del poeta, en Isla Negra", escribe que después de la cena, que siempre compartía con amigos, se instalaba en su sillón, a leer: "Ahí están, en francés, inglés o castellano, sus libros del momento. El recién enviado por el autor, los de historia, los policíacos, que lee

¹⁶⁶ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido.p. 325 – 326.

¹⁶⁷ Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T. III. P. 156.

indistintamente en cualquiera de los tres idiomas, mientras suben en espirales el humo de su pipa."

A fines de los años 60 los escritores del llamado boom de la narrativa latinoamericana entusiasmaron a Neruda. En su libro *Fin de mundo* incluye el poema "Escritores" donde canta a Cortázar y a Vargas Llosa, agrega un poema especial para García Márquez, y luego otro que también titula "Escritores", donde dice:

"Fueron así por estos años/ levantando mis compañeros/ un relato cresco y nocturno,/ dilatado como el planeta,/ lleno de acontecimientos,/ de pueblos, calles, geografía,/ y un idioma de tierra pura/ con soledades y raíces..."¹⁶⁸

Y en sus *Memorias* escribe: "En los últimos años la novela tomó una nueva dimensión en nuestros países. Los nombres de García Márquez, Juan Rulfo, Vargas Llosa, Sábato, Cortázar, Carlos Fuentes, el chileno José Donoso, se oyen y se leen en todas partes. Es corriente también oír decir que ellos forman un grupo de autobombo. Yo los he conocido a casi todos y los hallo notablemente sanos y generosos."¹⁶⁹

En una de las últimas cartas que escribe Neruda, manifiesta su deslumbramiento por un libro. La carta es del 31 de agosto de 1973 y el destinatario es Alone. En parte de ésta, el poeta escribe: " Su recuerdo último de Mariana Cox me hace pedirle un informe extraño. Tengo la única edición titulada "Viaje por las regiones septentrionales 1862 – 1863, por Guillermo E. Cox". Es tan bonito este libro que tengo ya conseguida su reedición. Es tan bueno, a veces, como Pérez Rosales, con aventuras fantásticas del mundo que ya terminó, contadas por este hombre con ingenuidad, curiosidad y valor personal..."¹⁷⁰

En esta última etapa, los destinos consulares y diplomáticos, los viajes cada vez más frecuentes, la amistad con autores de primera importancia y los contactos culturales derivados del prestigio universal que ha adquirido el poeta, consolidan su figura de lector cosmopolita. Tiene un acceso privilegiado a la literatura universal y lo aprovecha. Esto sin descuidar la tradición literaria, es decir, la relectura de los autores del repertorio personal que Neruda se ha venido formando desde la infancia. Ahora, los premios literarios y los mayores ingresos por derechos de autor le permiten al poeta adquirir las magníficas ediciones en que le gusta leer a estos autores. Este tema se desarrolla en los capítulos destinados a la bibliofilia y a las bibliotecas de Neruda.

La amplitud y la riqueza de su universo de lecturas, se revela no sólo en testimonios directos sobre el tema, sino en la cantidad de referencias literarias de sus discursos, artículos y entrevistas.

¹⁶⁸ Neruda, Pablo, *Fin de Mundo*, en *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola. T. III. Barcelona. Editorial Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 2000. pp. 494 - 495

¹⁶⁹ Neruda, Pablo, *Confieso que he vivido*. p. 395 – 396.

¹⁷⁰ Alone (Hernán Díaz Arrieta), "La muerte de Pablo Neruda". En *El Mercurio*, Santiago, 25 de septiembre de 1973.

4.8.- Neruda y la lectura del mundo

La “lectura del mundo” se remonta a distintas tradiciones de la cultura occidental, en que el universo y la naturaleza son concebidos como libros. En 1642, Thomas Browne escribía: “Existen dos Libros de los que deduzco mi Divinidad; además del escrito por Dios, el otro de su servidora Naturaleza, ese manuscrito universal que yace abierto frente a los ojos de todos.”

“Ved a la naturaleza como un libro vivo, incomprendido aunque no incomprensible” escribía Goethe en 1774, y Whitman, en 1892 anotaba: “En todo objeto, montaña, árbol y estrella; en todo nacimiento y vida (...) la cifra mística espera oculta”.

En un momento, Neruda parece necesitar de la lectura textual para llenar el silencio del mundo natural. En 1938 escribe: “ ...hundí mis ojos en los pétalos de pólvora, fuego y asombro de Góngora Marmolejo, de Pedro de Oña, de Pineda y Bascuñan (...) y entonces el silencio de mi patria fue para mí no un silencio de extensas selvas y mares que me siguió toda la vida como un fantasma, sino una mano dura que tomaba mi pequeña mano de poeta angustiado y angustioso...”¹⁷¹

En 1962, el poeta declaraba: “Pero mi libro más grande, más extenso, ha sido este libro que llamamos Chile. Nunca he dejado de leer la patria, nunca he separado los ojos del largo territorio...”¹⁷² En ese mismo texto recordaba sus lecturas infantiles de la naturaleza y de las obras del hombre: “Yo aprendí desde muy pequeño a leer el lomo de las lagartijas que estaban como esmeraldas sobre los viejos troncos de la selva sureña, y mi primera lección de la inteligencia constructora del hombre, no he podido olvidarlo. Es el viaducto o puente a inmensa altura sobre el río Malleco...”¹⁷³ Y más adelante: “Casas en que el invierno y la pobreza dejaron una escritura jeroglífica que yo comprendo, como comprendo en la pampa grande del norte, mirada desde Huantajaya, ponerse el sol sobre la cumbres arenosas...”¹⁷⁴

Neruda abre el libro del territorio chileno, lo descifra, lo entiende.

En 1961, en el poema “El sobrino de Occidente”, del libro Cantos ceremoniales, contrasta un libro concreto, Simbad el Marino, con la metáfora del libro como soledad:

“Cuando tuve quince años cumplidos llegó mi tío Manuel/ con una valija pesada, camisas, zapatos y un libro. / El libro era Simbad el Marino y supe de pronto/ que más allá de la lluvia estaba el mundo/ claro como un melón, resbaloso y florido. / Me

¹⁷¹ Neruda, Pablo, “La educación será nuestra epopeya”. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola T IV, Nerudana dispersa I, p. 407.

¹⁷² Neruda, Pablo, “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola T IV, Nerudana dispersa I, p. 1096.

¹⁷³ Ibid. p. 1097.

¹⁷⁴ Ibid.

eduqué, sin embargo, a caballo, lloviendo. / En aquellas provincias, el trigo / movía el verano como una bandera amarilla/ y la soledad era pura / era un libro entreabierto, un armario con sol olvidado.”¹⁷⁵

Los afanes de coleccionista de Neruda, también se vinculan con esta lectura del mundo. En su “Oda a las cosas”, el poeta escribió:

“Oh río/ irrevocable/ de las cosas,/ no se dirá/ que sólo/ amé/ los peces,/ o las plantas de selva y de pradera,/ que no sólo/ amé/ lo que salta, sube, sobrevive, suspira./ No es verdad:/ muchas cosas/ me lo dijeron todo.”¹⁷⁶

En varios textos de diversos libros el poeta hizo la crónica de su encuentro con uno de sus famosos mascarones de proa. Este relato se inicia en el poema “A una estatua de proa”, de “Gran Océano”, de Canto general:

“En la arena de Magallanes te recogimos cansada navegante inmóvil bajo la tempestad que tantas veces tu pecho dulce desafió dividiendo en sus pezones./ (...) Hoy eres mía, diosa que el albatros gigante / rozó con su estatura extendida en el vuelo./ (...) / Hoy hemos recogido de la arena tu forma. / Al final a mis ojos estabas destinada. (...) /Para mí tu belleza guarda todo el perfume, / todo el ácido errante, toda la noche oscura. / Y en tu empinado pecho de lámpara o de diosa, / torre turgente inmóvil amor, vive la vida. / Tú navegas conmigo, recogida, hasta el día / en que dejen caer lo que soy en la espuma.”¹⁷⁷

El poeta se apropia, entonces, de este fragmento de una embarcación, fragmento que sin embargo guarda el misterio de la totalidad del mar, del viaje, de la noche. Desde ahora navegan juntos, se incorpora a este itinerario de Neruda por la vida, hasta lo que el poeta llama “el día en que dejen caer lo que soy en la espuma”, es decir el momento de la muerte.

Esto ya es parte de su propia biografía, de su relación personal con el mar, de sus pasiones de coleccionista. Efectivamente, Neruda encontró en Punta Arenas este mascarón, con la figura de una mujer, en el velero Lonsdale, que servía de pontón, y lo compró a su propietario.

En un libro muy posterior, Una casa en la arena, de 1966, relata su hallazgo:

“Fue en el extremo sur, donde Chile se desgrana y se desgrana (...) Allí la encontré: colgaba del pontón pútrido, grasiento, enhollinado. Y era patética aquella diosa en la lluvia fría, allí en el fin de la tierra.

¹⁷⁵ Neruda, Pablo, Cantos ceremoniales. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T.II. Barcelona. Editorial Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 1999. p. 1019.

¹⁷⁶ Neruda, Pablo, Navegaciones y regresos. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T.II.p. 769.

¹⁷⁷ Neruda, Pablo, Canto general. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T.I. Barcelona. Editorial Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 1999. p. 790.

“Entre chubascos la liberamos del territorio austral. A tiempo, porque algún año después el pontón se fue con el maremoto a la profundidad o al mismo infierno...”¹⁷⁸

El mascarón le servirá más adelante a Neruda, como metáfora de Chile: “Mineral y marina es mi patria como una figura de proa, tallada por las duras manos de dioses terribles”.¹⁷⁹

También es parte de su biografía su afición por coleccionar caracolas marinas. Neruda reunió una colección de unas 7 mil piezas que están descritas en un catálogo que estableció una malacóloga del Museo de Historia Natural. No las juntó, sin embargo, por su valor científico sino estético, por su belleza y porque cada caracola era una palabra de este libro infinito del mar.

Esta capacidad y afán de Neruda por leer el mundo, podría problematizar aún más su autorrepresentación, aparentemente contradictoria, de lector antilibresco. Porque la operación que realiza el poeta es la de concederle a la naturaleza y a los objetos creados por el hombre, cierta textualidad: “Casas en que el invierno y la pobreza dejaron una escritura jeroglífica que yo comprendo...” Antes de leer o descifrar el mundo, Neruda lo convierte en libro: “la soledad era pura/ era un libro entreabierto...” Pero también la contradicción podría resolverse si el libro se asimila al mundo y se atenúan los límites entre ambos.

¹⁷⁸ Neruda, Pablo, Una casa en la arena, Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T.III. p. 128 – 129.

¹⁷⁹ Neruda, Pablo, “Lord Cochrane de Chile”, La Barcarola. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T.III.p.224.

5.- NERUDA BIBLIÓFILO Y LECTOR

En su libro *El último lector*, Ricardo Piglia anota: “ La pregunta ‘qué es un lector’ es también la pregunta sobre cómo le llegan los libros al que lee”. Neruda relata cómo adquiere y a veces también cómo pierde algunos de sus libros. En este capítulo revisamos la figura de Pablo Neruda como bibliófilo, es decir, como amante y coleccionista de libros, describimos a grandes rasgos sus bibliotecas y algo acerca de cómo se fueron formando éstas. Como medio de contraste reseñamos la figura de otro bibliófilo, de muy distinta fisonomía y procedencia social: Domingo Edwards Matte.

Raúl Silva Castro definía en 1950 la bibliofilia como "una pasión por los libros que se acredita generalmente formando colecciones, conservándolos y hasta si se quiere leyéndolos (...) el bibliófilo ama los libros y por ello se siente inclinado a coleccionarlos. Algunos van más lejos y son al mismo tiempo eruditos. Otros se quedan más acá y de los libros no distinguen sino las circunstancias materiales: ediciones, tiradas, singularidades, y son capaces de diferenciar desde lejos dos ejemplares de una misma obra en que por azar se produjo un ligero trastrueque de los moldes."¹⁸⁰

Alamiro de Ávila distingue al bibliófilo del bibliómano "que está al borde de la patología cerebral: a este tipo pertenece aquel individuo que poseedor de un ejemplar reputado de único, supo de la existencia de un segundo y desde ese momento empleó todos sus esfuerzos para obtenerlo y una vez logrado, lo echó a la chimenea y se deleitó viéndolo transformarse en cenizas: así su ejemplar era de nuevo el único".¹⁸¹

El surgimiento de la bibliofilia – y de su exacerbación, la bibliomanía - es parte de la historia del libro y la lectura en Chile.

En 1945 se creó la Sociedad de Bibliófilos Chilenos, con cien miembros de número. Ésta ha venido editando la revista *El Bibliófilo Chileno*, celebrando reuniones periódicas y haciendo cuidadas ediciones facsimilares de libros chilenos raros, curiosos y valiosos. Uno de sus miembros fundadores, segundo presidente, y más tarde presidente honorario hasta su muerte, fue Domingo Edwards Matte. Manuel Vega lo calificó como "el bibliófilo perfecto".¹⁸²

Nacido en 1890, obtuvo su título de abogado de la Universidad de Chile en 1912. En París adquirió la pasión bibliofílica. Fue un hombre de negocios, propietario de varios fundos, y presidente y director de empresas como el Banco Hipotecario, Banco

¹⁸⁰ Silva Castro, Raúl, “Bibliófilos y bibliómanos”. En *El Mercurio*, Santiago, 5 de febrero de 1950. Reproducido en *El Bibliófilo Chileno* n° 11, Santiago, 1971. p. 3.

¹⁸¹ Ávila, Martel, *Un bibliófilo y el destino de sus libros*, opúsculo, Santiago. Ediciones de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, 1976, p. 6.

¹⁸² Vega, Manuel, “En casa del bibliófilo perfecto”. En *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de enero de 1948. Reproducido en *El Bibliófilo Chileno* n° 10, Santiago, 1964. p. 135.

de Chile, Carbonífera de Lota, Paños Tomé, Tattersall, entre otras, además de varias compañías agrícolas y de seguros. Participó, además, en empresas de beneficencia como el Patronato Nacional de la Infancia y en la Sociedad de Instrucción Primaria, uno de cuyos principales impulsores fue su tío, Claudio Matte.

Aun con todas estas actividades pudo realizar un actividad bibliofílica importante y sistemática: "Decidió que todos los días a las siete de la tarde cortarí­a toda otra actividad para dedicarse a los libros. Su deseo fue el de llegar a ser el principal coleccionista en un ámbito posible y en el que sus afanes pudieran dar un fruto trascendente. Dejó de lado la ambición, no el gusto, de reunir series europeas de calidad y se hizo el propósito de ser bibliófilo chileno y se marcó un campo específico de afición y de estudio: lo chileno y dentro de ello, de manera primordial, los más antiguos impresos del país. Para su colección fijó un término en los del año 1849, con una preferencia - por los desafíos que presentaba su búsqueda - hacia los periódicos anteriores a esa fecha."¹⁸³

Cuando Domingo Edwards inició su colección se conocían unos tres mil de estos impresos, descritos por Medina, por Luis Montt y Ramón Briseño. El bibliófilo se dedicó a buscar éstos y también los que nos estaban descritos en los repertorios existentes. En más de cuarenta años de trabajo consiguió aumentar el inventario de dichos impresos en cerca de quinientas piezas.

Edwards era un bibliófilo con recursos, de modo que pudo adquirir una residencia vecina a la suya, de Almirante Barroso 6, en cuyo terreno un arquitecto amigo edificó un recinto especial para albergar la biblioteca. Ésta estaba decorada con diversos objetos de arte: "muebles, cuadros, medallas, marfiles, mármoles romanos, orfebrería indiana del reino de Chile, cada uno de los cuales decía algo de su espíritu".¹⁸⁴

Trabajaba hasta altas horas de la noche en sus libros y documentos. "Nunca quiso tener un bibliotecario, ni secretario ni ayudante, para el manejo de sus tesoros, todo lo hacía personalmente"¹⁸⁵. Como derivación de estos trabajos produjo conocimientos importantes en temas bibliográficos. Así por ejemplo, reunió datos precisos sobre las imprentas de Chile a principios del siglo XIX. Nunca accedió, sin embargo, a publicar estos trabajos, argumentando que sólo eran sus instrumentos de coleccionista.

Aunque admitía a pocos amigos en la intimidad de sus horas de estudio, compartía con bastante generosidad su biblioteca con investigadores y tesis. Entregó datos sobre piezas hasta entonces desconocidas para obras como las Fuentes bibliográficas para el estudio de la vida y la época de Bernardo O'Higgins, de José Zamudio; la Bibliografía eclesialística chilena, de la Universidad Católica, y el Archivo de O'Higgins.

Al morir, en 1964, la mayor parte de su biblioteca se dispersó en cinco remates. Sin embargo sus herederos quisieron preservar las secciones que eran fruto de su trabajo personal de investigador y donaron a la Universidad de Chile las series de: impresos

¹⁸³ Ávila Martel, Alamiro, op. cit. p. 11.

¹⁸⁴ Ibid. p. 13.

¹⁸⁵ Ibid. p. 13.

chilenos hasta 1849, Periódicos chilenos, hasta el mismo año, Música chilena impresa en el país o fuera de éste, y Amena literatura chilena, con subseries de narrativa, teatro y poesía.

5.1.- Las bibliotecas de Neruda.

A diferencia de Edwards Matte, Neruda fue, como el mismo se definió, “un bibliófilo pobre”, que no acotó sus afanes de coleccionista a un campo específico, sino que formó bibliotecas de temática universal, aun cuando en ellas se revelan sus preferencias tanto bibliófilas como literarias. Tampoco coleccionó libros con fines de investigación sistemática. “Yo no soy pensador, y estos libros reunidos son más reverenciales que investigadores” – dijo al donar su biblioteca a la Universidad.

En sus Memorias el poeta anotó: “Un bibliófilo pobre tiene infinitas ocasiones de sufrir. Los libros no se le escapan de las manos, sino que se le pasan por el aire, a vuelo de pájaro, a vuelo de precios”.¹⁸⁶ Sin embargo, gracias a “premios literarios contantes y sonantes” y a negociaciones - como la que sostuvo con el librero García Rico, en 1934, en Madrid que le vendió una magnífica edición de Góngora, de Foppens, su editor flamenco, del siglo XVII que costaba 100 pesetas, en mensualidades de 20 – consiguió adquirir una cantidad de libros valiosos.

Escribe Neruda: “Mi biblioteca pasó a ser considerable. Los antiguos libros de poesía relampagueaban en ella y mi inclinación a la historia natural la llenó de grandiosos libros de botánica iluminados a todo color; y libros de pájaros, de insectos o de peces. Encontré milagrosos libros de viajes; Quijotes increíbles, impresos por Ibarra; infolios de Dante con la maravillosa tipografía bodoniana; hasta algún Moliere hecho en poquísimos ejemplares, ad usum delphini, para el hijo del rey de Francia.”¹⁸⁷

El poeta formó dos magníficas bibliotecas. La primera, la regaló en 1954, al celebrar sus 50 años, a la Universidad de Chile. Más tarde siguió coleccionando libros, los que en el momento de su muerte se encontraban dispersos en sus casas de Santiago, Valparaíso e Isla Negra. Estos libros fueron reunidos en la casa museo La Chascona, donde actualmente forman la sección Biblioteca personal, de la Biblioteca de la Fundación Pablo Neruda.

Y en Confieso que he vivido, anotaba: “ Me place el libro, la densa materia del trabajo poético, el bosque de la literatura...”

Ese laborioso proceso de formación del conocimiento puede seguirse en los antiguos libros de historia natural, de exploraciones y viajes que hay en sus bibliotecas. Por otra parte, sus colecciones de clásicos de la literatura universal, en magníficas ediciones, dan cuenta de la construcción de “la densa materia” artística, literaria, poética.

¹⁸⁶ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido. p. 374.

¹⁸⁷ *Ibid.* P. 375.

Neruda tenía una afición casi sensual por la consistencia material del libro, por su belleza visual y por el arte tipográfico. De ahí su frase ya citada: “ he amado estos libros como objetos preciosos”.

Aplicó su conocimiento del arte de los grandes impresores europeos a sus propias obras. Sus relaciones con Mauricio Amster, el mejor diseñador de libros que hubo en Chile entre los años 40 y los 70, no siempre fueron armónicas. Chocaban dos voluntades fuertes: un hombre de oficio y artista del diseño, con un poeta conocedor del arte del libro. Hay anécdotas que indican que Neruda, sin embargo, le reconocía autoridad a Amster y terminaba acatando sus opiniones.

Neruda, además, fue un gran productor de joyas bibliofílicas, como la primera edición de Los versos del capitán, de la que se hicieron sólo 44 ejemplares nominativos; la magnífica primera edición que se hizo en México de Canto General; y la segunda y tercera ediciones de España en el Corazón. Himno a las glorias del pueblo en la guerra, 1936 - 1937, hechas en 1938, en el frente este, cuando el bando republicano empezaba a perder la guerra civil.

Algunas de las propias ediciones del poeta, evidencian su interés en recoger o reutilizar la tradición de la historia del libro y de la tipografía. Este interés se confirma si se examina la valiosa biblioteca que Neruda donó a la Universidad de Chile en 1953, donde hay ejemplares que son hitos de la historia del libro. Allí están los Triunfos y Canciones, de Petrarca, impreso en Venecia, en 1484. El texto está en italiano, y lleva abundantes comentarios de Monte Alano y Francisco Filelfo. Como incunable, sus capitulares en bermellón y su tipografía gótica, recuerdan el pasado cercano del libro manuscrito.

El 12 de julio de 1954, Neruda recordaba su visita a una fábrica, en Florencia, donde leyó sus poemas a los obreros. “Los leí con todo el pudor que un hombre del joven continente puede sentir hablando junto a la sagrada sombra que allí sobrevive – dijo Neruda -. Los obreros de la fábrica me hicieron después un presente. Lo guardo aún. Es una edición de Petrarca del año 1484.

“ La poesía había pasado con sus aguas, había cantado en esa fábrica y había convivido por siglos con los trabajadores. Aquel Petrarca, que siempre vi arrebujado bajo una caperuza de monje, era uno de aquellos sencillos italianos y aquel libro, que tomé en mis manos con adoración, tuvo un nuevo prestigio para mí, era sólo una herramienta divina en las manos del hombre”.¹⁸⁸

Junto a este incunable hay un exponente de la técnica inicial de producción del libro: la copia a mano. Es La Paulíada o vida exemplarísima de San Pablo, primer Ermitaño. Poema heroico que para instrucción de la juventud en el uso poético cantaba

¹⁸⁸ Neruda, Pablo, “Andando hace muchos años por el lago Ranco hacia adentro...”, Discurso en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, 12 de Julio de 1954. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T. IV, Nerudiana dispersa I, p. 951.

un ingenio europeo en este Reyno de la Nueva España. Este curioso ejemplar fue hecho en México, en 1642.

5.1.1.- Clásicos y modernos

Al estudiar esta primera biblioteca del poeta, el bibliófilo José Zamudio señalaba que “siendo Neruda un escritor, el material literario es, indudablemente el principal, no sólo por la cantidad sino también por el valor de las obras mismas... En segundo lugar está la sección de obras sobre ciencias naturales y, dentro de éstas, las que representan las aficiones coleccionistas de Neruda, que fueron los libros sobre los pájaros, peces, conchas y plantas ... Seguían otros temas como la geografía, libros de viajes, de historia y arte entre los cuales también se encuentra material valioso.”¹⁸⁹

En la segunda biblioteca del poeta, que se conserva en la Fundación que lleva su nombre, se mantiene el predominio de las obras literarias, disminuye la proporción de los de historia natural, y crece la de libros de exploraciones y viajes, y sobre todo de historia de Chile.

En las bibliotecas de Neruda hay magníficas ediciones de los autores clásicos franceses, Moliere, Racine, Corneille y Rabelais; ingleses, sobre todo Shakespeare; italianos, Tasso, Ariosto, Petrarca y Dante, y españoles, especialmente de Garcilaso, Quevedo, Cervantes, Lope, San Juan de la Cruz, Boscán, el conde de Villamediana y Góngora.

Uno de los lujos de lector que se daba Neruda era el de leer a los clásicos en ediciones también clásicas: “No me gusta leer a Quevedo sino en aquellas ediciones donde los sonetos se despliegan en línea de combate, como férreos navíos”¹⁹⁰

Algunos de estos libros son parte de su vida, de su “geografía personal”, como él mismo dijo. Así por ejemplo, en la biblioteca inicial del poeta están los libros que recuerdan su entrañable amistad con la mayor parte de los escritores españoles de la generación del 27. Hay ejemplares con autógrafos y dedicatorias de Rafael Alberti, Federico García Lorca, de Miguel Hernández, y de Vicente Aleixandre, entre otros.

Uno de los libros que tiene más presencia, especialmente en la segunda biblioteca de Neruda, es La Araucana, de la que se encuentran varias ediciones valiosas. De su autor, Neruda escribió: “ El inventor de Chile, don Alonso de Ercilla, iluminó con magníficos diamantes, no sólo un territorio desconocido. Dio también la luz a los hechos y a los hombres de nuestra Araucanía.”

De su estada en México, donde ejerció como cónsul general entre 1940 y 1943, el poeta trajo también una cantidad de libros valiosos, como Los Luisadas, de

¹⁸⁹ Zamudio, José, “La biblioteca de Pablo Neruda”. Documento inédito, mecanografiado que se conserva en la Colección Pablo Neruda del Archivo Central Andrés Bello, de la Universidad de Chile.

¹⁹⁰ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido. p. 374.

Camoens, impreso en Madrid en 1639, y que tiene una dedicatoria del poeta, ensayista y Ministro de Educación Mexicano José Vasconcelos, quien se lo obsequió.

Entre los poetas favoritos de Neruda ocupa un lugar de preferencia, desde sus tiempos de lector adolescente, Arthur Rimbaud, a quien citó en su discurso de recepción del Premio Nobel. Una noche de festejo llegó Paul Eluard y le regaló dos cartas en que Isabelle Rimbaud, desde un hospital de Marsella, cuenta a su madre la agonía de su hermano.

Apunta Neruda: “ Son el testimonio más desgarrador que se conoce, me decía Paul al regalarme estas cartas: fijate cómo se interrumpe al final. Llega a decir: ‘lo que Arthur quiere...’ y el fragmento que sigue no se ha encontrado nunca. Y eso fue Rimbaud. Nadie sabrá jamás lo que quería.”¹⁹¹

Esas cartas fueron publicadas con algunas variantes por Isabelle en su libro *Réliques*, y más tarde reproducidas con errores en la edición que hizo *La Pleiade* de las obras completas de Rimbaud.

También se conserva en la Universidad de Chile, un ejemplar de la primera edición de *Une saison en enfer*. Este libro fue impreso por la *Alliance Typographique* de Bruselas, en 1873, por orden del mismo Rimbaud. Se hicieron sólo 500 ejemplares. El autor nunca pagó el valor de la edición, y se dice que arrojó al fuego los pocos ejemplares que le entregaron. El resto de la edición se dio por perdida hasta 1914, cuando un abogado y bibliófilo belga, encontró unos pocos ejemplares.

Otro regalo de Eluard fue “una edición clandestina de Víctor Hugo, perseguido en su tiempo por un pequeño tirano” – dice Neruda. Se refiere al libro *Les Chatimants* (*Los castigos*) en que Hugo bautizó a aquel tirano como “Napoleón, el pequeño”.

Hay también una edición del *París* de Víctor Hugo, impreso en 1867, con una dedicatoria del autor a una persona que nos es desconocida. En la misma página está la dedicatoria de Eluard para Neruda.

De un valor singular son las pruebas de imprenta de *Los trabajadores del mar*, de Víctor Hugo, de 1866, con correcciones manuscritas de este autor que, entre los del siglo XIX en adelante, fue uno de los predilectos de Neruda, junto con *Withman*, *Maiakovski* y *Marcel Proust*.” En las dos bibliotecas de Neruda se encuentran diversas ediciones de *La búsqueda del tiempo perdido*.

En la segunda biblioteca se encuentran también magníficas ediciones de *Rousseau*, *Chateaubriand*, *Paul Verlaine*, *Rimbaud*, *Flaubert*, *Guy de Maupassant*, *Lord Byron*, *Walter Scott*, *Charles Dickens*, *Lewis Carroll* y las hermanas *Bronté*. Hay dos notables ediciones de las obras completas de *Edgar Allan Poe*, hechas en Nueva York, en 1895, y en Chicago, esta última de sólo 250 ejemplares numerados.

¹⁹¹ Neruda, Pablo, “El Rector ha tenido palabras magníficas...”. *Obras Completas de Pablo Neruda*. Edición de Hernán Loyola, T. IV. *Nerudiana dispersa I*, p.945 – 949.

Llama la atención la escasez de libros de teoría literaria y teoría y filosofía política en las bibliotecas del poeta. La primera carencia vendría a confirmar el testimonio que nos dio el escritor Jorge Edwards, en cuanto a que Neruda, en una ocasión, cuando se le preguntó qué le parecía el estudio de Amado Alonso sobre su poesía, declaró que a él no le gustaba leer libros sobre otros libros, ni aun cuando éstos se refirieran a sus propias obras. Es consistente también con el antiintelectualismo del poeta, al que ya nos hemos referido en otro capítulo.

En cuanto a autores clásicos de teoría y filosofía política marxista, en sus bibliotecas encontramos muy pocos títulos. De Marx, una edición de sus obras escogidas, en francés, de 1970, en dos volúmenes, y el tomo 8 de su correspondencia, publicado en 1934. De Lenin, *The three component parts of marxism*, 1969, y una edición de sus obras escogidas, de 1946. Hay además un libro sin autor, titulado *Lenin v Obrazech*, publicado en Praga, en 1950. De Gramsci hay un solo título, *Letteratura e vita nazionale*, 1950. Desde luego estos libros son muy escasos entre los cerca de nueve mil volúmenes de las dos bibliotecas. Más aún si se considera que Neruda fue jurado del Premio Stalin, viajaba con cierta frecuencia a la URSS, donde se hacía todo tipo de ediciones de Marx y Lenin, y que, además fue amigo de Wenceslao Roces, traductor de Marx al español. Testimonios de lecturas de estos autores casi no existen. Sólo encontramos dos citas de Marx. La primera es sólo una frase que afirma que el lenguaje es “la realidad del pensamiento” que se encuentra en un extenso artículo titulado “Las lámparas del Congreso”, publicado en “Aurora”, N° 3, Santiago, abril de 1955. La segunda es algo más extensa, se trata de un párrafo del Manifiesto comunista, que Neruda cita en el discurso de proclamación de su candidatura presidencial, en septiembre de 1969.

Esta segunda escasez indica que el comunismo de Neruda se nutrió de otras fuentes, que fueron, en primer lugar su experiencia directa de la guerra civil española; luego su práctica política concreta como organizador de instituciones antifascistas, como el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España, la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura, y el Comité de Ayuda a la Unión Soviética en Guerra. Otros nutrientes fueron su amistad con luchadores ejemplares por la causa de la emancipación, como Carlos Prestes, de Brasil; también sus visitas a la URSS y a los países de Europa del Este, y su percepción de las condiciones de vida de los pueblos en América Latina, principalmente en Chile y particularmente en las provincias del norte, por las que fue senador. Un nutriente adicional fue la lectura de la historia americana y la narrativa social del continente.

5.1.2.- El laberinto inacabable de la naturaleza

Como se ha dicho, Neruda reunió una importante colección de caracolas marinas, como un complemento estético de su biblioteca. Éstas, junto a antiguas historias naturales, y libros de ornitología, entomología y botánica, dan cuenta de su fascinación por las formas del mundo natural.

“ Estos libros zoológicos y botánicos me apasionaron desde siempre - escribió Neruda -. Continuaban mi infancia, me traían el mundo infinito, el laberinto inacabable de la naturaleza. Estos libros de exploración terrestre han sido mis favoritos y rara vez me duermo sin mirar las efigies de pájaros adorables de las islas o insectos deslumbrantes y complicados como relojes.”¹⁹²

Entre las grandes historias naturales que adquirió el poeta, destaca la de Ulises Aldrovandi (1522 – 1605), uno de los grandes naturalistas del Renacimiento, doctor en Medicina en la Universidad de Bolonia.

La obra de Aldrovandi, que empieza a publicarse en 1599, representa la transición entre la observación científica del mundo natural y la mirada precientífica, de los bestiarios fantásticos. Se ha hecho notar que Aldrovandi carecía de capacidad crítica y de rigor científico, lo que lo lleva a confundir la realidad con la fábula. Pero también se ha reconocido que su obra botánica es producto de un riguroso trabajo analítico.

De hecho Aldrovandi declaró que “ Conocer las especies, sus características particulares, sus propiedades y sus orígenes, por medio de la observación y de la experiencia, es el fin verdadero y excelso de la filosofía natural”. Afirmó que él mismo, fiel a esa declaración, no había “ descrito cosa alguna sin haberla tocado con su propia mano y sin haber estudiado su anatomía”, cosa que es discutible si se examinan las extrañísimas formas de las especies descritas e ilustradas en su obra.

Aún así, se reconoce a Aldrovandi como uno de los grandes naturalistas del Renacimiento. Llegó a comparárselo con Aristóteles por su elaborada organización del conocimiento del mundo natural. Fue precursor de los grandes naturalistas posteriores, como Buffón, Cuvier y el mismo Linneo. Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, lo cita como un punto de transición en la historia del conocimiento.

Aldrovandi fue el primer director del Jardín Botánico de Bolonia y colaboró con la fundación del Museo Público, aportando especies que él mismo había recolectado. Su obra pretendía comprender todo cuanto se sabía en la época acerca del mundo natural. Los tres primeros volúmenes, relativos a ornitología, se publican en 1599. El cuarto, sobre insectos, en 1602. Después de su muerte, sus discípulos siguieron trabajando con los manuscritos que dejó, para publicar bajo la autoría del sabio los dos tomos restantes.

La obra fue enriquecida con gran cantidad de ilustraciones, preparadas por varios artistas famosos, entre los que se cuenta a Lorenzo Benini, de Florencia, y a Christopher Coriolanus, de Nuremberg. Al recorrer las páginas de la obra de Aldrovandi, especialmente de su ornitología, no puede dejar de recordarse, algunas magníficas ediciones de la poesía de Neruda, como *Arte de pájaros*, que también fue ilustrada por grandes artistas chilenos contemporáneos.

¹⁹² Ibid., p. 945 –949.

Hay que recordar que el poeta en el discurso que hizo al donar su primera biblioteca, dijo:” se preguntarán alguna vez por qué hay tantos libros sobre los animales y las plantas. La contestación está en mi poesía”.

La Bolonia donde Aldrovandi nace, vive y muere, y donde sus colecciones permanecen - a pesar de que durante las guerras napoleónicas fueron trasladadas a París, y luego devueltas en mal estado - remite a otro gran naturalista que trabajó en esa ciudad: el abate Juan Ignacio Molina (1740 – 1829). El Saggio sulla storia naturale del regno del Chili, impreso en Bolonia en 1782, y el Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile, hecho en Madrid en la imprenta de Sancha, en dos tomos, 1788 – 1795, se encuentran también entre los libros del poeta.

Enrico Mario Santí, en su prólogo de Canto General califica al abate Molina como un “extraño precursor” de Neruda, que “reconstruyó en varias obras escritas, en un minucioso italiano, la lejana fauna y flora chilenas durante un largo y nostálgico exilio boloñés.”

5.1.3.- La imaginación enciclopédica

A propósito de Canto general, Emir Rodríguez Monegal ha hecho notar la aproximación entre Andrés Bello y Neruda, la que permitiría “comprender mejor la doble raíz de este Canto: el propósito deliberado y explícito de explorar la grandeza de América y preparar su destino futuro...”

En la biblioteca de Neruda que se conserva en la Universidad, está El Repertorio Americano, la revista editada en Londres por Bello, a partir de octubre de 1826. En el primer número de esta publicación aparecieron las Silvas Americanas de Bello, que son los fragmentos de un poema incompleto, América, que pretendía abarcar la realidad física y espiritual del continente, es decir, el mismo proyecto de Canto general.

Entre las crónicas americanas que se encuentran en las bibliotecas de Neruda están la Histórica Relación del Reyno de Chile, de Alonso Ovalle, Roma en 1646; la Historia General del Reyno de Chile, de Diego de Rosales, Valparaíso, 1877, y dos crónicas que dan la visión de los indígenas, que es la perspectiva que Neruda adopta en algunos poemas de Canto general. Éstas son los Comentarios Reales, del Inca Garcilaso de la Vega, impreso en Madrid, en 1723, y la Nueva Crónica y buen gobierno, de Huamán Poma.

Uno de los libros más curiosos que tuvo Neruda sobre el pasado americano es la segunda edición, “enmendada y añadida” del Origen de los Indios en el Nuevo Mundo e Indias Occidentales, averiguado con discurso y opiniones por Gregorio García, hecho en Madrid, en 1729.

En este libro, el autor se propuso recopilar las diversas opiniones que existían en su tiempo acerca de un tema que generó importantes discusiones: los orígenes de

la población de América. Gregorio García fue un dominico que vivió durante doce años en América, nueve de ellos en Perú y el resto en México. Fue doctrinero, lo que le permitió conocer las costumbres y las tradiciones indígenas. Consultó, además, crónicas históricas hoy perdidas.

5.1.4.- Héroes y viajes

La biblioteca de Neruda que se conserva en La Chascona es particularmente rica en Historia de Chile. Están allí la obras completas de Andrés Bello, de Barros Arana y de Vicuña Mackenna, así como el Archivo de O'Higgins, y la Historia Física y Política de Chile de Claudio Gay.

Entre los personajes de la historia nacional que interesaron más al poeta descuellan José Miguel Carrera y Lord Cochrane. Del primero hay una cantidad de valiosas proclamas y folletos impresos, como A los chilenos de su compatriota José Miguel Carrera, sin fecha; Carta del ciudadano José Miguel Carrera a un amigo de sus corresponsales en Chile; Un aviso a los pueblos de Chile, 1818. Hay también una publicación del Extracto de la causa criminal seguida contra los Carrera ante el Gobierno Intendencia de Mendoza por el atentado de conspiración contra las autoridades constituidas, acompañada de varias notas, documentos y reflexiones sobre la ejecución de los reos.

De Lord Cochrane hay una serie de libros como los Servicios navales que en libertar a Chile y al Perú de la dominación española rindió el conde de Dundonald, Londres, 1859; una versión del mismo libro publicado en Valparaíso en 1860, en la Imprenta y Librería del Mercurio, y un ejemplar de Autobiography of a seaman, las memorias de Lord Cochrane, con una dedicatoria autógrafa del mismo Dundonald. Algunos de estos libros tienen dedicatorias de Douglas Cochrane, bisnieto del almirante, que fue amigo del poeta y visitó su casa el 5 de septiembre de 1963 y más tarde en octubre de 1970.

En su libro La Barcarola, Neruda incluye un extenso poema titulado Lord Cochrane en Chile.

También en La Barcarola está el poema, que después se convertiría en obra teatral, Fulgor y muerte de Joaquín Murieta. Entre los libros sobre este tema que se conservan en la biblioteca de Neruda están: Life and adventures of the celebrated bandit Joaquín Murieta, de Ireneo Paz, traducido al inglés por F.P. Bell) Chicago, 1925; Los chilenos en San Francisco de California, de Roberto Hernández, Valparaíso, 1930, y Verdadera historia de Joaquín Murieta, el bandido chileno en California. México, 1955, sin autor.

Libros de viajes y de exploraciones, tratados de geografía, atlas, relatos de naufragios, de aventuras marinas y de piratas son otros de los temas que tienen una presencia importante en las bibliotecas de Neruda.

Entre los libros de aventuras en el mar, junto a las obras completas de Joseph Conrad, de Jack London y de Robert Louis Stevenson, se encuentran varias ediciones del siglo XIX, del Robinson Crusoe, de Daniel Defoe, , y un curioso libro, del mismo Defoe, *Serious reflections during the life and surprising adventures of Robinson Crusoe, with his vision on the angelic world*, publicado en Londres, en 1720.

Hay también dos libros sobre Alexander Selkirk y su paso por la isla de Juan Fernández, uno publicado en Londres, en 1800 y otro en Edimburgo, en 1829. Aquí están las fuentes del hermoso artículo *Me llamo Crusoe*, que Neruda escribió en la serie *Reflexiones desde Isla Negra*.

En la *Historia de Valparaíso*, de Benjamín Vicuña Mackenna, encontró un hecho que le interesó: la insurrección de un grupo de esclavos, que en el en el siglo XVI se apoderaron de un barco negrero en las costas de Chile. El cabecilla, Babo, terminó ahorcado en Concepción.

Este mismo hecho inspiró una de las obras maestras de Herman Melville, *Benito Cereno*. Neruda tenía la intención de contar la historia, pero desde el punto de vista de los esclavos. Leyó mucho sobre el tema. Consiguió, a través del Royal Institute of International Affairs, un libro escasísimo, el relato del viaje del capitán Amasa Délano, impreso en Boston, en 1817, y que relata en forma documental este suceso. El Instituto lo remató para él en Inglaterra, en 1963.

Pero como lo advierte su biógrafo, Volodia Teitelboim, Neruda creía que si hablaba de sus proyectos literarios éstos fracasarían, y rompió esta cábala, en julio de 1969, cuando en una entrevista en televisión, hizo mención de este proyecto.

En materia de Atlas, en la biblioteca de la Universidad de Chile se encuentra el *Amsterdam, Bij lustus Danckerts in de Calver Straet inde Dancbaerheijt*, una serie de 28 mapas, grabados en agua fuerte y coloreados a mano in folio. Según el profesor Stephan Löbel Raschkow, la fecha de esta edición sería de mediados del siglo XVII.

Los Danckerts fueron una familia de grabadores holandeses de los siglos XVI y XVII. Comprende a Cornelio, Pierre, Henri -Jean y Juste. Este último, quien hizo el Atlas, fue grabador a buril y editor de Amsterdam, donde trabajó hasta 1660. Es el quinto de la familia y pasó a ocupar un lugar importante en la historia de los grabadores holandeses.

Neruda no desdeñó la llamada “amena literatura”. Una de sus lecturas predilectas eran las novelas policiales, de las que tiene muchas, en ediciones baratas. Allí se encuentran los clásicos del género: Raymond Chandler, Dashiell Hammet, James Hadley Chase, John D. Macdonald y George Simenon.

También le gustaban el folletín, especialmente Eugenio Sué, autor de *Los misterios de París*, y *Los Misterios del pueblo*, de los que tiene hermosas ediciones del siglo XIX, y las novelas de aventuras de Julio Verne.

Como el mismo lo dice, Neruda fue un bibliófilo lector. Siente un placer adicional al de la lectura por sí misma, al leer a los clásicos en ediciones clásicas. Además lee libros escritos en idiomas que no conoce, principalmente latín y alemán, pero que tienen ilustraciones como componente importante. Esta lectura que hace de las imágenes de libros de viajes, antiguos atlas y libros de historia natural podrían ser un punto de transición entre el libro y la lectura que el poeta hace del mundo, que ya examinamos en otro capítulo.

Muchas de las lecturas del poeta bibliófilo, son usadas en sus obras o en proyectos literarios, principalmente en Canto general, su poema “Lord Cochrane de Chile”, su obra teatral Fulgor y muerte de Joaquín Murieta, y su proyecto Babo, el rebelde. Las bibliotecas de Neruda también tienen, en este sentido, un valor instrumental, asociado a la producción literaria.

5.2.- En las librerías del mundo

Neruda fue cliente asiduo de algunos libreros anticuarios. En diversos textos refiere sus aficiones bibliófilas: “Después me interné en la selva de las librerías, por los vericuetos suburbanos de las de segunda mano o por las naves catedralicias de las grandes librerías de Francia e Inglaterra”.¹⁹³

Durante su estada en México como Cónsul General de Chile, entre 1940 y 1943, frecuentaba la famosa librería de José Porrúa e hijos. Allí compró la Histórica Relación del Reino de Chile, de Alonso Ovalle, en su edición príncipe de 1646, y el Compendio... del Abate Molina, publicado por Sancha en 1788. Posteriormente seguía encargándole libros a Porrúa por correo.

Bernard Loliée, un librero anticuario de París, le hacía ofertas a Neruda. Se conserva una carta de él, de 1963, en que le ofrece las obras completas de Gerard de Nerval, en diez tomos, y un ejemplar de Poètes Maudites.¹⁹⁴

Adolfo Linardi, propietario de la Librería Anticuaría Americana de Montevideo, ha dejado un testimonio directo de los hábitos bibliófilos de Neruda. Linardi recuerda que una mañana, a fines de los 50 o principios de los 60, recibió la visita de Neruda, quien llegó en compañía de su amigo, el arquitecto Alberto Mántaras Rogé.

“Sus preferencias iban dirigidas a primeras ediciones de literatura en especial de los poetas – apunta Linardi -, Rubén Darío en primer término. Le interesaba mucho Julio Herrera y Reissig y los poetas modernistas en general ... Desde luego todo lo chileno le interesaba y quedó muy impresionado cuando encontró en nuestra librería toda una sección dedicada a Chile...”¹⁹⁵

¹⁹³ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido. p. 374.

¹⁹⁴ Archivo de correspondencia de la Fundación Pablo Neruda.

¹⁹⁵ Linardi, Alfonso, Pablo Neruda y la Librería Adolfo Linardi. Documento mecanografiado, inédito, sin folio, sin fecha.

Dentro de este interés por lo nacional, Linardi recuerda que destacaba un tema especial: todo lo referente a José Miguel Carrera, especialmente las proclamas salidas de la Imprenta Federal de William P. Griswold y John Sharp, como la llamaba Carrera, impresos raros porque se hacían en tiradas cortas y casi siempre en plena campaña.

Linardi recuerda luego que en septiembre de 1966 Neruda le envió cinco ejemplares de la primera edición de Canto general, que había dejado en depósito en México desde 1950, a cuenta de sus compras “que habían ido en aumento y con mucha regularidad”. “Desde luego la oferta me interesaba mucho” – escribe Linardi luego de recibirlos, cuando constató que en el lote venían tres ejemplares de la tirada especial, limitada a 50, en papel Chateau, y que los otros dos eran de otra tirada de 50, en papel Manila. Ambas ediciones con las firmas del autor y de los ilustradores, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros.

Linardi indica que Neruda no era “de los clientes que se sientan y esperan que uno les vaya mostrando lo que pueda interesarles. Recorría las estanterías y trepaba a las escaleras ante nuestra mirada atenta y temerosa. No tenía ninguna seguridad de que mis ya veteranas escaleras resistieran.”

5.3.- La suerte de las bibliotecas

El amor por los libros de Neruda se rebela, entre muchos otros testimonios, en éste de Margarita Aguirre: “Cuando Neruda regresó a Chile, en 1952, yo era su secretaria y juntos ordenamos la biblioteca de su casa en la avenida Lynch. Pablo miraba y remiraba, acariciaba y volvía a acariciar libro por libro, contándome dónde había comprado tal o cual, quién le regaló éste, o lo mucho que ese otro había significado en su vida. Los libros, que, como la casa habían quedado desde 1948 al cuidado de su hermana Laura, tenían ese peculiar desorden de las cosas abandonadas de la mano de su dueño. Hay que arreglar rápidamente para hacer sitio a los nuevos, me apremiaba Neruda con esa voluntad llena de deleite que suelen poner los niños cuando juegan.”¹⁹⁶

Neruda escribió un texto titulado “El olor del regreso”, que en una de sus partes dice: “La biblioteca me reserva un olor profundo de invierno y postrimerías. Es entre todas las cosas la que más se impregnó de ausencia.

“Este aroma de libros encerrados tiene algo mortal que se va derecho a las narices y a los vericuetos del alma porque es un olor a olvido, a recuerdo enterrado.

“ Junto a la vieja ventana, frente al cielo andino blanco y azul, por detrás de mí siento el aroma de la primavera que lucha con los libros. Éstos no quieren desprenderse del largo abandono, exhalan aún rachas de olvido (...)

¹⁹⁶ Aguirre, Margarita, Genio y figura de Pablo Neruda, Buenos Aires. Ed. Eudeba, , 1997,p. 87.

“Los libros se han dispersado locamente en mi ausencia. No es que falten sino que se han cambiado de sitio. Junto a un tomo austero de Bacon, vieja edición del siglo XVII, encuentro La capitana del Yucatán, de Salgari, y no se han llevado mal, a pesar de todo. En cambio, un Byron suelto, al levantarlo, deja caer su tapa como un ala oscura de albatros. Vuelvo a coser con trabajo lomo y tapa, no sin antes recibir en los ojos una bocanada fría de romanticismo.”¹⁹⁷

No era ésta la primera vez que el poeta se separaba de sus libros. Las bibliotecas de Neruda tuvieron una suerte precaria. A fines de 1936 el poeta había abandonado Madrid ya arrasado por lo bombardeos. Vuelve a la capital española en 1937 para participar en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Relata Neruda: “Mientras los visitantes recibían la bienvenida y alojamiento, yo quise ver de nuevo mi casa que había dejado intacta hacía cerca de un año. Mis libros y mis cosas, todo había quedado en ella”.

Miguel Hernández había conseguido un vagón para cargar algunos de los libros y objetos que más le interesaba recuperar a Neruda. Cuenta el poeta: “Subimos al quinto piso y abrimos con cierta emoción la puerta del departamento. La metralla había derribado ventanas y trozos de pared. Los libros se habían derrumbado de las estanterías. Era imposible orientarse entre los escombros.”¹⁹⁸

Finalmente optó por no llevarse nada.

Al parecer, años más tarde intentó recuperar la biblioteca. Hay copia de una carta que la secretaria que tenía Neruda en México, cuando éste era cónsul, envía al gerente de la Editorial Espasa Calpe, el 15 de junio de 1943. En ella dice que “el Sr. Neruda” le encarga comunicarle que no desea seguir manteniendo contacto con esa editorial mientras no se resuelva el asunto de los libros “que le han sido robados conjuntamente con toda su biblioteca por las autoridades franco falangistas. De modo que, mientras su biblioteca no le sea devuelta, no quiere volver a tratar este asunto.”¹⁹⁹

No hemos podido determinar cuándo Neruda recuperó su biblioteca o parte de ella. En todo caso esto ocurre con posterioridad a esta carta y antes de 1949, ya que dicha biblioteca es la misma que Neruda debió abandonar al salir al exilio y con la que se reencuentra en 1952. También es la misma o parte de la misma que decidió donar a la Universidad de Chile, al celebrar su cumpleaños 50, en 1954. Pero la donación también fue azarosa.

“Tanto corría yo por los mundos que creció desmedidamente mi biblioteca y rebasó las condiciones de una biblioteca privada – escribió Neruda en sus Memorias-. Un día cualquiera regalé la gran colección de caracoles que tardé veinte años en juntar y aquellos cinco mil volúmenes escogidos por mí con el más grande amor en todos los países. Se los regalé a la universidad de mi patria...”

¹⁹⁷ Neruda, Pablo, “El olor del regreso”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T IV, Nerudiana dispersa I, p. 852.

¹⁹⁸ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido. p. 185 – 186.

¹⁹⁹ Archivo de correspondencia de la Fundación Pablo Neruda.

En ese tiempo todavía estaba vigente la ley de defensa de la democracia, y la donación no fue bien vista por algunos sectores. Agrega Neruda: “Un crítico oficial escribió artículos furiosos. Protestaba con vehemencia contra mi gesto. Cuándo se podrá atajar al comunismo internacional? proclamaba. Otro señor hizo en el parlamento un discurso encendido contra la universidad por haber aceptado mis maravillosos cunables e incunables; amenazó con cortar al instituto nacional los subsidios que recibe (...) El rector de la universidad iba y venía por los pasillos del congreso, desencajado.”²⁰⁰

En mayo de 1969 Neruda escribía: “Hace quince años de aquella fecha. Nadie las ha visto más. Ni libros ni caracoles parecen existir, como si se hubieran vuelto a las librerías o al océano. Hace años, cuando pregunté por mi donación, me dijeron: “Por ahí está, en unos cajones”.”²⁰¹

Las colecciones, sin embargo, fueron rescatadas de los cajones y se instalaron en una sala especialmente acondicionada y alhajada para este fin, en el último piso de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile.

La segunda biblioteca también sufrió daño. Algunos libros corrieron la misma suerte de las casas del poeta en Valparaíso y Santiago, que fueron saqueadas en septiembre de 1973. Por otra parte, Neruda había adquirido libros, caracolas y obras de artes valiosísimos en Europa, durante su gestión como embajador. Todas esas piezas venían por mar, en contenedores y llegaron a Valparaíso después de la muerte del poeta.

Matilde Urrutia, cuenta en sus memorias que cuando llegaron sus contenedores, fueron sacados de la aduana y llevados hasta un recinto militar, porque, “según ellos, habíamos traído armas”.

Finalmente, después de varias semanas, Matilde recibió el aviso de que podía desaduanar el envío: “Tenía que callar y recibir lo que quisieran entregarme – apunta Matilde -. Sería largo enumerar todo lo que me robaron. Lo más doloroso fue el saqueo de los libros, me dejaron muchas colecciones incompletas. Los libros más valiosos se perdieron”.²⁰²

Afortunadamente se salvaron algunas piezas importantes. Con estos libros, más los que estaban en las tres casas, se ha formado la Colección Personal del poeta, que es una de las secciones de la Biblioteca de la Fundación Pablo Neruda.

En octubre de 1989 aparecieron expuestos en Madrid cerca de dos mil libros que habían pertenecido a Neruda. La muestra se usó para inaugurar la librería

²⁰⁰ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido..p. 376 – 377.

²⁰¹ Neruda, Pablo, “Libros y caracoles”. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T V, Nerudiana dispersa II, p.225.

²⁰² Urrutia, Matilde, Mi vida junto a Pablo. Barcelona. Ed. Seix Barral, segunda edición, 1997. p. 205 – 206.

Meissner. Los libros habían sido comprados por el magnate hispano argentino, nacido en Tánger Jacques Hauchel, a los librerías Auvermann und Reiss, de Frankfurt. Se presume que estos libros proceden de los contenedores, y serían los que nunca recibió Matilde Urrutia.

Lo que sucedió con las bibliotecas de Neruda indica que, a pesar del valor social que se le otorgó al libro en Chile en el siglo XX, importantes colecciones estuvieron expuestas a destrucciones y disoluciones. Las privadas por ventas y remates, las públicas, por diversos motivos. En 1928 la valiosísima Biblioteca Central de la Universidad de Chile, formada por colecciones procedentes de la antigua biblioteca del Instituto Nacional y por la Colección Americana de Gregorio Beeché, entre otras, fue puesta en la calle por el Ministro de Educación Pablo Ramírez, quien ordenó desalojar el local con la intención de construir una piscina escolar, que nunca llegó a concretarse. Pero en el desalojo muchos libros se dispersaron o se perdieron.

6.- EL “INVENTARIO POÉTICO” DE PABLO NERUDA

Neruda sintió particular predilección por las obras de recopilación, taxonomía y descripción de especies, paisajes y de libros y documentos. Usó como referencia para su creación poética, una cantidad de libros principalmente de historia y de ciencias naturales. Ésta es una singular forma de transfiguración del dato y el documento en poesía, y a la vez de continuidad poética de la recolección de datos, que para Subercaseaux formó parte de la gran tarea que se impuso el espíritu positivista: “el inventario de la realidad histórico, cultural, mineral, animal y vegetal del país”.²⁰³

Uno de los proyectos de Neruda fue el inventario poético de Chile, que se encuentra en obras como Canto general de Chile, Piedras de Chile, Arte de pájaros, y Maremoto; luego de América, principalmente en Canto general, y finalmente del mundo, en sus cuatro libros de Odas.

Recordemos que el poeta, en su ya citado discurso “A la paz por la poesía” dijo: “Nuestras plantas, nuestras flores deben por primera vez ser contadas y cantadas. Nuestros volcanes y nuestros ríos se quedaron en los secos espacios de los textos. Que su fuego y su fertilidad sean entregados al mundo por nuestros poetas. Somos los cronistas de un nacimiento retardado...” El mismo Neruda recordaba en 1964: “ Otra vez volvió a mí la tentación muy antigua de escribir un nuevo y extenso poema ... Hablo de las Odas elementales. Estas Odas, por una provocación exterior, se transformaron otra vez en ese elemento que yo ambicioné siempre: el de un poema de extensión y totalidad ... Así logré publicar una larga historia de ese tiempo, de las cosas, de los oficios, de las gentes, de las frutas, de las flores, de la vida, de mi visión, de la lucha, en fin, de todo lo que podía englobar de nuevo en un vasto impulso cíclico de mi creación.”²⁰⁴

Como lo indica Saúl Yurkievich, Canto general es una empresa no menos totalizadora y omnicomprendiva que las odas, aunque cargada de una intención profética: “Después de esta obra magna, de asumir el papel de memorialista de un continente, de portavoz, orientador y profeta de sus pueblos, Neruda necesita descender del estilo alto, poner el pie en tierra, cambiar de posición, de enfoque, de registro y de forma, instalarse serenamente, no como vate sino como artesano del verso, como común congénere, en una enunciación más estable y más sencilla. Por eso adopta la oda como sostén, como sostenido módulo, como asiduo paradero para intentar una suerte de inventario poético del mundo.”²⁰⁵

²⁰³ Subercaseaux, Bernardo, Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo). p. 89.

²⁰⁴ Neruda, Pablo, “Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos”, palabras pronunciadas en la Biblioteca Nacional, el 7 de agosto de 1964, al inaugurar un seminario de estudios sobre su obra, realizado en homenaje a sus 60 años. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. IV, Nerudiana dispersa II, p. 1206.

²⁰⁵ Yurkievich, Saúl, “Escalas de madurez”, prólogo. En: Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T II, p.19.

El proyecto poético totalizante, el inventario poético, requirieron, al parecer, tanto de la experiencia directa como de los libros. Hay cierta correspondencia entre el poetizar la compleja diversidad del mundo, y las enciclopedias y bibliotecas, que de alguna manera contienen parte de esa compleja diversidad.

Canto general es una singular obra poética enciclopédica. Para escribirla, Neruda debió recurrir a diversos libros sobre la historia, geografía, la naturaleza y cultura del continente. El mismo poeta reconoce este origen libresco de su obra. En sus Memorias dice: “ Me pareció encontrar una veta enterrada, no bajo las rocas subterráneas, sino bajo las hojas de los libros”.

Enrico Mario Santí ha hecho una revisión de estas fuentes. En la primera biblioteca del poeta²⁰⁶ está la Historia General de Chile, en 5 tomos, de Diego Barros Arana (Rafael Jover editor, Santiago, 1884 – 1907). Comenta Santí que no se puede descontar “este significativo título” como el de posible fuente de inspiración para Canto general.²⁰⁷

Santí hace notar también que el enciclopedismo científico es el común denominador entre Bello y el Neruda de Canto general: “la imaginación enciclopédica que comparten Bello y Neruda tienen un importante antecedente: las crónicas de Indias que a partir del siglo XVI daban ‘noticias’ al Viejo Mundo de la naturaleza del Nuevo, y que a su vez ...tuvieron un impacto enorme en la concepción científica del mundo y en la supuesta unidad del universo natural”.²⁰⁸

Luego de cotejar muchos de los poemas de Canto general, especialmente los de corte histórico de las secciones II a IV, con los contenidos del Compendio de Historia de América, de Barros Arana, Santí ratifica que éste fue el texto base que usó Neruda para sus versiones poéticas de la historia del continente. Advierte, sin embargo, que el libro no sólo se refiere a la historia política, sino que a ésta “habría que añadir la multitud de fuentes de historia natural (ornitología, geografía, geología, libros de viaje, entre otros) que el poeta manejó a lo largo de muchos años y que también utilizó en la redacción del libro.” Agrega que “Como buena enciclopedia americana, Canto general se complace en reunir – al igual que lo hiciera el Repertorio americano de Bello – descripciones de ríos y pájaros, volcanes y conchas, además de dictadores y héroes sindicalistas.”²⁰⁹

Al relatar el proceso de escritura de Canto general en la clandestinidad, Neruda da especial importancia al conseguir los libros que necesitaba para hacerlo: “ Muchas cosas curiosas pasaron con este libro. Fue algo nuevo para mí llegar a escribir poesía seis, siete y ocho horas seguidas. En medio del camino me faltaron libros. A medida

²⁰⁶ Esta primera biblioteca es la que comienza a formar desde su viaje a Oriente, entre 1927 y 1933 hasta 1954, cuando la dona a la Universidad de Chile.

²⁰⁷ Santí, Enrico Mario, “Introducción”. En: Neruda, Pablo, Canto General, edición a cargo de Enrico Mario Santí. Madrid. Ed. Cátedra, Letras Hispánicas, 1990. p. 66.

²⁰⁸ Ibid.

²⁰⁹ Ibid. p 70.

que profundizaba en la historia americana me hacían falta fuentes informativas. Es curioso cómo siempre aparecieron como por milagro las que yo necesitaba. En una casa hospitalaria y un poco campesina en que estuve, encontré dentro de un viejo armario una Enciclopedia Hispanoamericana. Siempre he detestado estos libros que se venden a plazo. No me gusta ver esos lomos encuadernados para bufetes. Esta vez el hallazgo fue un tesoro. Cuántas cosas que no sabía, nombres de ciudades, hechos históricos, plantas, volcanes, ríos!

“En una casa de gente de mar en que debí permanecer cerca de dos meses, pregunté si tenían algún libro. Tenían uno solo y éste era el Compendio de la historia de América de Barros Arana. Justo lo que necesitaba.”²¹⁰

Más adelante dijo: “Antes de dejar atrás el Canto general no quiero olvidar otro libro de consulta, uno de los que más me sirvieron: es el libro *Las aves de Chile*, de los señores J.D. Goodall, A. W. Jonson, Dr. R.A. Philippi., publicado sólo el año 1951. Conozco pocos libros tan hermosos sobre un país como éste. Desde entonces me acompaña por todas partes. Es uno de mis libros de cabecera y una obra que, aparte de su aporte científico, es una fecunda, prolija y activa acción de amor”.²¹¹

La fecha de edición de este libro que da el poeta, 1951 es la de la segunda parte de esta obra. La primera fue publicada en 1946, por eso sirvió, como el mismo Neruda lo indica, para la escritura de *Canto general* cuya primera edición es de 1950. En esa misma obra, Neruda escribió:

“Cuando salí de ti perseguido, erizado / de barbas y de pobreza, sin ropa, sin papel / para escribir las letras que son mi vida, sin / nada más que un pequeño saco, traje dos libros / y una sección de espino recién cortada al árbol. / (Los libros: una Geografía / y el libro de las Aves de Chile) / Toda la noche leo tu descripción, tus ríos: / ellos guían mi sueño, mi exilio, mi frontera...”²¹²

El primer tomo de *Las aves de Chile*. Su conocimiento y sus costumbres, de Philippi, Goodall y Johnson, fue impreso en Buenos Aires, como se ha dicho, en 1946. El segundo le fue regalado más tarde al poeta por Humberto Fuenzalida Grandón. Ambos se conservan encuadernados en un solo tomo.²¹³

Hay otro texto donde Neruda cuenta sus hallazgos bibliográficos en la clandestinidad: “En aquellos años antes de 1950 andaba yo perseguido, transmigrante

²¹⁰ Neruda, Pablo, “Algo sobre mi poesía y mi vida”. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. IV Nerudiana dispersa I, p. 934.

²¹¹ Ibid. p. 938.

²¹² Neruda, Pablo, *Canto general*, sección XIII, “Coral de año nuevo para la patria en tinieblas”, “Saludo (1949). Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T I. p. 748 – 749.

²¹³ Otros libros sobre aves chilenas en las bibliotecas de Neruda son: Housse, Rafael, *Las aves de Chile en su clasificación moderna. Su vida y costumbres*. Santiago. Ediciones de la Universidad de Chile, 1945, y Philippi, Rodolfo Amando, *Figuras y descripciones de aves chilenas*, en Anales del Museo Nacional de Chile, Santiago, 1902.

de casa en casa, de misterio en misterio. Se sabe que muchísimos patriotas me ampararon. En cada sitio yo hurgaba en los papeles, los libros, inexistentes en algunas partes, abundantes en otras. En casa de mi benefactor de turno, mi amigo don Julio Vega, me encontré con un viejo boletín de Historia y Geografía, descabalgado y amarillento por la edad. Abrí las páginas para no leerlas, tanto tedio parecían exhalar. De repente saltó del tiempo amarillo un relato que me atravesó el corazón como una lanza. Eran las páginas en que el coronel Pueyrredón, ya anciano, recordaba su vida militar y su encuentro con el general chileno José Miguel Carrera, de quien fue prisionero”²¹⁴

Y otro hallazgo: “Una de las tantas veces que debí esconderme durante el gobierno de Gabriel González Videla, en casa de uno de mis amigos, encontré por casualidad, en un ejemplar antiguo de la revista National Geographic Magazine, la reproducción de un afiche que anunciaba la exhibición, en una feria, ¡por 25 centavos de dólar! – de la cabeza de Joaquín Murieta”.²¹⁵

Como se ve, Neruda se empeña en mostrar como providenciales estos encuentros entre él y los libros, y esto también forma parte de su autorrepresentación como lector.

²¹⁴ Neruda, Pablo, “El coronel Pueyrredón y la sombra que pasa”, en J.M.C. el húsar desdichado, libro que contiene la memoria de Manuel A. Pueyrredón, poesía y canciones que tratan de la vida y la muerte de don José Miguel Carrera. Buenos Aires. Ediciones de la Flor Alta, Buenos Aires, 1972.

²¹⁵ Declaraciones hechas por Pablo Neruda al diario El Siglo, en octubre de 1967. Información gentileza del profesor Sergio Pereira. En los Archivos de la Fundación Pablo Neruda se encuentra efectivamente una fotocopia de la página del National Geographic Magazine, de enero de 1942, donde aparece aquel afiche.

7.- COMPORTAMIENTOS DE NERUDA COMO LECTOR

Paul Ricoeur comenta: "...la retórica de la ficción pone en escena a un autor implicado que mediante una operación de seducción, intenta hacer al lector idéntico a él mismo. Pero cuando el lector, descubriendo su lugar prescrito por el texto, se siente no ya seducido, sino aterrorizado, le queda como único recurso distanciarse del texto y tomar conciencia, del modo más claro posible, de la desviación entre las expectativas que el texto desarrolla y las suyas propias, como individuo condenado a la cotidianidad y como miembro del público culto, formado por toda una tradición de lecturas."²¹⁶

Como hemos visto al exponer el marco teórico, el lector puede comportarse como "no digno de confianza" y hacer un uso "libre, aberrante, intencionado y malicioso de los textos."²¹⁷

Neruda podría ser un lector "no digno de confianza", en cuanto en el caso de ciertas novelas policiales hace un uso "malicioso" del texto. En una extensa entrevista que le hizo Rita Guibert en Isla Negra, en enero de 1970, al hablar sobre su predilección por la lectura de novelas policiales, el poeta se refirió a James Hadley Chase –al que comparó con Faulkner -, a Dashiell Hammet y a John Mc Donald. Dijo Neruda: "Casi todos los novelistas norteamericanos de esta escuela policial son tal vez los más severos críticos del desmoronamiento de la sociedad norteamericana en la época del capitalismo. No hay denuncia más fuerte que la de la novela policial – la de la verdadera gran novela policial – de estos últimos tiempos sobre el ajetreo y la corrupción de políticos y policías, la influencia del dinero en las grandes ciudades, la corrupción que asoma por todas partes en el sistema norteamericano, '*in the American Way of Life*'. Es posiblemente el testimonio más dramático de una época y quizás la acusación menos permanente, dado que los libros policiales no son tomados en cuenta por la crítica literaria. Pero, aunque transitoria, no deja de ser una denuncia profunda de una época de decadencia del imperio norteamericano."²¹⁸

Poco antes de hacer estas declaraciones, en la misma entrevista Neruda ha hablado de su admiración por la novela de Eric Ambler, *A Coffin for Dimitrios* de la que alaba "la perfección fundamental, la intriga extraordinaria y el ámbito misterioso".²¹⁹

²¹⁶ Ricoeur, Paul, op. cit. p.898 - 899.

²¹⁷ Eco, Humberto, op. cit. p. 86.

²¹⁸ Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. V, Nerudiana dispersa II 1923 – 1973. p. 1157 – 1158.

²¹⁹ Debe tratarse de un *lapsus* de Neruda al contestar a la entrevistadora. El verdadero nombre de la novela es *The mask of Dimitrios*. En la biblioteca personal del poeta hay dos versiones de esta novela, un en

Hasta aquí Neruda procede como un lector “digno de confianza” o como el “lector implicado” que se entrega al juego de la intriga que le propone el autor. Luego, como hemos visto, Neruda se desvía de esta lectura de novela policial como relato de intriga y suspenso, a otra lectura de las novelas policiales como críticas a la sociedad capitalista norteamericana y anunciadoras de su desmoronamiento. Desde luego en esta lectura podría haber cierta malicia, en el sentido criollo del término, en cuanto a que Neruda busca y encuentra en la novela negra la confirmación de su visión política. Podría existir una voluntad de ejecutar cierta torsión en la lectura, torsión orientada en un sentido predeterminado. Lo importante es que el texto admite este uso, y esto porque – como lo hizo notar en una entrevista Ricardo Piglia, muchos de sus autores, como Dash Hammeth, Raymond Chandler y Horace Mac Coy, eran de izquierda y algunos hasta militantes comunistas, que buscaban “una forma de hacer literatura social, denunciando la corrupción del poder, del gran dinero, las relaciones y complicidades del mundo político con el de los negocios, y ese tipo de dinámicas de lo social”.²²⁰

De modo que la lectura de Neruda podría estar redescubriendo la intención de esos autores, algunos de los cuales en plena época del macartismo deslizan una crítica a la sociedad capitalista encubierta en la forma de la novela negra.

Pero también es posible que Neruda haya practicado un tipo de lectura que trata de relacionar el texto con alguna circunstancia histórica o social significativa.

Veamos otros ejemplos.

En marzo de 1939 Neruda hace un disertación, en una radio de Montevideo, sobre uno de sus autores predilectos, Francisco Quevedo. El poeta está de paso por la capital uruguaya, apelando a la solidaridad continental y reuniendo fondos para traer a Chile a los refugiados de la República española, hacinados en los campos de concentración en Francia. Sus palabras se centran en el soneto de Quevedo “Amor constante más allá de la muerte”, que en la tradición de la lírica siempre se ha considerado como un poema amoroso y se incluye frecuentemente en las antologías de la poesía de amor. Sin embargo, Neruda hace una lectura política, convirtiendo “el cuerpo quevedesco” en el cuerpo sufriente de España: “... que grande cuerpo físico, traspasado de dardos, cuerpo quevedesco, invencible de España popular y tiernísima, que grande es tu corona de espinas y tu resistencia de celestial presencia dura:

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrá sentido;
polvo será, más polvo enamorado.”²²¹

inglés (Ed. Fontana Collins, Londres, 1971) y otra en español: La máscara de Dimitrios, Ed. Aymá, Barcelona, 1967.

²²⁰ Ricardo Piglia. “Sin mundos imaginarios la vida sería más desdichada”, entrevista de Darío Oses. En: Cuadernos, Fundación Pablo Neruda, N° 58, 2006,p.35.

²²¹ Neruda, Pablo, “Quevedo adentro (1939). Obras Completas de Pablo Neruda , Edición de Hernán Loyola. T IV, Nerudiana dispersa I. p. 450.

Y más adelante, Neruda escribe: "... más allá de la derrota y del desierto humano desecho por la metralla, más allá de los campos de concentración, donde los españoles expulsados de su patria por forasteros sanguinarios serán

“serán ceniza, más tendrá sentido;

“serán ceniza, serán materia esparcida por la crueldad y la cobardía del mundo, más tendrá sentido, más tendrá significado, tendrá combate, tendrá regreso,

“polvo será, más polvo enamorado.”²²²

Posteriormente Neruda expandió este texto. Fue entre mayo y junio de 1941, cuando, suspendido temporalmente de su cargo diplomático en México por haber dado visa a David Alfaro Siqueiros, Neruda viajó a Cuba y Guatemala. Una de las conferencias que dio en estos países, fue “Viaje al corazón de Quevedo”, donde desarrolla este desplazamiento de la persistencia del amor después de la muerte, al de la empeñada esperanza después de la derrota, o la suprema rebeldía, “la más altanera insurrección”, como la llama Neruda, aquella de la vida contra la muerte:

“porque fértil es la vida, imperecedera la poesía, inevitable la justicia y porque la tierra de España no es sólo tierra sino pueblo, yo os digo a través de aquellas bocas que continúan cantando:

“su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, más tendrá sentido;
polvo será, más polvo enamorado.”²²³

Desde luego hay un tono de exaltación. Más que un lector “sospechoso” o uno “no digno de confianza”, lo que hay aquí es un lector ardiente, cuya lectura está traspasada por una visión del mundo y de la historia, que no ha sido adquirida en otras lecturas, sino en el contacto directo con los hechos, con la realidad y con la quemante historia del tiempo de las luchas en contra del fascismo. Parte de esa cosmovisión, que se refleja a cada paso en esta lectura de Quevedo, es la confianza en que la historia tiene un “sentido”, por lo tanto cada una de sus etapas o estaciones tienen un significado dentro de aquel sentido, significado discernible que se traduce en la victoria final de la “inevitable justicia”. Estas certezas se irían drenando y hasta desvaneciendo a partir de 1956.

La traducción es una de las formas más profundas de lectura, y Neruda tradujo, entre otros autores a Shakespeare, particularmente Romeo y Julieta.

En la entrevista con Rita Guibert ya mencionada el poeta dijo: “Yo tengo el valor de haber hecho una traducción de Shakespeare humanizada, en la que respeto totalmente el sentido de Shakespeare. Es tal la corriente de humanidad que pasa por

²²² Ibid. p. 451.

²²³ Neruda, Pablo, “Viaje al corazón de Quevedo”. Obras Completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T IV, Nerudiana dispersa I. p. 469.

esta versión mía que durante los centenares de representaciones que se hicieron, no quedaba nadie en el teatro sin conmoverse o llorar.”²²⁴

Esta traducción se hizo para la puesta en escena de *Romeo y Julieta*, dirigida por Eugenio Guzmán, con que el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, ITUCH conmemoró el cuarto centenario del natalicio de Shakespeare, que coincidió con el cumpleaños 60 de Neruda.

En un texto de homenaje a los cuatrocientos años de Shakespeare, Neruda anotó: “Traduciendo con placer y con honradez la tragedia de los amantes desdichados, me encontré con un nuevo hallazgo.

“Comprendí que detrás de la trama del amor infinito y de la muerte sobrecogedora, había otro drama, había otro asunto, otro tema principal.

“*Romeo y Julieta* es un gran alegato por la paz...”²²⁵

Me parece que aquí Neruda se comporta no como un lector “no digno de confianza”, sino sólo como un lector “sospechoso”. No muestra una voluntad de orientar la lectura, sino sólo de explorar otras lecturas posibles de Shakespeare, a quien él mismo llama “el más vasto de los seres humanos” declarando luego que “siempre tendremos tiempo y espacio para explorarlo y extraviarnos en él...”²²⁶ Esta vastedad del personaje y autor legitimaría la opción de “explorarlo y extraviarnos en él.”

Sin este antecedente podría pensarse que Neruda vuelve a comportarse como un lector “no digno de confianza” cuando en 1973 revisa su versión de *Romeo y Julieta*, con la intención de reestrenarla. Como parte de esta revisión agrega como apéndice el poema “Soy servil servidor de don Guillermo”, en el que enfatiza el descubrimiento que había hecho seis años antes, en cuanto a que esta tragedia, más allá de su drama amoroso es un alegato por la paz, proponiendo una lectura, que conecta el drama shakespereano con la situación de polarización política y de enfrentamiento en que vivía Chile en ese tiempo. En una de las estrofas dice:

“Siguen viviendo armados Capuletos,/ los Montescos aguardan en la esquina,/ acecha con guadaña el esqueleto:/ la guerra y la violencia se desatan/ hasta en la paz/ silvestre y campesina,/ los iracundos se odian y se matan.”

Y concluía:

“Y ahora perdón que sobre estos dolores,/ sobre este crimen y sobre estos amores/ agregue yo mi voz que sólo advierte/ lo principal de esta enseñanza pura:/ no

²²⁴ Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. V, Nerudiana dispersa II. P. 1143 – 1144.

²²⁵ Neruda, Pablo, “Inaugurando el año de Shakespeare”. Obras Completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T IV. Nerudiana dispersa I. p. 1200.

²²⁶ Ibid.

trabajemos para que la muerte/ calle el amor, detenga la hermosura,/ ni la explosión del odio y sus excesos/ nos lleve a la desdicha sin regreso”.²²⁷

Desafortunadamente el reestreno no alcanzó a realizarse y se cumplió el vaticinio de Neruda: la explosión del odio y sus excesos nos llevaron a la desdicha sin regreso.

Sí procede Neruda con deliberada malicia, cuando invoca a Whitman, Quevedo y Ercilla, en Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena:

Es por acción de amor a mi país/ que te reclamo, hermano necesario,/ viejo Walt Whitman de la mano gris,/ para que con tu apoyo extraordinario/ verso a verso matemos de raíz/ a Nixon, presidente sanguinario.²²⁸

Más adelante el poeta lee a Quevedo junto al mar. Entre estas “dos graves desmesuras”, es decir entre Quevedo y el mar, Neruda establece que su amargura es que Chile sea golpeado por los mismos que han invadido Viet Nam e intentado invadir Cuba. Finalmente invoca a Ercilla e invita a la lectura de la célebre estrofa: “Chile fértil provincia señalada ...” desde la situación que vive entonces el país, que es la del gobierno del Presidente Allende. Termina usando cada uno de los versos de esta estrofa como pie forzado, a la manera de la poesía popular, para hacer un poema en el que recalca la vigencia que los versos de Ercilla tenían en ese momento.

Neruda no adquiere en la lectura su visión política antifascista, pacifista antiimperialista, y afín con los grandes movimientos emancipadores del siglo XX. Lo decisivo fue su condición de testigo de la historia, el hecho de presenciar la destrucción de la España que tanto había amado, la inmolación de amigos entrañables, como García Lorca y Miguel Hernández, el “Venid a ver la sangre por las calles!”

Sin embargo, como puede apreciarse en este capítulo, Neruda lee o relea a autores clásicos, desde esa visión que sitúa la paz universal y la emancipación de los pueblos como valores cardinales. Y esta relectura, desde luego es una forma de construir un sentido desde circunstancias contemporánea al lector, en este caso Neruda, un sentido distinto del original o del que construyeron las lecturas contemporáneas a la producción de los textos, pero sin cambiar un punto ni una coma de éstos.

En este punto es pertinente recordar las reflexiones de Jauss sobre los clásicos, a los que considera no como un arquetipo platónico, sustraídos del tiempo, sino como una obra capaz de abrir horizontes nuevos en su propio tiempo, de prefigurar experiencias futuras y de plantear preguntas nuevas. La “lectura distanciada” de los clásicos los libera del horizonte histórico que condicionó su génesis y hace posible la

²²⁷ Neruda, Pablo, “Soy servil servidor de don Guillermo”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. V, Nerudiana dispersa II. p. 382 - 383

²²⁸ Neruda, Pablo, Incitación al Nixonicidio y alabanza de la revolución chilena. Obras Completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T III, p. 709.

percepción de la diferencia entre el horizonte contemporáneo a la producción de la obra y el del presente del lector.

En los casos que hemos visto Neruda ha hecho una “lectura distanciada”, recurriendo a la potencialidad de los clásicos de prefigurar experiencias futuras, y aplicando esta potencialidad a situaciones de su propio presente.

8.- CONSTRUCCIÓN DE FIGURAS AUTORALES EN NERUDA

La construcción de figuras autorales en Neruda es especialmente interesante, entre otras cosas, porque es un autor el que construye representaciones literarias de otros autores. El panorama gana en riqueza y complejidad, cuando se considera que con frecuencia Neruda desplaza su autorrepresentación como poeta a las figuras de otros autores. Pero además, en la construcción de aquella autorrepresentación, Neruda ha usado sus lecturas y conocimiento de algunos de estos autores, como Walt Whitman o Mayakovski.

Así por ejemplo, Neruda comparte la aspiración de Whitman de hacer una poesía clara, sencilla, directa, destinada a mostrar al hombre del pueblo la dimensión gloriosa de la vida y el trabajo cotidianos.

La admiración de Neruda por Whitman y la decisiva influencia que éste tuvo sobre el poeta chileno, se manifiesta ya en mayo de 1923, en un artículo que éste escribe para Claridad, donde comenta una traducción de Whitman hecha por Torres Rioseco.

En el discurso que dice en abril de 1971, en los actos de celebración del cincuentenario del Pen Club, Neruda recordó que “cuando apenas cumplía quince años, descubrí a Walt Whitman, mi más grande acreedor”, agregando “ y estoy aquí, entre ustedes, acompañado por esta maravillosa deuda que me ha ayudado a existir”.

Anteriormente, en 1968, en la Universidad de Concepción recordó que hacía pocas semanas inició un recital en Nueva York con unos versos de Whitman. Esa misma mañana había comprado una vez más un ejemplar de Hojas de hierba y al abrirlo en su hotel lo primero que leyó fueron unas líneas en las que nunca antes había puesto atención:

“Fuera los temas de la guerra/ fuera la guerra misma,/ desde aquí veo mi vista que tiembla./ No volvamos a mirar/ estos negros cuerpos mutilados.”²²⁹

Eran los tiempos de la guerra de Viet Nam y de la gran movilización pacifista mundial a la que parecía venir a sumarse la voz de Whitman. Aquí encontramos, nuevamente, un ejemplo de la mutabilidad de la obra literaria en función de la lectura como principio activo de interpretación.

Neruda confiesa que en el camino de entenderse a sí mismo y a la tierra donde nació lo ayudó otro poeta de este mismo continente: “Me refiero a Walt Whitman, mi compañero de Manhattan”

²²⁹ Neruda, Pablo, “Al recibir el premio Atenea en Concepción”. Obras Completas de Pablo Neruda , Edición de Hernán Loyola. T V, Nerudiana dispersa II. p. 118.

La deuda comprende también algo acerca de la concepción que Neruda tuvo de la literatura. En 1941, tradujo algunos versos de *Canto a mí mismo* que parecen condensar su propio ideario poético: “No seguirás en lo sucesivo/ recibiendo las cosas de / segunda o tercera mano, ni/ mirarás a través de los ojos de los muertos,/ ni te alimentarás de los espectros / que yacen en los libros...”

Es la posición antilibresca o antintelectual de Neruda, ya comentada.

Selena Millares ha establecido seis núcleos en los que confluyen las escrituras poéticas de Whitman y Neruda. El primero y tal vez el más importante, es el que denomina “la universalización del yo poético”. En *Canto a mí mismo* y en *Canto general*, los poetas cantan a la humanidad entera, asumiendo la voz de esa misma humanidad. Millares apunta que en las dos obras “el yo que aparece es, más que una autorreferencia, una síntesis aglutinadora de todos los hombres”.²³⁰

Borges, en su prólogo a la versión en español de *Hojas de hierba*, hace notar la condición multitudinaria del héroe whitmaniano: “Necesitaba, como Byron, un héroe, pero el suyo, símbolo de la populosa democracia, tenía que ser innumerable y ubicuo.”²³¹

Rodríguez Monegal agrega que, así como Whitman “se presenta en sus versos como hijo de Manhattan, como un cosmos, y cree estar con todos en todas partes, y asegura que su libro está vivo como un hombre, también Neruda se presenta, muchas veces, con la misma humildad y el mismo orgullo”. Como ejemplo de esta disposición, cita este crítico “*El Fugitivo*”, de *Canto general*: “ Soy pueblo, pueblo innumerable...”²³²

Neruda construye las figuras autorales del “poeta lírico” – al que denominó también, irónicamente, “poeta celeste” y “frenético libresco” -, y en oposición a éste, el “poeta natural”. Estas construcciones se fundamentan en su propia percepción de lo que debe ser la poesía y en su experiencia en el trabajo poético.

El poeta construye ambas figuras autorales en paralelo, sirviéndose recíprocamente de una y la otra como medios de contraste. Al buscar su propia representación autorale como “poeta natural”, “hombre invisible”, “voz colectiva”, etc.. Neruda las refiere y contrasta con aquella otra representación autorale, la del poeta lírico, oscuro, egoísta, ensimismado.

Neruda propuso, con persistente insistencia, una poesía antilibresca, y dedicó varias diatribas contra los poetas atados a los corsés literarios.

En octubre de 1935, proponía ya una poesía explícitamente antilibresca. En el célebre prólogo del primer número de *Caballo Verde* para la poesía, titulado *Sobre una*

²³⁰ Millares, Selena, “Bajo el signo de Walt Whitman”. En: *Boletín de la Fundación Pablo Neruda*. Otoño, 1991. pp. 12 – 13.

²³¹ Borges, Jorge Luis, “Prólogo”, en *Walt Whitman, Hojas de Hierba*. Selección y prólogo de Jorge Luis Borges. Barcelona Ed. Lumen, Barcelona, sin fecha. p. 9

²³² Rodríguez Monegal, Emir, op. cit.. p.77.

poesía sin pureza, señala la conveniencia de detenerse a mirar los objetos en descanso: las ruedas, los sacos de carbón, los barriles, los canastos, los mangos de las herramientas. “ De ellos se desprende el contacto del hombre y de la tierra como una lección para el torturado poeta lírico”.²³³

Hacia el final del mismo artículo, Neruda evoca otros materiales poéticos despreciados por este “torturado poeta lírico”, al que ahora llama “frenético libresco”:

“ Y no olvidemos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejada atrás por el frenético libresco: la luz de la luna, el cisne en el anochecer, ´ corazón mío ´ son sin duda, lo poético elemental e imprescindible.”²³⁴

En el siguiente prólogo, que lleva el título Los temas, Neruda desarrolla esta imagen del poeta separado de los otros hombres, de los estudiantes, geógrafos y abogados. Mientras éstos se van a dormir, aparece el poeta, “cazador aprisionado en medio de los bosques, agobiado de aluminio celestial, estrellado por furiosas estrellas”, que “solemnemente levanta la mano enguantada y se golpea el sitio del corazón”. Este escenario de árboles y estrellas, es una especie de decorado, en el cual “el poeta vestido de luto escribe temblorosamente, muy solitario”.²³⁵

En el tercer prólogo, Conducta y poesía, Neruda se pregunta, si no habrá llegado ya “la hora de envilecernos”, es decir de hacer una poesía terrenal, que mire “cómo se sostiene el hombre a puro diente, a puras uñas, a puros intereses”. En este tiempo, que nos come con su “cotidiano decisivo relámpago”, “la elevación del poeta tiende a caer como el más triste nácar escupido”.

En lugar de la vida, lo “artístico” - como sinónimo, entendemos, de lo “libresco” - se apodera de este “poeta lírico” vilipendiado por Neruda. En lugar del “canto salobre que las profundas olas deben hacer saltar, vemos cada día al miserable ser humano defendiendo su miserable tesoro de persona preferida”. Este miserable es, sin duda el poeta, defendiendo su condición ontológica supuestamente privilegiada.

Contra la “elevación del poeta”, la terrenalización o el “envilecimiento” de la poesía; contra el aislamiento del poeta, su asimilación a la vida cotidiana, el trabajo de la poesía con los mismos materiales que se usan en los oficios comunes, y el mimetismo de la poesía con la naturaleza, para otorgarle la misma fuerza que ésta.

Concluye Neruda que “en la casa de la poesía no permanece nada sino lo que fue escrito con sangre para ser escuchado por la sangre”, y con esto no sólo propone una forma de escritura sino también de lectura, y una clave para entender sus prácticas

²³³ Neruda, Pablo, “Sobre una poesía sin pureza”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. IV. Nerudiana dispersa I. p. 381.

²³⁴ Ibid. p. 382.

²³⁵ Neruda, Pablo, “Los temas”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. IV. Nerudiana dispersa I. p. 382 – 383.

selectivas de lectura. La lectura, es decir esta “escucha por la sangre”, seleccionaría aquellos textos “escritos con sangre”.²³⁶

En marzo de 1939, en un discurso que leyó en Montevideo, Neruda reiteraba su condición de poeta de la materia: “ Yo soy un poeta. El más ensimismado en la contemplación de la tierra; yo he querido romper con mi pequeña y desordenada poesía el cerco de misterio que rodea al cristal, a la madera y a la piedras; yo especialicé mi corazón para escuchar todos los sonidos que el universo desataba en la oceánica noche...” Luego agregaba que no podía dejar de oír el latido de los dolores humanos que lo llamaban en ese momento de la historia.²³⁷

Reproducía de ese modo la afirmación que hace en “ Explico algunas cosas”, de España en el corazón: “Preguntaréis por qué su poesía / no nos habla del sueño, de las hojas, / de los grandes volcanes de su país natal? / Venid a ver la sangre por las calles!...”

Las urgencias de la historia agregarán entonces a la condición de poeta del mundo material, de Neruda, la del poeta de la solidaridad con el dolor humano y también cómplice con sus alegrías.

En 1947, en su Viaje por las costas del mundo, Neruda se autodefine como “poeta natural”: “Así pues, soy un poeta natural de la guerra y de las ciudades, de las máquinas y de las habitaciones, del amor, del vino, de la muerte y de la libertad. Pero soy también un poeta natural de aquellos bosques sombríos, que recuerdo ahora con empapada fuerza. Yo he comenzado a escribir por un impulso vegetal y mi primer contacto con lo grandioso de la existencia han sido mis sueños con el musgo, mis largos desvelos sobre el humus.”²³⁸

En los prólogos de Caballo Verde...Neruda había ido construyendo el perfil de lo que él mismo llama el “poeta lírico” – al que más tarde llamará “poeta celeste”, y paralelamente marca su distancia y su diferencia de “poeta natural”.

En Canto general (1950), en el libro V, La arena traicionada, junto con los tiranos, los sátrapas, los oligarcas, los explotadores, los siúticos, los abogados del dólar, y otros cuantos tipos despreciables, aparecen “Los poetas celestes”:

“Qué hicisteis vosotros, gidistas/ intelectualistas, rilkistas, / misterizantes, falsos brujos/ existenciales, amapolas/ surrealistas encendidas/ en una tumba, europeizados/ cadáveres de la moda,/ pálidas lombrices del queso/ capitalista, qué hicisteis/ ante el reinado de la angustia, / frente a este oscuro ser humano/ a esta pateada compostura, /

²³⁶ Neruda, Pablo, “Conducta y poesía”, Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. IV. Nerudiana dispersa I. p. 384.

²³⁷ Neruda, Pablo, “España no ha muerto”, Discurso pronunciado en Montevideo, en marzo de 1939, ante el Congreso Internacional de las Democracias. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T. IV. Nerudiana dispersa I. p. 427 – 428.

²³⁸ Neruda, Pablo, “Viaje por las costas del mundo”, “Quevedo adentro (1939)”. Obras Completas de Pablo Neruda, Edición de Hernán Loyola. T IV, Nerudiana dispersa I. p. 506.

a esta cabeza sumergida/ en el estiércol, a esta esencia/ de ásperas vidas pisoteadas?”²³⁹

En el mismo libro, en el poema “Prestes de Brasil”, hace otra de sus interpelaciones al poeta:

“Poeta, buscas en tu libro/ los antiguos dolores griegos,/ los orbes encadenados/ por las antiguas maldiciones, / corren tus párpados torcidos, / por los tormentos inventados, / y no ves en tu propia puerta/ los océanos que golpean/ el oscuro pecho de tu pueblo”²⁴⁰

También en Canto general, en el libro XI, “Las flores de Punitaqui”, en el poema “El poeta”, Neruda critica su poesía inicial, en cierto modo proclama su divorcio con la poesía vanguardista de Residencia en la Tierra, y al asumir un pasado de poeta oscuro, aislado, que respiró “las aguas más sordas de la envidia y la inhumana hostilidad”, declara implícitamente ese pretérito como cerrado y superado:

“Antes anduve por la vida, en medio/ de un amor doloroso: antes retuve/ una pequeña página de cuarzo / clavándome los ojos en la vida. / Compré bondad, estuve en el mercado/ de la codicia, respiré las aguas/ más sordas de la envidia, y la inhumana / hostilidad de máscaras y seres. / Viví un mundo de ciénaga marina / en que la flor, de pronto, la azucena / me devoraba en su temblor de espuma, / y donde puse el pie resbaló mi alma / hacia las dentaduras del abismo. / Así nació mi poesía, apenas / rescatada de ortigas, empuñada / sobre la soledad como un castigo, / o apartó en el jardín de la impudicia / su más secreta flor hasta enterrarla. / Aislado así como el agua sombría / que vive en sus profundos corredores, / corrí de mano en mano, al aislamiento / de cada ser, al odio cotidiano. / Supe que así vivían, escondiendo / la mitad de los seres, como peces/ del más extraño mar, y en las fangosas / inmensidades encontré la muerte. / La muerte abriendo puertas y caminos. / La muerte deslizándose en los muros.”²⁴¹

Es esta situación de aislamiento “como el agua sombría / que vive en sus profundos corredores” la que configura al poeta ensimismado. Este aislamiento es visto como consecuencia de la oscuridad del poeta, de su propia incapacidad para comunicarse con los otros. Aparece entonces, en la representación del autor o del poeta, la polaridad de la luz y de la oscuridad.

Citando a Withman, Neruda anota en 1953: “la suprema prueba de una raza es su propia poesía. La presencia de la poesía o su ausencia, cualquiera de las dos cosas, nos revela un país”. Luego señala que “el rostro de nuestro continente será el

²³⁹ Neruda, Pablo, “Los poetas celestes”, Canto general. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.I.p. 586.

²⁴⁰ Neruda, Pablo, “Prestes de Brasil (1949)”, Canto general. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.I.p. 557.

²⁴¹ Neruda, Pablo, “El poeta”, Canto general. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.I.p. 727.

que le demos los poetas. Estamos cavando, descubriendo y tallando la gran estatua de América.”²⁴²

Más adelante habla de su experiencia de escribir Canto general en la clandestinidad: “Canto General fue escrito en su mayor parte en días de persecución y dificultades... Me parece que esos días eran sombríos para los chilenos. Yo encontré que trabajar en mi poema era cavar en el túnel oscuro por el que pasábamos, era marchar hacia la luz (...) El problema mayor en esos años en la poesía, y naturalmente en mi poesía, ha sido el de la oscuridad y la claridad.”²⁴³

En otra parte de su discurso dice: “ Nosotros escribimos para gentes sencillas. Escribimos para gentes modestas, que muchas veces no saben leer. Sin embargo, sobre la tierra, antes de la escritura y de la imprenta existió la poesía. Por eso sabemos que la poesía es como el pan, y debe compartirse por todos, los letrados y los campesinos, por toda nuestra vasta, increíble, extraordinaria familia de pueblos”.²⁴⁴

Hay, entonces, una poesía anterior a la escritura y a la imprenta. Anterior, por lo tanto, al libro. Anterior también a la figura del autor. Esta poesía es un producto de primera necesidad, como el pan. No es un bien privado, sino que debe compartirse, ser para todos, porque está hecha por todos. Una de las aspiraciones de Neruda fue la de convertirse en la voz de este colectivo humano pretérito y presente: “Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta”, “Yo estoy aquí para contar la historia”.²⁴⁵ Como hemos visto, compartió con Whitman esa aspiración a cantarle a la humanidad con la voz de la misma humanidad.

De ahí deriva, lo que él llama “el primero de mis deberes poéticos”, que es el de “hablar con sencillez”. –“Yo confieso que escribir sencillamente ha sido mi más difícil empeño”- declara, y luego: “Me costó mucho salir de la oscuridad a la claridad, porque la oscuridad verbal ha pasado a ser entre nosotros un privilegio de casta literaria, y los prejuicios de clase han tenido como plebeya a la expresión popular, la sencillez del canto (...) El hecho es que en toda la América, junto con las características del desarraigo, de contrapatria, de irrealidad, va siempre unida en nuestra poesía americana una expresión de casta, un deseo de ser superiores haciéndonos oscuros. Este hecho es el resultado de la distancia entre los señores feudales con su esplendor y la oscuridad de la gleba, trasladada al territorio de la poesía”²⁴⁶

Concluye Neruda: “es pues sobre la base de la claridad que podemos entendernos entre nosotros y hacernos entender de nuestros pueblos. La oscuridad del lenguaje en la poesía es el vestigio del antiguo servilismo...”²⁴⁷

²⁴² Neruda, Pablo, “A la paz por la poesía”, discurso pronunciado el 26 de mayo de 1953, e la Asamblea Plena del Congreso Continental de la Cultura. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T IV, Nerudiana dispersa I. p. 887 – 894.

²⁴³ Ibid.

²⁴⁴ Ibid.

²⁴⁵ Ibid.

²⁴⁶ Ibid.

²⁴⁷ Ibid.

Más adelante relata: "... fui trabajando en el terreno de la crónica o memorial, que en un principio me pareció pedregoso e inhospitalario. Pero pronto me encontré que esa crónica poética había sido hecha por todos..." (el subrayado es nuestro)²⁴⁸

"Nuestras plantas, nuestras flores deben por primera vez ser contadas y cantadas. Nuestros volcanes y nuestros ríos se quedaron en los secos espacios de los textos. Que su fuego y su fertilidad sean entregados al mundo por nuestros poetas. Somos los cronistas de un nacimiento retardado..."²⁴⁹

La poesía auténtica aparece, así, como un bien y una creación colectivos, "hecha por todos", y tiene la misma vida que el paisaje natural. Si este paisaje fue secado por los textos, los poetas deben devolverles su "fuego y fertilidad". La poesía debe diferenciarse, por lo tanto, de los textos y los libros que resecan y apagan.

Por otra parte, como ya se anunció en la primera parte, empieza a establecerse aquí una distinción interesante entre dos tipos de libros.

En Confieso que he vivido, el poeta escribe: "Me place el libro (...) pero no las etiquetas de las escuelas. Quiero libros sin escuelas y sin clasificar, como la vida." Y más adelante agrega: "Nunca he tenido interés en las definiciones, en las etiquetas."

Para Neruda habría, entonces, al menos dos tipos de textos y dos tipos de lecturas: aquellas directas, sencillas, transparentes, legibles, naturales y cercanas a la vida – éstas se encontrarían en el área de la luz -, y las otras, las oscuras, las que requieren de la mediación de aparatos analíticos, lecturas dirigidas por escuelas y estudios literarios, libros encasillados por las clasificaciones.

La poesía, capaz de reproducir "el fuego y la fertilidad" de la naturaleza, merece una lectura afín con esa potencia reproductora: "en la casa de la poesía no permanece nada sino lo que fue escrito con sangre para ser escuchado por la sangre".

En consecuencia, hay, dos figuras de autores: los que hacen cada uno de estos tipos de poesía.

En el poema "El hombre invisible", con el que introduce sus Odas elementales, Neruda se muestra más benevolente aunque no menos crítico con "el poeta", al que antes ha fustigado. Advierte que adora toda la poesía escrita, pero sigue sonriendo ante el egocentrismo de "los viejos poetas", aun cuando los trate ya de "hermanos":

"...siempre dicen 'yo' / a cada paso / les sucede algo, / es siempre 'yo', por las calles sólo ellos andan / o la dulce que aman, / nadie más, / no pasan pescadores, / ni librereros, / no pasan albañiles, / nadie se cae / de un andamio, / nadie sufre, / nadie ama, / sólo mi pobre hermano, / el poeta, / a él le pasan todas las cosas (...) junto a la vida repleta / como el maíz de granos, / él pasa sin saber / desgranarla, / él sube y baja

²⁴⁸ Ibid.

²⁴⁹ Ibid.

/ sin tocar la tierra, / o a veces/ se siente profundísimo/ y tenebroso, / él es tan grande/ que no cabe en sí mismo, / se enreda y desenreda, / se declara maldito, / lleva con gran dificultad la cruz/ de las tinieblas, / piensa que es diferente/ a todo el mundo, / todos los días come pan/ pero no ha visto nunca / un panadero/ ni ha entrado a un sindicato/ de panificadores, / y así mi pobre hermano/ se hace oscuro, / se tuerce y se retuerce ...”

Luego, Neruda marca su diferencia, advirtiendo que no es superior a su hermano:

“... pero sonrío, / porque voy por las calles/ y sólo yo no existo, /la vida corre/ como todos los ríos, / yo soy el único / invisible, / no hay misteriosas sombras, / no hay tinieblas, / todo el mundo me habla, / me quieren contar cosas, / me hablan de sus parientes, / de sus miserias / y de sus alegrías (...) y yo paso y no tengo/ tiempo para tantas vidas,/ yo quiero / que todos vivan /en mi vida/ y canten en mi canto, / yo no tengo importancia, / no tengo tiempo / para mis asuntos, / de noche y de día / debo anotar lo que pasa, / y no olvidar a nadie (...) No puedo/ sin la vida vivir, / sin el hombre ser hombre/ y corro y veo y oigo/ y canto, / las estrellas no tienen/ nada que ver conmigo, / la soledad no tiene / flor ni fruto. / Dadme para mi vida / todas las vidas, /dadme todo el dolor/ de todo el mundo, / yo voy a transformarlo en esperanza (....) dadme las luchas / de cada día/ porque ellas son mi canto, / y así andaremos juntos, / codo a codo, / todos los hombres, / mi canto los reúne: / el canto del hombre invisible / que canta con todos los hombres.”²⁵⁰

Como puede apreciarse, en las odas se reproduce la condición de canto comunitario que Neruda buscó en Canto general, cuando señala que trabajó “en el terreno de la crónica o memorial” y que descubrió que “esa crónica poética había sido hecha por todos...”

El canto comunitario requiere de un sujeto cantor que renuncia a vivir consigo mismo y para sí mismo – como el egocéntrico poeta lírico tradicional – que se hace invisible, que deja que su ego se esfume, para cantar, vivir y ser hombre con los otros hombres.

En el discurso que Neruda pronuncia al recibir el Premio Nobel de Literatura, en 1971 dice que “el poeta debe aprender de los demás hombres.” Agrega, más adelante, contradiciendo a Huidobro: “el poeta no es un pequeño dios. No está signado por un destino cabalístico superior al de quienes ejercen otros menesteres y oficios. A menudo expresé que el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día: el panadero más próximo, que no se cree dios. Él cumple su majestuosa y humilde faena de amasar, meter al horno, dorar y entregar el pan de cada día, como una obligación comunitaria.”²⁵¹

²⁵⁰ Neruda, Pablo, “El hombre invisible”, Odas elementales. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.II.p. 39.

²⁵¹ Neruda, Pablo, “Discurso de Estocolmo”. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola T. V. Nerudiana dispersa II p. 332.

Neruda escribió poemas a poetas y escritores como: Federico García Lorca, Rafael Alberti, Miguel Hernández, Juan Larrea, Ramón Gómez la Serna, Juan de Tassis Conde de Villamediana, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Jorge Manrique, Francisco Quevedo, Rubén Darío, Antonio Castro Alves, José Martí, César Vallejo, Miguel Otero Silva, José González Carbalho, César Vallejo, Oliverio Girondo, Gabriel García Márquez, Ilya Ehreburg, Alejandro Pushkin, Eugenio Evtuchenko, Jules Laforgue, Isidore Ducasse, Jean A. Rimbaud, Louis Aragon, Paul Eluard, Víctor Hugo, William Shakespeare, Nazim Hikmet, Walt Whitman, Howard Fast, y a los chilenos: Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Alberto Rojas Giménez, Homero Arce, Ángel Cruchaga Santa María, Nicanor Parra, Tomás Lago, Rubén Azócar, Juvencio Valle y Diego Muñoz. A todos ellos los considera padres o hermanos, salvo a Juan Larrea a quien le dedica una especie de oda punitiva.

De esta forma, Neruda construye en su poesía una cantidad de retratos de poetas y autores a los que conoció personalmente o a través de la lectura. Lo interesante es que asigna a estos autores una serie de cualidades que él considera plausibles para un poeta. Son cualidades que Neruda comparte o aspira a compartir con estos otros autores, de modo que al retratarlos, de alguna manera también está autorrepresentándose como poeta.

Asimismo, de esta especie de común sentido y práctica de la poesía deriva la hermandad que siente Neruda por ellos.

Las principales de estas cualidades son:

1.- La claridad, la transparencia, la luz, la legibilidad de la poesía y por tanto la eficacia de su comunicación con los hombres comunes y corrientes.

De esta primera cualidad deriva:

2.- La incorporación del poeta al trabajo y la vida de la comunidad humana, que se expresa en la metáfora del poeta como "el panadero más cercano". La poesía, en consecuencia, pasa a ser una mercadería tan cotidiana y necesaria como el pan y el vino.

3.- Al intensificarse la eficacia de esta comunicación, el poeta pasa a convertirse en la voz del pueblo, una especie de medium a través de cual habla una poderosa voz colectiva. El deber del poeta, "el deber del canto" es hacer oír esta voz que casi siempre es de esperanza o de exigencia de emancipación y justicia.

4.- Esto supone el arraigo de la obra del poeta en las profundas raíces de su pueblo.

5.- Esta incursión en las profundidades tiene como correlato la sólida altura que alcanza el poeta al expresarse, la que se manifiesta frecuentemente a través de la metáfora de la torre.

6.- Por último está la materialidad, el mimetismo de la poesía con la materia y con la vida cotidiana.

Veamos algunos ejemplos, en primer lugar de la incorporación del poeta a la comunidad humana y de su pertenencia al pueblo:

"Estas manos para tus manos, oh solitario único, / acompañado por todas las manos del pasado/ y todo el pan que el hombre amasará mañana...
"A Louis Aragon", Navegaciones y regresos.

"tu pueblo/ blanco/ y negro, / pueblo/ de pobres, / pueblo simple/ como/ todos/ los pueblos, / no olvida/ tu campana:/ se congrega cantando/ bajo/ la magnitud/ de tu espaciosa vida..."
"Oda a Walt Whitman", de Nuevas odas elementales.

"Miguel hizo de todo / - territorio y abeja, / novia, viento y soldado -/ barro para su estirpe vencedora/ de poeta del pueblo.

(...)

"pastor caído, / gigantesco poeta de tu pueblo, / hijo mío, / verás/ que tu rostro arrugado / estará en las banderas, / vivirá en la victoria, / revivirá cuando reviva el pueblo..."

"El pastor perdido", (Miguel Hernández) Las uvas y el viento.

"Cuba, flor espumosa, efervescente/ azucena escarlata (...) / dentro de ti como una clara/ geometría de nieve germinada, / donde se abren tus últimas cortezas, /yace Martí como un almendra pura. (...)

"El pueblo a veces baja a sus raíces / a través de la noche hasta tocar/ el agua quieta en su escondido manto..."

"Martí (1890) Canto general.

Veamos ahora otros ejemplos donde el poeta se representa como la voz del pueblo, y del pueblo que exige al poeta "los deberes del canto":

"No sólo la razón, no sólo el amor extenso, / sino los pueblos vivos, los pueblos amarillos, / blancos, negros, del Sur, del Este, del Oeste, / nos piden cada día los deberes del canto..."

"A Louis Aragon", Navegaciones y regresos.

...Hoy es más simple, somos/ países, somos/ pueblos, / los que garantizamos/ el crecimiento de la poesía, / el reparto del pan, el patrimonio/ del olvidado. Ahora/ no estarías/ solitario."

"Oda a Jean Arthur Rimabud", Nuevas odas elementales.

"o tal vez / en tu pueblo, / en tu raza, / grano/ de maíz extendido, / semilla/ de bandera. / Tal vez, tal vez ahora/ transmigres/ y regreses, / vienes/ al fin/ de viaje, / de manera/ que un día/ te verás en el centro/ de tu patria, / insurrecto, / viviente, cristal de tu cristal, fuego en tu fuego, / rayo de piedra púrpura."

"Oda a César Vallejo", de Odas elementales.

" la esperanza total que compartimos, / y más que todo/ una lucha/ de pueblos/ donde son una gota y otra gota, / gotas del mar humano, / sus versos y mis versos(...) Por eso/ cuando ríe Nazim/ Hazim Hikmet (...) / en él ríe la luna, / la estrella, / el vino,/ la tierra que no muere,/ todo el arroz saluda con su risa, / todo su pueblo canta por su boca."

"Aquí viene Nazim Hickmet", de Las uvas y el viento.

"Desde la tierra hablaba, / desde la tierra / hablará para siempre, / es la voz de su pueblo..."

"El pastor perdido", (Miguel Hernández) Las uvas y el viento.

"Castro Alves del Brasil, hoy que tu libro puro / vuelve a nacer para la tierra libre,/ déjame a mí, poeta de nuestra pobre América, / coronar tu cabeza con el laurel del pueblo. / Tu voz se unió a la eterna y alta voz de los hombres..."

"Castro Alves del Brasil", Canto general.

Ahora algunos ejemplos en que el poeta aparece como poseedor y dispensador de luz, claridad y transparencia:

"La duda no devora tu claridad sagrada/ porque eres parte pura de la aurora."

"A Louis Aragon", Navegaciones y regresos.

"De sus prisiones vino/ a ser mi hermano/ y recorrimos juntos/ las nieves esteparias/ y la noche encendida/ con nuestras propias lámparas (...) y arriba/ dos ventanas: / sus ojos / con la luz de Turquía."

"Aquí viene Nazim Hickmet", Las uvas y el viento.

" y al tocar tan hermosa claridad, mucha sombra/ de la que traje al mundo, se deshizo. / Arquitectura hecha en la luz, como los pétalos, / a través de tus versos de embriagador aroma, / yo vi el agua de antaño, la nieve hereditaria, / y a ti más que a ninguno debo España."

" A Rafael Alberti (Puerto de Santa María, España), Canto general.

"A mí me llama / para mostrarme todos los lugares/ por donde lo arrastraron, / a él, luz de los pueblos, / relámpago de idiomas..."

(...)

"porque cuando mataron esos labios/ se apagaron las lámparas de España.

"El pastor perdido", (Miguel Hernández) Las uvas y el viento.

"Adelante Evtuchenko, / mostremos en el circo/ nuestra destreza y nuestra tristeza, / nuestro placer de jugar con la luz/ para que la verdad relampaguee/ entre sombra y sombra."

"Evtuchenko es un loco..." XI, Elegía.

"contra la devoradora se dispuso a luchar, / fabricó lobos para defender la luz..."

(...)

"soy, dijo, el defensor esencial de la abeja,/ sólo de claridad debe vivir el hombre."
"Lautréamont reconquistado", Cantos ceremoniales.

A continuación algunas citas que muestran el mimetismo del poeta con las materias y los materiales del mundo:

De interminables días / y páginas nocturnas/ surge Homero con apellido de árbol/ y nombre coronado/ y sigue siendo así, madera pura/ de bosque y de pupitre...
"Arce" (Homero Arce) Memorial de Isla Negra

"y están el pan, el vino y el fuego con nosotros..."
"A Rafael Alberti" (Puerto de Santa María, España), Canto general.

"Toda su poesía/ tiene tierra porosa, / cereal, arena,/ barro y viento (...) Su poesía / es maíz agrupado/ en un racimo de oro, / es viña de uvas negras, / es botella / de cristal deslumbrante / llena de vino y agua, noche y día..."
"El pastor perdido", (Miguel Hernández) Las uvas y el viento.

Finalmente entregamos algunas citas como ejemplo del uso de la metáfora de la torre:

"Es alto/ como una torre/ levantada en la paz de las praderas..."
"Aquí viene Nazim Hickmet", de Las uvas y el viento.

"él fue entre los soldados / como una torre ardiente."
"El pastor perdido", (Miguel Hernández) Las uvas y el viento.

"Entonces escogió la Commune y en las calles/ sangrientas, Lautréamont, delgada torre roja, / amparó con su llama la cólera del pueblo..."
"Lautréamont reconquistado", Cantos ceremoniales.

La valoración de estas cualidades viene del período en que Neruda adquiere un compromiso con las causas emancipatorias de su época, primero con el antifascismo y luego con el comunismo y el antiimperialismo. Por eso tal vez escapan a la asignación de estas cualidades el Federico de la "Oda a Federico García Lorca", el Juan de Tassis de "El desenterrado", el Joaquín Cifuentes Sepúlveda de "Ausencia de Joaquín" y el Alberto de "Alberto Rojas Jiménez viene volando", todos poemas de Residencia en la tierra.

El mismo Neruda se refirió a la transición desde la desdicha al optimismo, en sus Memorias cuando escribe: "El poeta debe torturarse y sufrir, debe vivir desesperado, debe seguir escribiendo la canción desesperada (...) Esta fórmula lapidaria fue obedecida por muchos que se doblegaron al sufrimiento impuesto por

leyes no escritas, pero no menos lapidarias. Estos decretos invisibles condenaban al poeta al turgorio, a los zapatos rotos, al hospital y a la morgue.”

Más adelante afirma: “las cosas cambiaron porque el mundo cambió. Y los poetas, de pronto encabezamos la rebelión de la alegría.” Para él “el escritor desventurado, el escritor crucificado” son parte de la etapa crepuscular del capitalismo. Luego expone una breve galería de figuras de autores excluidos y sufrientes: “Hölderlin, lunático y desdichado; Rimbaud, errante y amargo; Gérard de Nerval, ahorcándose en un farol de callejuela miserable... Dylan Thomas ha sido el último en el martirologio dirigido”. Y concluye: “Los poetas tenemos derecho a ser felices, sobre la base de que estamos férreamente unidos a nuestros pueblos y a la lucha por su felicidad.”²⁵²

Sin embargo, algunas páginas más adelante, en sus Memorias Neruda valora también el lado oscuro de la poesía: “El ‘héroe positivo’ me gusta en Walt Whitman y en Mayakovski, es decir, en quienes lo encontraron sin receta y lo incorporaron, no sin sufrimiento, a la intimidad de nuestra vida corporal, haciéndole compartir el pan y el sueño con nosotros (...) Del mismo modo que me gusta el ‘héroe positivo’ encontrado en la turbulentas trincheras de las guerras civiles por el norteamericano Whitman o por el soviético Mayakovski, cabe también en mi corazón el héroe enlutado de Lautréamont, el caballero suspirante de Laforgue, el soldado negativo de Charles Baudelaire. Cuidado con separar estas mitades de la manzana de la creación, porque tal vez nos cortaríamos el corazón y dejaríamos de ser. Cuidado! Al poeta debemos exigirle sitio en la calle y en el combate, así como en la luz y en la sombra.”²⁵³

En 1962, al incorporarse como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile había escrito: “Pero no condeno ni a los poetas de la soledad ni a los altavoces del grito colectivo: el silencio, el sonido, la separación y la integración de los hombres, todo es material para que las sílabas de la poesía se agreguen precipitando la combustión de un fuego imborrable, de una comunicación inherente, de una sagrada herencia que desde hace miles de años se traduce en la palabra y se eleva en el canto”²⁵⁴

Se advierte aquí una evolución en la construcción de las figuras autorales, tal vez como correlato del desvanecimiento de una visión de mundo donde estaban claramente delimitadas las áreas de la luz y de la oscuridad.

Hemos visto como Neruda construye su propia autorrepresentación como poeta: el hombre invisible, el poeta panadero, y desde ella se reconoce en otros poetas. Con ellos forma una comunidad, los lee como autores modelo, y al hacerlo se convierte él mismo en un lector modelo. A los autores de esta fraternidad, Neruda los lee sin reticencias ni malicia, los lee desde la afinidad, la amistad y la fraternidad.

²⁵² Neruda, Pablo, Confieso que he vivido p. 363 – 364.

²⁵³ Ibid. p. 402

²⁵⁴ Neruda, Pablo, "Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra". Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.IV, Nerudiana dispersa I, p. 1094.

Paralelamente y como medio de contraste, ha creado la figura autoral negativa, la del “poeta celeste”, lírico desafortado, deliberadamente oscuro, aislado en su propio egocentrismo, artificioso y herido por tormentos artificiales.

Sin embargo Neruda no lee a sus enemigos desde la enemistad. A Huidobro, aun cuando lo hace encajar en algunas de las calificaciones negativas: egocéntrico, seguidor de modas, creador de artificios, literario, lo valora como “gran poeta”. Lo define, sí, como “el representante de una larga línea de egocéntricos impenitentes”. No obstante lo anterior, justifica este egocentrismo señalando que fue la “forma de defenderse en la contradictoria vida de la época”. Se refiere a los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando en América no se concedía ningún papel al escritor: “La posición egodesafiante repercutió en América como eco de los desplantes de D’Anunzio en Europa.” Luego Neruda constata la distancia entre la poesía de Huidobro y la suya: “La gente de Huidobro creacionaba, surrealizaba, devoraba el último papel de París. Yo era infinitamente inferior, irreductiblemente provinciano, territorial, semisilvestre”²⁵⁵

Aún así, Neruda valora la poesía de Huidobro, que con todos sus artificios tiene una virtud decisiva, la transparencia: “Huidobro es un poeta de cristal. Su obra brilla por todas partes y tiene una alegría fascinadora. En toda su poesía hay un resplandor europeo que él cristaliza y desgrana con un juego pleno de gracia e inteligencia.

“Lo que más me sorprende en su obra releída es su diafanidad. Este poeta literario que siguió todas las modas de una época enmarañada y que se propuso desoír la solemnidad de la naturaleza, deja fluir a través de su poesía un constante canto de agua, un rumor de aire y hojas y una grave humanidad que se apodera por completo de sus penúltimos y últimos poemas.”²⁵⁶

Neruda escribió incluso un prólogo para una edición en francés de la poesía de Huidobro, donde vuelve a destacar “el canto creador, inventivo, juguetón y fantástico de Vicente Huidobro.”²⁵⁷

A otros enemigos, como Pablo de Rokha, lo menciona sólo de paso en sus memorias, llamándolo Perico de los Palotes. De sus enconados enemigos del grupo Mandrágora: Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa y Teófilo Cid, Neruda no hace casi ninguna referencia.

²⁵⁵ Neruda, Pablo, Confieso que he vivido.p. 392.

²⁵⁶ Ibid. p. 394.

²⁵⁷ Prólogo a Vicente Huidobro, Le citoyen de l’oubli, París, Librairie Saint Germain – des – prés, 1974, en Neruda, Pablo, Prólogos. Editorial Sudamericana. Santiago, 2000.p. 117.

9.- CONCLUSIONES

Neruda no sólo fue un lector precoz, sino que desde su infancia hizo de la lectura una actividad fundamental en su existencia, a la que le dedicó mucho tiempo. Aún cuando declaró y proclamó con insistencia que le interesaba más la vida que los libros, y se auto representó como un poeta antilibresco, terminó por asimilar la lectura a su vida como un acto tan vital, natural y necesario como el amar, viajar o escribir.

Neruda leyó cuando era niño y adolescente provinciano y solitario; también cuando era un joven poeta bohemio y muy popular entre sus amigos, en el Santiago de los años 20; siguió leyendo cuando vuelve a ser un solitario en oriente, y en fin, cuando pasa a convertirse en una figura pública por sus actuaciones políticas y por su buena fama de escritor. Cumplió misiones diplomáticas, algunas de enorme complejidad, como la de traer a los refugiados españoles desde Francia o negociar la deuda externa chilena ante el Club de París; organizó congresos literarios y agrupaciones antifascistas; vivió un tiempo como prófugo; tuvo una intensa actividad festiva y social; viajó por todo el mundo; escribió decenas de libros de poesía, artículos, traducciones y discursos; tuvo amores visibles y clandestinos, pero siempre encontró la ocasión, el tiempo y el silencio para replegarse a leer. Ahora, este repliegue siempre volvía a remitirlo al mundo.

No pudimos establecerse con exactitud el año de las primeras lecturas que él mismo recuerda: las de Salgari y las aventuras de Buffalo Bill.

¿Por qué lee? Al principio para entretenerse con relatos de aventuras, por placer. En verdad siempre leyó por placer. Pero la lectura para él también es una apertura hacia el mundo, desde la apartada provincia de Temuco. De su habitación, en el aislamiento de la noche y de la lluvia interminable, despega hacia los océanos y las islas de los piratas de Mompracem y a las praderas de América del Norte. Lee para explorar y conocer. La lectura es una forma de viaje. En la lectura, como en los periplos descritos en los antiguos libros de viajes que tuvo el poeta, se van encontrando lugares insospechados, regiones de misterios y maravillas: “La vida y los libros poco a poco me van dejando entrever misterios abrumadores” – escribió al recordar sus primeras lecturas, y aquí ya establece una continuidad entre la lectura y la vida.

Se advierte, en efecto, cierta continuidad y coherencia entre lectura, vida y creación poética. Como casi todos, Neruda lee antes de escribir, y después lee, en buena medida para escribir. La lectura le entrega modelos para ordenar y descifrar el mundo. Él mismo señala que aprendió a leer el lomo de las lagartijas, a leer la naturaleza y también el mundo de las cosas hechas por los hombres. Chile fue el más grande y extenso de sus libros: “Nunca he dejado de leer la patria”. Desde niño se deslumbra con el bosque nativo. Es el capítulo inicial. Luego tendrá que aprender a leer el resto del territorio, principalmente el que se encuentra en las antípodas de su

región natal: la pampa salitrera. En sus memorias anota: “ Yo procedo del otro extremo de la república. Nací en tierras verdes, de grandes arboledas selváticas. Tuve una infancia de lluvia y nieve. El hecho solo de enfrentarme a aquel desierto lunar significaba un vuelco en mi existencia. Representar en el parlamento a aquellos hombres, a su aislamiento, a sus tierras titánicas, era también una difícil empresa. La tierra desnuda, sin una sola hierba, sin una gota de agua, es un secreto inmenso y huraño. Bajo los bosques, junto a los ríos, todo le habla al ser humano. El desierto, en cambio, es incomunicativo. Yo no entendía su idioma, es decir, su silencio.” (El destacado es nuestro).

En los viajes a esas desérticas tierras del norte, que realiza como parte de su campaña y luego como senador, Neruda aprendió a leer la pampa salitrera y entonces el desierto dejó de ser “incomunicativo”. Al viajar y recorrer el país fue leyendo otros paisajes y territorios.

Luego leyó América. En la primavera de 1941, cuando era Cónsul General en México, destacó en un acto, que Chile y México se encuentran en las antípodas: “ ...os aseguro no existir dos naciones hermanas tan diferentes como México y Chile. Entre Acapulco azul y Punta Arenas polar, está toda la tierra, con sus climas, sus razas y regiones diferentes...” En Canto general, libro escrito en gran medida sobre la base de lecturas acerca de la historia, la naturaleza y la cultura del continente, por una lado, y las observaciones hechas en sus viajes por el continente, por el otro, el poeta abarca el mundo que se extiende entre estos dos polos: Acapulco y Punta Arenas, y le dio cierta consistencia poética a esa diversidad.

El viaje que hace a Cuzco y Macchu Pichu, en 1943, le deja entrever uno de esos misterios abrumadores que también le abren los libros. Ese viaje es, además, un ascenso no sólo físico: “Veía a América entera desde las alturas de Macchu Picchu”. En ese momento germina su idea de escribir su Canto general americano. Al recordar el viaje aquel, en una conferencia que da en 1954, Neruda vuelve a los textos, dice que las colosales civilizaciones antiguas de que hablan los manuales de historia, parecen de cartón piedra comparadas con Macchu Pichu.

Con los viajes y las lecturas, el mundo se le va haciendo cada vez más legible.

En efecto Neruda fue un lector del mundo, del natural y también del de las cosas: “ Yo soy un poeta – escribió - El más ensimismado en la contemplación de la tierra; yo he querido romper con mi pequeña y desordenada poesía el cerco de misterio que rodea al cristal, a la madera y a la piedras; yo especialicé mi corazón para escuchar todos los sonidos que el universo desataba en la oceánica noche...”²⁵⁸ Desde luego este especializar el corazón para oír los sonidos del mundo, es también una forma de lectura.

²⁵⁸ Neruda, Pablo, “España no ha muerto”, Discurso pronunciado en Montevideo, en marzo de 1939, ante el Congreso Internacional de las Democracias. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola. T IV, Nerudiana dispersa I. p. 427 – 428.

Rodríguez Monegal afirma que el poeta leía "de todo y desordenadamente a lo largo de los largos días de la infancia y la adolescencia". En este "de todo" se habrían mezclado las aventuras en la Malasia y en las praderas de Norteamérica con los "libros para grandes que el niño leía a medias", es decir, los de Vargas Vila, Jorge Isaac, Víctor Hugo y Felipe Trigo, entre otros.

Volodia Teitelboim señala, en cambio, que Neruda "salta desordenadamente" desde los libros de aventuras a Vargas Vila y luego a otros autores, como Strindberg y Felipe Trigo.

Es más convincente este salto, es decir el pasaje desde un tipo de relatos, el de aventuras, a los libros para adultos.

El mismo Neruda, al recordar sus lecturas iniciales, menciona sólo "las hazañas de Buffalo Bill" y "los viajes de Salgari". El tránsito hacia los otros libros, podría coincidir con el paso a la adolescencia, y por lo tanto con el asomarse a un mundo más íntimo e inquietante, al despertar de la sexualidad. En sus Memorias el poeta relata el momento de su iniciación en el sexo, que es en la trilla de los Hernández, inmediatamente después de su hospedaje en la casa de las tres viudas, cuando ya es lector de Baudelaire. Tal vez la lectura de autores como Felipe Trigo, el que según Teitelboim era llamado "el sicalíptico español" anticipó el conocimiento del amor y la sexualidad. Es posible que ésta y aquel sean parte de los "misterios abrumadores" a que se refiere el poeta. La lectura entonces sería una forma de anticipar la experiencia amorosa para disminuir la inseguridad con que se enfrentaba. Esto ocurrió con varias generaciones que encontraron en la lectura información sobre la vida íntima del hombre, tema tabú que no se tocaba en las conversaciones, ni en los medios de prensa, ni se mostraba en el teatro o en el cine.

En todo caso, la única precisión cronológica en relación con las primeras lecturas de Neruda, la aporta Teitelboim, cuando escribe "romántico de trece años, suspira con las páginas de Bernardino de Saint Pierre".

Es muy posible también que este "romántico de trece años" haya descubierto parte de su propia subjetividad a través de la lectura. Así parecen indicarlo algunos de sus primeros poemas, donde hace alusión a libros y autores, y ciertas experiencias de éxtasis que le procuraron la lectura y la escritura de poemas, en contacto con el mundo natural.

Podríamos presumir que Neruda se inicia en la lectura con los libros de aventuras, entre los 7 y los 10 años, es decir, entre 1911 y 1914, y no deja de leer hasta el momento de su muerte. Su universo de lecturas comprende, cronológicamente, desde los libros de Emilio Salgari hasta los de los autores del boom de la narrativa hispanoamericana, y hasta un gran novelista norteamericano contemporáneo como es Norman Mailer.

La historia de Neruda como lector, se entrelaza con los cambios culturales que se producen en Chile en el siglo XX. Entre éstos se cuenta el de secularización de la lectura, esto es el tránsito desde la lectura intensiva de unos pocos textos religiosos, a la lectura extensiva de una creciente diversidad de textos, en distintos formatos editoriales, con la incorporación de nuevos públicos lectores, como el obrero, la mujer y el niño. El mismo Neruda, como hemos visto, fue un niño lector, y esto le da más sentido al que se haya iniciado con libros de aventuras, que con seguridad estaban en colecciones dedicadas y diseñadas especialmente para el lector infantil y juvenil. Asimismo, una de sus primeras orientaciones en la lectura, vino de una mujer lectora: Gabriela Mistral.

Con estos nuevos públicos y géneros editoriales, se consolida un mercado cultural donde circulan diversos textos. Este mercado es una opción cada vez más atractiva frente a otros proveedores tradicionales de lectura, que son el Estado, principalmente a través del sistema educacional, y la Iglesia. El mercado ofrece la ventaja de la mayor libertad, ya que los otros dos proveedores, especialmente la Iglesia, actuaron además y a veces principalmente como contralores de la lectura.

Esta ampliación de la lectura y de los públicos lectores, necesariamente incide en la diversificación de posibilidades de crear sentidos y visiones de mundo. Por lo tanto, se produce una progresiva pérdida de la hegemonía de la cosmovisión tradicional católica, y la aparición de una pluralidad de visiones de cuño laico: el anarquismo, el marxismo, la masonería, el positivismo, el feminismo, el espiritismo, etc. El joven Neruda conoció la literatura anarquista y es probable que su adhesión inicial al anarquismo se relacione directamente con sus lecturas. Su posterior adhesión al marxismo si bien no puede vincularse directamente con textos de filosofía y teoría política marxista, sí pudo haberse visto reforzada o confirmada, en parte, con la lectura de la historia americana y de la narrativa social del continente.

En las primeras décadas del siglo XX se consolida también el proceso de autonomización del campo literario, y está produciéndose el traspaso de lo que Bernardo Subercaseaux llama la "matriz ilustrada", desde las oligarquías liberales a la emergentes clase media urbana.

La familia de Neruda es de esta clase media urbana reciente. En la generación anterior era de agricultores "con poca tierra y muchos hijos".

Aun cuando el libro se consideran el principal vehículo de la cultura humanista y parte del capital cultural que distingue a esta nueva clase, se reproduce la desconfianza decimonónica hacia la lectura de entretenimiento. Persisten, en efecto, ciertas reticencias y reservas, como aquella que masculiniza la lectura funcional y productiva, vinculada al estudio y al trabajo, y feminiza la lectura de entretenimiento, estigmatizándola incluso como "corruptora" o "desatadora de pasiones". El mismo padre de Neruda persiguió el oficio de poeta de su hijo y en una ocasión quemó sus manuscritos y algunos de sus libros.

Por otra parte, la literatura no dejaba de ser considerada peligrosamente afín con tendencias ácratas y antipatriotas. Recordemos que en 1920 las turbas doradas

habían asaltado el local de la Fech destruyendo la rica biblioteca que había en ese recinto. El anarquismo juvenil de Neruda, su vida bohemia santiaguina y sus lecturas de los años 20, podrían considerarse como gestos de desacato contra la autoridad del sistema oligárquico que está entrando en crisis en ese tiempo. La lectura y la creación poética fueron una forma de rebeldía contra aquel modelo autoritario se replicaba en todos los niveles de la sociedad, incluyendo la familia. El viaje a Santiago de los estudiantes y poetas de provincia, y el ansiado viaje a París que estaba en el proyecto de casi todos ellos, eran, además de una búsqueda de horizontes culturales más amplios, una forma de liberación del control social y familiar.

Los testimonios de distintos autores y los recuerdos del mismo Neruda coinciden en la voracidad caótica de sus lecturas de adolescencia: "lee de todo y desordenadamente" (Rodríguez Monegal), "Era un avestruz que tragaba libros", "devoraba cuanta letra impresa se le ponía por delante" (Teitelboim).

En este primer momento cuenta con cómplices, como Augusto Winter y Orlando Masson, que le abren sendas bibliotecas, una municipal y la otra privada. Aparecen después algunos guías o maestros que orientan sus lecturas: Eduardo Torrealba y Gabriela Mistral.

Durante su adolescencia y juventud Neruda lee también para escribir. Para ser poeta debe dialogar con otros poetas. Estudia pedagogía en francés, no por la pedagogía sino por el francés, para leer a los poetas galos en su idioma, y a escritores rusos, alemanes y nórdicos en traducciones al francés, cuando no las había al español, o cuando éstas eran deficientes. Se produce entonces el tránsito desde el lector extensivo al extensivo y a la vez intensivo. Desde muy joven Neruda comienza a construir su propio repertorio de lecturas, con Whitman, Rimbaud, Mayakowsky, Víctor Hugo, luego Shakespeare, Quevedo, Góngora, Ercilla, Villamediana, Lautremónt y otros autores con los que mantiene un diálogo permanente. Neruda se sentirá acompañado por las voces de estos poetas, y las convocará para hablar de su propio presente. Invoca a Ercilla, Quevedo, Shakespeare y Whitman, pone a los clásicos de su lado para mostrar los abusos del imperialismo norteamericano, la necesidad de concordia entre los chilenos, o la confianza en la supervivencia de España después de la derrota del bando republicano en la guerra civil.

Sus lecturas de infancia, las de Salgari y Verne continuarán también, siempre presentes en su vida. En la biblioteca que se conserva en la Fundación Neruda, hay una colección de veintiún títulos de Emilio Salgari, en las viejas ediciones del español Saturnino Callejas, y una magnífica serie de obras escogidas de Verne, publicadas por Hetzel. De ellas sacó Neruda algunos grabados que ilustran la primera edición de su libro *Estravagario*. En algún momento el poeta ha de haber comprado los libros de Salgari que leyó en su infancia, ya que es muy poco probable que haya conservado los mismos que tuvo entonces, considerando, además, algunos le fueron prestados. También adquirió en magníficas ediciones algunos de sus libros infantiles y juveniles, como los de Verne a que hemos hecho referencia, y otros, como bellísimas ediciones de *Robinson Crusoe*.

La continuidad de estos libros se mantuvo, además, en otros que también son de aventuras, principalmente marinas: los de Stevenson, de Melville y de Conrad, y en los muchos libros de expediciones marinas e historias de piratas que el poeta tiene en sus bibliotecas. También hay cierta continuidad de estos libros con los de la novela policial, que son los relatos de aventuras trasladados al ámbito de la gran ciudad en el mundo moderno.

En 1927 Neruda viaja a Oriente, a los mismos parajes que ya había visitado imaginariamente a través de los libros de Salgari, de Conrad, de Loti. En una carta a Eandi le dice que se siente como uno de los vagabundos de Conrad. Las mujeres árabes que encuentra en Port Said le parecen “una resurrección más bien triste de las lecturas de Pierre Loti ... como agobiadas por ese oficio de mantener su prestigio literario”, es decir, como si se hubiesen impuesto la pesada tarea de corresponder a los personajes de Loti. Neruda siempre está contrastando el mundo con sus referencias literarias. Los libros, lo mismo que la tierra, también contienen a los seres y a los objetos del mundo. Cuando el poeta abre sus majestuosos atlas de historia natural, encuentra pájaros, peces, moluscos, animales de todos los continentes y los mares. Sus propios libros sobre los pájaros, las piedras, el océano y sus organismos, sus bestiarios, sus descripciones del bosque nativo, son una forma de leer el mundo natural. Los límites entre la lectura de los libros y la del mundo se van haciendo cada vez más tenues.

Asimismo, su proyecto poético totalizante, el inventario poético del mundo que emprendió, requirieron, tanto de la experiencia directa de la vida como de los libros, y puede encontrarse cierta correspondencia entre el poetizar la compleja diversidad del mundo, y el reunir las enciclopedias y bibliotecas, que por una parte dan cuenta de ese mundo y por otra son parte de él. Los libros y el mundo aparecen así como una infinita caja de sorpresas o una construcción en abismo: abre el mundo y encuentra libros, abre los libros y allí está el mundo.

Las bibliotecas del Neruda, por la universalidad de sus temas, son un mundo, y de alguna forma este mundo se completa con sus colecciones de caracolas, de mascarones y de otros objetos. Al donar su primera biblioteca y su colección malacológica a la Universidad de Chile, el poeta relató cómo fue adquiriendo sus libros en viajes por todo el mundo, lo mismo que sus caracolas: “Yo fui recogiendo estos libros de la cultura universal, estas caracolas de todos los océanos”. En sus bibliotecas se depositan mundos reales e imaginarios, así como representaciones e imágenes del mundo en distintas épocas: atlas antiguos, descripciones de territorios hechas por viajeros y expediciones, además, en ediciones que dan cuenta de determinados momentos de la historia del libro.

Neruda es un bibliófilo lector: lee a los clásicos en ediciones clásicas y esto de algún modo lo conecta con el mundo de autores de otros tiempos, o con los sucesivos mundos de los lectores que éstos han tenido a lo largo del tiempo. Sin embargo, como hemos visto, hace una lectura contemporánea de los clásicos, poniendo a prueba la capacidad de éstos de trascender su propio tiempo, el tiempo en que sus textos aparecieron en esos libros que ahora son reliquias.

Insistimos en que la lectura le entregó a Neruda ciertos modelos para reordenar el mundo. El inventario poético a que hemos hecho referencia, alude de alguna forma, o tal vez parodia el orden de sus libros de taxonomía mineral, vegetal y animal y de sus tratados de historia natural. Hay una simetría que no nos parece accidental entre el tomo de ornitología del tratado del naturalista de la Bolonia del siglo XVI, Ulises Aldrovandi, que describe e ilustra una cantidad de especies, algunas de las cuales son propias de la zoología fantástica, y el Arte de pájaros, de Neruda, que describe poéticamente especies existentes con otras imaginadas.

Neruda se autorrepresenta como “poeta natural”, poeta del mundo material y de la solidaridad con el dolor humano, voz del colectivo humano, y construye, en oposición y contraste a estas autorrepresentaciones, las del “poeta lírico”, el “poeta celeste”, el “frenético libresco”, el poeta egoísta, egocéntrico, aislado del mundo, ensimismado, intoxicado de literatura.

Introduce luego en sus representaciones del poeta, la polaridad de la luz y de la oscuridad, proclamando que uno de sus mayores empeños fue transitar desde ésta hacia aquélla. La poesía que inicialmente fue una creación del colectivo humano, “hecha por todos”, debe encontrar al poeta que sepa expresar esa voz colectiva, que tenga la claridad y la transparencia como para comunicarse con todos. Utiliza estas representaciones en la construcción de una serie de figuras autorales. Éstos son los autores de su confianza. Con ellos, estén vivos o muertos, sean de su época o de otras, crea una especie de fraternidad. Se reconoce en la poesía de estos pares, y la celebra. Los lee desde la amistad. Hay otros poetas, como Vicente Huidobro, que fueron sus enemigos, a los que sin embargo no lee desde la enemistad, sino más bien buscando los méritos que tiene su poesía, a pesar de encajar en el paradigma negativo del poeta egocéntrico.

Como ya se ha dicho, el viaje es un motivo constante en la obra de Neruda y se asocia de distintas maneras con la lectura. En primer lugar, como metáfora. El poeta habla, por ejemplo, de su “Viaje al corazón de Quevedo”.

“El poeta no es una piedra perdida. Tiene dos obligaciones sagradas: partir y regresar”– dijo en 1954 al donar sus libros a la Universidad de Chile-. De ahí tal vez el nombre de uno de sus libros: Navegaciones y regresos. Neruda siempre regresó a su patria y también a sus libros, a los viejos autores que siempre podían decirle cosas nuevas. En cada uno de sus viajes recolectaba objetos y libros que incorporaba a su propio mundo, es decir, al lugar de sus regresos y al punto de sus reiteradas partidas.

En sus lecturas, poemas y viajes, Neruda va configurando una especie de simbólico mapa de navegación. El punto de partida está en el sur de Chile, en el territorio de su infancia, en el bosque nativo, en el interior. De ahí llega al mar que es un espacio abierto, que conecta, y por el que viaja, por ejemplo al oriente, y a diversas antípodas: la pampa salitrera (antípoda del sur chileno), México (antípoda de Chile) y finalmente Suecia, ártica antípoda del antártico sur nerudiano, tan distante que termina por ser muy parecido a éste. Este mapa de “navegaciones y regresos” tiene la estructura argumental de algunos relatos de aventuras, como Simbad el marino o

Robinson Crusoe, cuyos protagonistas salen una y otra vez de sus hogares para emprender sus viajes.

En los discursos que pronuncia al recibir el Premio Nobel, en 1971, en Estocolmo, vuelven a aparecer, con singular fuerza estos motivos.

En el discurso que dice a nombre de todos los laureados con el Premio Nobel de 1971, el poeta dijo: “ Vuelvo a las calles de mi infancia, al invierno del Sur de América, a los jardines de la Araucanía...” Después iniciaría su discurso de agradecimiento personal advirtiendo que éste sería “ un viaje mío por regiones lejanas y antípodas”. Vuelve a referirse entonces al extremo sur de su país: “Tanto y tanto nos alejamos los chilenos hasta tocar con nuestros límites el Polo Sur, que nos parecemos a la geografía de Suecia, que roza con su cabeza el norte nevado del planeta.”

El poeta ha realizado muchos viajes paralelos: la expansión progresiva de su reconocimiento literario, desde la provincia, desde el sur de su infancia hasta el norte del mundo donde recibe el Premio Nobel, su definitiva consagración como poeta universal. Entretanto ha recorrido el mundo ganando en conocimientos, adquiriendo libros, expandiendo su universo de lecturas hasta convertirse en un lector cosmopolita. En los años 30 casi circunnavegó el planeta en el sentido ecuatorial. Para recibir el Nobel viaja en el sentido de los meridianos, hasta el norte del globo. Estos viajes han sido también, como se ha dicho, de revelación, exploración y de inventario poético del mundo.

En el discurso ya mencionado Neruda contó la travesía clandestina que hizo por la cordillera para eludir la persecución del gobierno de González Videla, pero despoja al hecho de toda su carga política e histórica, diciendo que tuvo que abandonar el país por “acontecimientos ya olvidados en sí mismos”. El verdadero sentido que le da a este periplo es el de un viaje iniciático, en el que luego de pasar por distintos ritos y pruebas alcanza la libertad y el sentido de la comunión con los otros hombres:

“Y digo de igual modo que no sé, después de tantos años, si aquellas lecciones que recibí al cruzar un río vertiginoso, al bailar alrededor del cráneo de una vaca, al bañar mi piel en el agua purificadora de las más altas regiones, digo que no sé si aquello salía de mí mismo para comunicarse después con muchos otros seres, o era el mensaje que los demás hombres me enviaban como exigencia o emplazamiento (..) De todo ello, amigos, surge una enseñanza que el poeta debe aprender de los demás hombres. No hay soledad inexpugnable. Todos los caminos llevan al mismo punto: a la comunicación de los que somos”.²⁵⁹

El viaje aquel podría leerse incluso como metáfora del tránsito de Neruda desde el aislamiento y ensimismamiento que describe en el poema “El poeta”, hacia la comunicación y comunión con el hombre, y desde la oscuridad hacia la luz. O del descubrimiento de la poesía transparente, que sería uno de los caminos que llevan al mismo punto “la comunicación de lo que somos”.

²⁵⁹ Neruda, Pablo, Discurso de Estocolmo. Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.V, Nerudiana dispersa II, p. 336 - 337.

Es esta la poesía que Neruda escribe, busca, lee y comparte. Es la poesía en que se reconoce y en que sus pares lo reconocen a él.

Para Neruda la lectura también es una forma de situarse en la tradición. Reivindica la lectura y las múltiples reapropiaciones que a través de ésta realiza, como condición de su propia producción poética: "El mundo de las artes es un gran taller en el que todos trabajan y se ayudan, aunque no lo sepan ni lo crean. Y, en primer lugar, estamos ayudados por el trabajo de los que nos precedieron y se sabe que no hay Rubén Darío sin Góngora, ni Apollinaire sin Rimbaud, ni Baudelaire sin Lamartine, ni Pablo Neruda sin todos ellos juntos. Y es por orgullo y no por modestia que proclamo a todos los poetas mis maestros pues, qué sería de mí sin mis largas lecturas de cuanto se escribió en mi patria y en todos los universos de la poesía".²⁶⁰

En ese mismo discurso. luego de recordar el fervor con que leyó *Las montañas ardientes*, de Daniel de la Vega, Neruda dijo: "Estoy seguro de que alguna gota de aquellos versos sigue corriendo en mi propio cauce, al que también llegarán después otras gotas del infinito torrente..."²⁶¹

El poeta concluía ese discurso diciendo: "...habéis escuchado los nombres de muchos poetas que circulan dentro de mi creación. Muchos otros no nombré, pero también forman parte de mi canto.

"Mi canto no termina. Otros renovarán la forma y el sentido. Temblarán los libros en los anaqueles y nuevas palabras insólitas, nuevos signos y nuevos sellos sacudirán las puertas de la poesía".²⁶²

La lectura aparece así como una forma de asimilar la tradición y de integrarla a la corriente continua de la poesía.

La conclusión más importante de esta tesis es la continuidad y consistencia que hay entre las lecturas de Neruda, con sus viajes y su observación del mundo, que fueron también formas de lectura, y que el poeta utiliza para construir sentidos, visiones de mundo y para la creación poética. En esta última se advierten, por ejemplo, modelos como el de la enciclopedia y de otros tipos de libros, como los repertorios, catálogos y taxonomías del mundo natural.

Hemos intentado examinar la figura de un lector del siglo XX, contrastando sus testimonios de lectura, con las huellas que éstas dejaron en su obra y los libros que atesoró en sus bibliotecas. También nos ocupamos de situarlo en los procesos

²⁶⁰ Neruda, Pablo, "Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra". Obras completas de Pablo Neruda. Edición de Hernán Loyola, T.IV, Nerudiana dispersa I, p. 1095.

²⁶¹ Ibid. p. 1096.

²⁶² Ibid. p. 1100 – 1101.

culturales de la época en que vivió, y definir las comunidades de lectura en que participó. En este examen fueron apareciendo, junto a sus prácticas y contenidos de lectura, tanto las singularidades de este lector como los rasgos que compartió con los otros integrantes de sus sucesivas comunidades de lectura.

Confiamos en que este estudio de la figura de un lector, pueda contribuir en alguna medida a la historia de la lectura en Chile. Esperamos, en un trabajo posterior comparar esta figura con la de otros lectores de la misma época.

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- AGUIRRE, MARGARITA, Pablo Neruda Héctor Eandi. Correspondencia durante "Residencia en la tierra". Buenos Aires. Ed. Sudamericana, 1980. 180 p.
- 2.- -----, Genio y figura de Pablo Neruda. Tercera edición. Buenos Aires. Ed. Eudeba, 1997. 322 p.
- 3.- BARTHES, ROLAND, El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria en el College de France. México. Siglo XXI Editores, 2000. 150 p.
- 4.- CABALLO, GUGLIELMO, Y CHARTIER, ROGER editores, Historia de la Lectura en el Mundo Occidental, Madrid, España. Editorial Taurus. 1998. 585 p.
- 5.- CATALÁN, GONZALO, Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920. En: BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN y CATALÁN, GONZALO, Cinco estudios sobre cultura y sociedad. Santiago, Chile. Flacso. 1985. 455 p.
- 6.- CHARTIER, ROGER, Cultura escrita, literatura e historia. México. Ed. Fondo de Cultura Económica. 2000. 271 p.
- 7.- -----, El mundo como representación. Historial cultural: entre práctica y representación. Barcelona. Ed. Gedisa. 1999. 276 p.
- 8.- -----, El orden de los libros: lectores, autores y bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII. Barcelona. Ed. Gedisa. 2000. 108 p.
- 9.- -----, Entre el poder y el placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna. Madrid. Ed. Cátedra. 2000. 220 p.
- 10.- -----, La revolución de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones. Barcelona. Ed. Gedisa. 2000. 183 p.
- 11.- -----, "Cuatro siglos de lecturas populares". Letra internacional, N° 83, Verano 2004.
- 12.- ECO, UMBERTO, Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo. Traducción de Ricardo Pochtar. Barcelona. Editorial Lumen, 1981. 330 p.
- 13.- GAZMURI, CRISTIÁN, El "48" Chileno. Igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos. Segunda edición. Santiago de Chile. Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. 1999. 256 p.

- 14.- GINZBURG, CARLO, El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI. Barcelona. Ed. Península, 2001. 219 p.
- 15.- LAGO, TOMÁS, Ojos y oídos cerca de Neruda. Santiago. LOM Ediciones, 1999. 252 p.
- 16.- LOYOLA, HERNÁN, Neruda la biografía literaria. I La formación de una poeta (1904 – 1932). Santiago. Editorial Seix Barral, Santiago 2006. 565 p.
- 17.- MANGUEL, ALBERTO, Una historia de la lectura. Bogotá. Editorial Norma, , 1999. 478 p.
- 18.- MUÑOZ, DIEGO, Memorias. Recuerdos de la bohemia nerudiana. Ed. Mosquito & El Juglar Press, Santiago 1999. 255 p.
- 19.- NERUDA, PABLO, Residencia en la tierra. Madrid. Edición de Hernán Loyola. Cátedra. Letras Hispánicas, 1987. 363 p.
- 20.- -----, Canto General. Edición de Enrico Mario Santí. Madrid. Ed. Cátedra. Letras Hispánicas, 1990. 655 p.
- 21.- -----, Confieso que he vivido. RBA Editores, Barcelona 1993. 509 p.
- 22.- -----, Obras completas. T. I. De “Crepusculario” a “Las uvas y el viento”. 1923 – 1954. Edición de Hernán Loyola con el asesoramiento de Saúl Yurkievich. Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 1999. 1.279 p.
- 23.- -----, Obras completas. T. II. De “Odas elementales” a “Memorial de Isla Negra” 1954 - 1964. Edición de Hernán Loyola con el asesoramiento de Saúl Yurkievich. Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 1999. 1.453 p.
- 24.- -----, Obras completas. T. III. De “Arte de pájaros” a “El mar y las campanas”. Edición de Hernán Loyola con el asesoramiento de Saúl Yurkievich. Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 1999. 1.067 p.
- 25.- -----, Prólogos. Santiago. Editorial Sudamericana, 2000. 144 p.
- 26.- -----, Obras completas. T. IV. Nerudiana dispersa I. 1915 – 1964. Edición de Hernán Loyola. Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 2001. 1. 343 p.
- 27.- -----, Obras completas. T. V. Nerudiana dispersa II. 1922 – 1973. Edición de Hernán Loyola. Barcelona. Ed. Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 200. 1. 498 p.
- 28.- NEVES, EUGENIA, Pablo Neruda: La invención poética de la historia. Santiago. RIL Editores, 2000. 179 P.

- 29.- OLIVARES, EDMUNDO, Pablo Neruda: Los caminos de oriente. Tras las huellas del poeta itinerante (1927 – 1933) Santiago. LOM Ediciones, Santiago, 2000. 464 p.
- 30.- -----, Pablo Neruda: Los caminos del mundo. Tras las huellas del poeta itinerante II. 1933 – 1939. Santiago. LOM Ediciones, 2001. 677 P.
- 31.- -----, Pablo Neruda: Los caminos de América. Tras las huellas del poeta itinerante III. 1940 – 1950. Santiago. LOM Ediciones, 2004. 829 P.
- 32.- POBLETE, JUAN, Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales. Santiago. Ed. Cuarto Propio, 2003. 293 p.
- 33.- PROUST, MARCEL, Sobre la lectura. Buenos Aires. Ed. Leviatán, 2000. 76 p.
- 34.- RICOEUR, PAUL, Tiempo y narración. Tres tomos. México. Siglo Veintiuno Editores, 2000. 1.074 p.
- 35.- RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR, Neruda: el viajero inmóvil. Caracas Monteávila Editores, 1977. 490 p.
- 36.- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, Visto y vivido en Chile. Santiago de Chile. Tajamar Editores, 2004. 254 p.
- 37.- SCHIDLOWSKY, DAVID, Las furias y las penas. Pablo Neruda y su tiempo. 2 tomos. Berlín Ed. wvb, 2003. 1.337 p.
- 38.- SICARD, ALAIN, El Pensamiento poético de Pablo Neruda. Versión española de Pilar Ruiz Va. Madrid. Editorial Gredos. Biblioteca Románica Hispánica., 1981. 648 p.
- 39.- SOFFIA SERRANO, ÁLVARO, Lea el mundo cada semana. Prácticas de lectura en Chile, 1930 – 1945. Valparaíso. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Gobierno de Chile, Consejo Nacional del Libro y la Lectura. 2003. 358 p.
- 40.- SUBERCASEAUX, BERNARDO, Fin de siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile. Santiago de Chile. Ed. Aconcagua, Ceneca, s/f. 237 P.
- 41.- -----, Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural. Santiago de Chile. Documentas, CENECA, CESOC, 1991. 313 p.
- 42.- -----, Historia de las ideas y la cultura en Chile. T I. Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX. J.V. Lastarria Ed. Universitaria, Santiago, 1997. 282 p.

43.- -----, Historia del Libro en Chile (Alma y cuerpo). Santiago, Chile. LOM Ediciones, 2000. 239 p.

44.- -----, Historia de las ideas y la cultura en Chile. T III. El Centenario y las vanguardias. Ed. Universitaria, Santiago, 2004. 252 p.

45.- TEITELBOIM, VOLODIA, Neruda. Tercera edición. Santiago de Chile. Editorial Sudamericana, 1996. 532 p.

46.- URRUTIA, MATILDE, Mi vida junto a Pablo. Segunda edición. Barcelona. Ed. Seix Barral, 1997. 285 p.

47.- WARNER, RAINER, Estética de la recepción. Editorial Visor, Madrid, 1999. 313 p.